HARLEQUIN Bianca

El regreso de los CHATSFIELD

LA HUIDA DE LA PRINCESA

CAROL MARINELLI

Bianca™

LA HUIDA DE LA PRINCESA

CAROL MARINELLI



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La huida de la princesa, n.º 115 —abril 2016
Título original: Princess's Secret Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8126-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo1

Hubiera preferido que hubieras sido tú en vez de ella!

A la princesa Leila Al-Ahmar de Surhaadi se le heló la sangre en las venas cuando oyó lo que le decía la reina Farrah.

En el fondo, Leila siempre había sabido que su madre habría preferido que hubiera sido ella y no su hermana Jasmine la que hubiera muerto aquella terrible noche. Pero oírlo de los labios de su madre, unas palabras que ningún progenitor debería decir, le produjo un dolor para el que no había estado preparada. Esas palabras atravesaron su corazón como un puñal.

Pero no iba a darle a su madre la satisfacción de mostrarle hasta qué punto había conseguido herirla.

Solo por las noches, mientras dormía, lloraba desconsolada, echando en falta un amor que su progenitora nunca le había mostrado.

Pero la ausencia de amor en su vida había hecho que se convirtiera en una mujer muy fuerte. Así que se puso en pie con firmeza mientras miraba a la mujer que, con sus comentarios, había conseguido echar vinagre en sus heridas.

Si la miraba en ese momento de frente, en pie y en silencio, no era solo porque fuera una joven fuerte y con capacidad de recuperación, sino porque las palabras de su madre la habían dejado demasiado aturdida como para que pudiera reaccionar.

Durante sus veinticuatro años de vida, había hecho todo lo que había podido para evitar esa discusión, pero por fin había llegado el momento de dejar de huir de la verdad.

Después de la cena, en lugar de irse a su habitación y esconderse allí, Leila había tomado su querida *qanun*, una pequeña arpa que era mucho más que un instrumento para ella. Esa arpa era su amiga y su compañera. Tenía un sonido suave y puro, aunque a veces podía llegar a ser brutal y salvaje. Tocar ese instrumento la ayudaba a recordar que el amor existía. Aunque ella nunca hubiera tenido el de sus padres.

Farrah odiaba que su hija amara tanto la música. La reina le recordó, una vez más, que Jasmine había tocado el arpa mejor que ella. Después, se sentó frente al tapiz en el que llevaba más de dieciséis años trabajando. Noche tras noche, la mujer deshacía lo cosido y se ponía a bordar, repasando la misma parte de la labor una y

otra vez, negándose a terminarla. Mientras tanto, el padre de Leila se sentaba en silencio en el mismo sillón de siempre. Ya nunca salía a pasear.

«No es verdad, no tocaba mejor que yo», protestó Leila sin atreverse a pronunciar en voz alta las palabras.

Le entraron ganas de gritárselo a su madre. Sabía que tenía razón.

La reina solía decir que Jasmine había tocado tan bien que las palomas se posaban en la ventana para oír su melodía.

La tensión había estado creciendo entre ellas hasta hacerse insoportable. Pero esa noche, Leila se había negado a ceder y, aunque sabía que su madre no había querido que se quedara en el salón, había seguido tocando, arrancando bellísimas notas a su querida *qanun*, negándose a estar en silencio. Un silencio que había sido durante años una especie de norma no escrita en el palacio.

Sabía que si su hermano mayor, Zayn, hubiera estado allí esa noche, habría podido poner paz y evitar que la tensión fuera escalando entre las dos. Él habría conseguido distraer a su madre de alguna manera.

Pero Zayn no estaba allí esa noche.

Pronto iba a casarse con la mujer con la que había estado prometido desde su infancia.

Para ella, en cambio, aunque ya tenía veinticuatro años, no había sido acordado ningún matrimonio.

Sabía que era un asunto demasiado doloroso para su madre, que no se cansaba de recordar, cada vez que salía el tema, lo bella que habría estado Jasmine vestida de novia, los preciosos bebés que habría tenido…

Jasmine, Jasmine, Jasmine.

Temía convertirse en una solterona y tener que permanecer en ese palacio para siempre, viviendo con sus padres toda la vida.

Creía que iba a tener que pasar noche tras noche escondida en sus habitaciones si no hacía nada para evitarlo. Decidió que esa era la noche en la que iba a tratar de cambiar las cosas e iba a hacerlo de la única manera que podía.

Leila contó, con los dedos pellizcando las cuerdas, lo que no podía decir con su boca.

Sus manos contaron la verdad.

La melodía que crearon sus dedos no fue tranquila y serena.

Recordó con su música aquella terrible noche de la que ya hacía dieciséis años, cuando murió su hermana Jasmine.

Leila solo había tenido entonces ocho años, pero lo recordaba bien. Y había sido ya como adulta cuando había realmente entendido con mayor claridad lo que había sucedido.

La melodía que creó describía a una mujer joven y muy rebelde que decidía saltarse las normas. Hablaba de drogas, de alcohol y de un

baile provocativo con el que había sido entonces el mejor amigo de Zayn.

La música narraba otras cosas que ella seguía sin entender a pesar de ser ya una mujer adulta porque ella, a diferencia de su hermana Jasmine, siempre había tratado de ser una buena chica.

Esa noche, sin embargo, sus dedos hablaban de sexo, de la fruta prohibida y de una chica joven que se atrevía a bailar con el mismo diablo.

—¡Leila! —exclamó de repente su madre—. ¡Ya basta!

Pero sus dedos siguieron acariciando las cuerdas del arpa sin descanso. Se dejó llevar por la música. Describió también de esa manera la furia que había dominado a Zayn cuando se enteró de que su mejor amigo lo había traicionado seduciendo a su hermana.

No había podido olvidar las palabras cargadas de ira que habían salido de la boca de su hermano. Seguía sin comprender en su totalidad lo que había pasado, cómo algunos hombres parecían disfrutar más que nada con la persecución y la seducción del objeto de su deseo. Al parecer, el amante de Jasmine había sido uno de esos hombres y, después de hacerla suya, había perdido por completo el interés en ella.

Zayn había echado a ese hombre del palacio y Jasmine había tomado entonces la decisión de irse con él. Las consecuencias de esa decisión los había marcado a todos para siempre. Sabía que su hermano seguía llevando a sus espaldas la pesada carga de una culpabilidad que no lo dejaba vivir.

Los dedos de Leila recordaron con música los gritos que habían llenado el palacio esa noche, cuando se supo la terrible noticia. La joven princesa y su amante habían muerto en un accidente de coche poco después de salir del palacio.

Sin pronunciar ni una sola palabra, solo con su talento musical, había conseguido exponer la verdad de lo ocurrido esa noche.

—*Khalas!* —exclamó su madre para que se callara mientras se levantaba de su sillón.

La reina Farrah fue hacia ella, agarró el arpa y lo lanzó con estrépito contra el suelo. Leila se levantó deprisa para proteger su objeto más querido.

Fue entonces cuando su madre se lo dijo.

—¡Hubiera preferido que hubieras sido tú en vez de ella!

Su madre la miraba sin poder ocultar su ira. Se quedó en silencio, con la esperanza de que se retractara, que recobrara la compostura y le pidiera disculpas por lo que le acababa de decir, pero su madre hizo todo lo contrario. Aclaró sus palabras para que no pudiera tener ninguna duda.

—Habría preferido que hubieras sido tú la que muriera en aquel

accidente, Leila.

Respiró profundamente antes de contestar. Había llegado el momento de defenderse.

—Tus palabras no me sorprenden, madre. Sé que has querido verme muerta desde que nací —le dijo Leila con firmeza.

Consiguió hablar sin que la angustia que sentía la traicionara. Pero sabía que era verdad lo que decía.

—Nunca quisiste tenerme, no se me ha pasado por alto el resentimiento que has sentido siempre hacia mí. Creo que pude incluso percibirlo en el sabor amargo de tu leche cuando me dabas de mamar.

Sabía que sus palabras podían parecer exageradas, pero lo cierto era que siempre había tenido la sensación de que su madre no la quería. No recordaba haberse sentido de otro modo.

—Yo no te di de mamar. Seguro que era la leche de tus amas de cría la que sabía amarga —le dijo su madre negándose a aceptar ninguna culpa—. Serían ellas las que te amamantarían con cierto resentimiento hacia ti. Siempre se quejaban. Fuiste un bebé difícil.

Leila deseó en ese instante que la gravedad no existiera. Quería apartarse de la tierra, elevarse hacia el espacio y desaparecer por completo.

Pero sus pies no se movieron del suelo.

—Por desgracia para ti, madre, no fui yo quien murió aquella fatídica noche. Estoy viva —le dijo Leila con firmeza—. Tengo una vida y ya he perdido demasiado tiempo tratando de conseguir que me quieras. Pero no pienso seguir haciéndolo.

Su madre no dijo nada.

Leila se dio la vuelta y pasó junto a su padre, que estaba sentado con la cabeza entre las manos. Le dolió que él no hubiera tratado de intervenir para defenderla. Sabía que seguía sufriendo mucho por la muerte de Jasmine, pero su silencio era atronador y casi tan doloroso como las palabras de su madre.

Salió del salón. Sus delicadas zapatillas de seda bordaba no hacían ningún ruido sobre el suelo de mármol. Era como si fuera un fantasma. Y el sonido que más echaba en falta en esos momentos era el de los zapatos de su madre corriendo tras ella para pedirle perdón y tratar de arreglar las cosas con ella.

Nunca se había sentido tan dolida. Le parecía increíble que no se arrepintiera de lo que le había dicho. A pesar de todo lo que le había hecho, seguía deseando que su madre le dijera que se había equivocado, que en realidad sí la quería.

Pasó junto a los retratos de la familia mientras iba por el largo pasillo hacia sus aposentos. Siempre andaba deprisa cuando pasaba a su lado y hacía todo lo posible por no mirar esos cuadros que tanto

dolor le producían.

Pero, en ese momento, pensó que nada podría producirle más sufrimiento del que ya sentía en su corazón.

Aminoró la marcha, se detuvo y miró los cuadros.

Allí, en esa pared del palacio, estaba la historia de su vida. Allí, a la vista de todos, estaba la verdad que Leila siempre había conocido y que esa noche le había sido por fin confirmada de la manera más cruel.

La primera pintura en la que se fijó era un gran retrato de familia. Sus padres estaban sentados en el centro. Eran tiempos mucho más felices. Su madre sostenía a Zayn con una gran sonrisa mientras miraba al niño que iba a convertirse en rey algún día.

Leila adoraba a su hermano mayor. Zayn detestaba la injusticia y siempre intervenía para defenderla.

Durante su infancia, él había hecho todo lo posible por protegerla, una actitud que no había hecho más que intensificarse desde que muriera Jasmine.

Sabía que su madre también culpaba a Zayn por lo que le había sucedido a Jasmine.

Zayn no solo tenía que soportar el dolor de haber perdido a su hermana, con la que se había llevado muy poco tiempo, sino que además se culpaba por su muerte. Se le rompía el corazón cada vez que pensaba en cuánto habría sufrido su hermano durante todos esos años.

Pero no habría deseado que Zayn hubiera estado allí esa noche para apoyarla.

Sabía que su hermano no podía hacer nada para protegerla del dolor que estaba sufriendo.

No podía obligar a su madre a quererla. Era imposible.

Se fijó entonces en el siguiente retrato. En él, Jasmine lucía una pícara sonrisa. Su madre siempre hablaba de su sonrisa en esos términos, pero Leila creía que no era una sonrisa pícara, sino una muestra más de lo manipuladora que había llegado a ser su hermana. Lo sabía mejor que nadie. Había tenido que sufrir mucho por su culpa.

Las dos hermanas no podrían haber sido más distintas. Jasmine había sido una joven muy bella, divertida y extrovertida.

Leila, en cambio, era seria y responsable. Mientras miraba el retrato con los tres hermanos, no pudo evitar que se le encogiera el corazón al ver a esa niña con confusión en sus ojos. En la pintura, la pequeña Leila llevaba el pelo muy corto. A diferencia de Jasmine, había sido una niña algo gordita que no había destacado por su belleza. Pero lo que nadie le había perdonado nunca era que hubiera sido una niña.

El parto había sido tan largo y difícil que la reina no había podido tener más hijos después de que naciera ella. No había tardado

demasiado en darse cuenta de que su nacimiento había sido una decepción para sus padres y, durante años, había intentado ser tan valiente y audaz como Zayn. Había querido incluso salir a cazar con su padre y con su hermano, pero solo había conseguido que la reina se burlara de ella.

Recordó entonces el día que tomó unas tijeras de la cocina del palacio y se las llevó a escondidas hasta su cuarto de baño. Se cortó entonces su larga melena negra. Había tenido la esperanza de que sus padres la quisieran si la veían con aspecto de niño.

—Fuiste una niña tan buena… —le dijo Leila a su retrato.

Cuando su madre la había encontrado en el cuarto de baño con las tijeras y su cabello en el suelo, le había dado una buena azotaina, además de avergonzarla por lo que había hecho.

Su cabello había crecido desde entonces y hacía tiempo que había perdido sus kilos de más. De hecho, se había convertido en una joven bella.

Pero tenía una belleza que pasaba inadvertida en los confines de ese palacio.

En vez de echarse a llorar, fue directa a sus aposentos.

—Puedes irte —le dijo a la criada que la esperaba junto a la puerta —. Vete, de verdad —insistió al ver que no se movía.

—Pero puede que me necesite —susurró la mujer.

—No, no necesito a nadie —repuso Leila.

Sabía que las criadas pensaban que era una joven muy antipática y arrogante, también su madre lo creía, pero esa arrogancia era su escudo, lo que la protegía de los demás.

—¡Fuera de aquí! —exclamó entre dientes.

La criada la miró con confusión en sus ojos. Esperó a que se fuera antes de entrar en sus habitaciones.

Fue entonces directa al vestidor que tenía en el dormitorio. Estaba lleno de exquisitas ropas hechas a mano por las expertas costureras del palacio y bordadas después por artesanas de su país, de Surhaadi. Pero no estaba interesada en esos vestidos. Se arrodilló y buscó algo tras ellos. Lo encontró en la esquina y lo sacó con dificultad de su escondite. Era un enorme arcón labrado en madera y con pedrería incrustada.

Sacó después del bolsillo de uno de sus vestidos la llave y volvió a ponerse de rodillas. Abrió entonces el arcón con manos temblorosas. Sintió en ese instante que Jasmine estaba allí con ella. Casi podía oír su voz.

—Tienes que esconderme estas cosas —le había pedido su hermana mayor—. Si alguien las encuentra, me metería en un buen lío.

—Pero ¿y si las encuentran en mi habitación? —le había preguntado Leila con preocupación.

—¿A quién se le iba a ocurrir mirar en tu cuarto? —había repuesto Jasmine entre risas—. Lo único que alguien puede esperar encontrar en tu habitación son libros y más libros. Escóndeme estas cosas aquí, Leila, por favor.

—No.

Jasmine le había dedicado entonces una sonrisa y le había dado un breve abrazo. Su hermana había sabido cuánto ansiaba que alguien le diera un poco de cariño.

—Por favor, Leila, hazlo por mí —había insistido Jasmine.

Y Leila había terminado por acceder a la petición de su hermana mayor.

Allí, en ese arcón, tenía las pruebas de que Jasmine no había sido la joven perfecta que sus padres habían creído que era, sino todo lo contrario. Abrió el arcón que llevaba años cerrado y escondido en su vestidor.

Quería volver al salón y enseñarles a sus padres esas pruebas, demostrarles que tenían un recuerdo muy equivocado de su hija mayor.

Sabía que ni siquiera Zayn, que aún vivía con la culpa de no haber podido evitar la muerte de su hermana, sabía hasta qué punto Jasmine había conseguido engañarlos a todos. Había llevado una vida mucho más salvaje y desenfrenada de lo que pensaban los demás.

Sacó un vestido del arcón y se quedó mirándolo. No, su hermana no había sido perfecta.

El vestido, negro y corto, era además muy escotado en la parte delantera. Había zapatos de tacón negros y otras muchas cosas. Comenzó a mirarlo todo. Había también una botella de vodka. La abrió y olió el licor.

Le habría encantado poder enseñarles todas esas cosas a sus padres, pero sabía que no podía hacerle eso a su hermana.

Incluso después de su muerte, siempre había tratado de proteger la reputación de su hermana. Solo un día después del funeral, había llegado al palacio un paquete desde el extranjero dirigido a Jasmine. Leila lo había llevado a sus habitaciones a escondidas y lo había metido en ese arcón sin abrirlo.

Lo sacó entonces y quitó el papel que lo envolvía. No tenía ni idea de lo que podría haber dentro de esa caja. No tardó en ver que se trataba de un conjunto de lencería. El sujetador era de terciopelo granate y las braguitas eran diminutas. Tocó la tela con los dedos. Era un conjunto muy provocativo y sexy. Creía que no podía haber ropa interior menos adecuada para una joven princesa.

Pero también tenía que reconocer que la lencería era preciosa.

Encontró un paquete de pastillas en el arcón y, aunque era bastante ingenua y muy inocente, supo enseguida que se trataba de píldoras

anticonceptivas. Sabía que, si se tomaba una cada día, se podían tener relaciones sexuales sin tener que sufrir las consecuencias.

Volvió a meter las pastillas en el arcón y sacó una barra de labios. Leyó la etiqueta. Ese tono se llamaba «orgullo». Le pareció un nombre muy inapropiado. La abrió y vio que era del mismo tono granate de la ropa interior.

Creía que «vergüenza» habría sido un nombre mucho más adecuado para ese tono.

Pero se quedó entonces pensando en el juicio de valor que acababa de hacer.

Llegó a la conclusión de que era ella, Leila, la que tenía una vida vergonzosa.

Aunque Jasmine hubiera muerto demasiado pronto, al menos había tenido una vida divertida y la había exprimido al máximo. Había tenido el amor de sus padres y, al parecer, también había podido disfrutar entre los brazos de un hombre.

Miró de nuevo el paquete de pastillas. Lo tomó y sacó uno de los comprimidos.

Lo puso en la palma de su mano y se quedó mirándolo.

Soñaba con que alguien la abrazara, aunque solo fuera un momento. No podía siquiera imaginar cómo sería que alguien la besara.

Bajó la cabeza y se tragó la pastilla.

Después, sacó del vestidor una pequeña maleta. Era la que utilizaba cuando tenía que viajar por compromisos oficiales. Sus doncellas eran las que se encargaban de hacerle el equipaje, pero esa maleta era la que solía llevar en la cabina del avión privado de la familia real.

Tenía una tarjeta de crédito a su nombre. Era la que utilizaba para poder comprar libros y partituras por Internet. Se preguntó si podría utilizarla para comprarse un billete de avión.

Iba a hacerlo.

Estaba decidida. Iba a huir, iba a salir de allí. No había sido realmente consciente hasta ese momento, cuando fue casi de manera automática hasta la cómoda y sacó su pasaporte de un cajón.

Pero, ¿a dónde podía irse?

Sacó el paquete que había contenido la ropa interior y miró la dirección del remitente.

Ponía «Nueva York, estado de Nueva York».

Sintió una oleada de emoción en su estómago. Pero también tenía miedo. Se veía incapaz de hacerlo.

Sabía que Jasmine sí habría sido lo bastante valiente.

Jasmine sí lo habría hecho…

Se puso una túnica dorada y un velo. Metió en la maleta las cosas que habían sido de Jasmine y salió de su habitación. Pasó junto a los retratos reales y frente al salón donde seguían sus padres. Supuso que

estarían hablando de Jasmine.

Se preguntó si llegarían incluso a darse cuenta de que se había ido.

Vio a un criado y le pidió que avisara a uno de los chóferes.

—*Yalla!* —le espetó para que se diera prisa.

Cuando por fin llegó a la puerta un conductor, le dijo que la llevara al aeropuerto.

Fue directa al mostrador de una de las aerolíneas y pidió un billete en primera clase. Contuvo la respiración mientras le entregaba la tarjeta a la mujer que la atendió y pudo por fin respirar con tranquilidad cuando vio que podía realizar la compra.

Aunque su asiento era muy cómodo, Leila estaba demasiado nerviosa como para poder relajarse. Cuando la azafata se ofreció a hacerle la cama para que pudiera dormir, le dijo que no, que prefería seguir sentada.

Estaba muy cansada, pero no quería dormir porque sabía que era entonces, en sueños, cuando no podría contener las lágrimas.

Recordó que Jasmine solía burlarse de ella cuando la veía llorar estando dormida, pero ya no tenía a nadie en su vida que pudiera reírse de ella.

Aun así, a menudo se despertaba en medio de la noche para descubrir que estaba llorando o veía por la mañana que su almohada estaba mojada y tenía los ojos hinchados. Sus sueños habían ido cambiando desde su niñez, pero seguían haciendo que se sintiera lo bastante mal como para llorar dormida.

Así que, en vez de dormir, tomó una revista y se quedó sin aliento al ver un reportaje sobre Nueva York. Las brillantes luces de Times Square consiguieron hipnotizarla. Después de pasarse toda la vida metida en el palacio real, era difícil imaginarse a sí misma en esa gran plaza.

Zayn, al ser hombre, había tenido mucha más libertad y Jasmine, a pesar de ser mujer, había conseguido tener también libertad, aunque tuviera que ser a escondidas.

Ella, en cambio, nunca se había atrevido a tanto.

Se fijó entonces en el anuncio de un bar y abrió mucho los ojos al ver los escandalosos nombres que tenían algunos de los cócteles de colores que allí ofrecían a los clientes. Llegó incluso a sonrojarse cuando vio que había uno que se llamaba «Superorgasmo».

Leyó un artículo sobre restaurantes de moda, donde al parecer la gente se juntaba solo para hablar y comer, y otro sobre dos hoteles de lujo en el corazón de Nueva York. El hotel Chatsfield atrajo especialmente su atención. La cadena tenía hoteles en las principales ciudades del mundo y, por lo que leyó, los famosos solían alojarse allí, sobre todo los que solían salir en la prensa protagonizando todo tipo de escándalos.

Descubrió al leer el artículo que el Chatsfield tenía cierta rivalidad con otro lujoso hotel neoyorquino, el Harrington. Era un establecimiento glamuroso, elegante y mucho más discreto que el Chatsfield.

Recordó el nombre de esos dos hoteles cuando, después de pasar sin problemas los controles de aduana, se encontró temblando en su túnica en medio de una gélida noche de invierno mientras esperaba en la cola para poder tomar un taxi.

Otros viajeros se quejaban por la tardanza, pero ella esperó pacientemente, con la cara girada hacia el cielo mientras disfrutaba al sentir por primera vez en su cara unos copos de nieve.

—¿A dónde? —le preguntó el conductor cuando por fin consiguió un taxi.

Leila sabía qué hotel de los dos habría elegido Jasmine. Estuvo a punto de pedirle que la llevara al Chatsfield, pero se echó atrás en el último momento.

—Al Harrington —le dijo Leila.

Sabía que, por mucho que lo intentara, nunca iba a poder ser como su hermana Jasmine.

Capítulo 2

Todo le resultaba extraño y distinto.

Hermoso e interesante, pero muy distinto.

Se sintió afortunada al poder refugiarse tras el velo que llevaba porque, cuando por fin entró en el hotel y fue directa al mostrador de recepción, se sintió como si todo el mundo la estuviera mirando.

Sabía que llamaba la atención, su túnica bordada en oro era increíble. Levantó la cabeza con orgullo cuando habló con la recepcionista y le pidió que alguien la acompañara a la mejor suite del hotel.

Pero no fue tan fácil como había pensado, le hicieron muchas preguntas y ella no respondió a todas con sinceridad. Mintió por ejemplo cuando le pidieron su dirección y se quedó en blanco cuando le preguntaron su número de teléfono.

—Me gustaría ir ya a la suite, por favor.

Pero tenían aún más preguntas.

—¿Señorita?

Frunció el ceño ante la pregunta de la recepcionista.

—¿Cuál es su tratamiento? —le aclaró la mujer.

Leila miró su tarjeta de crédito. Vio que allí solo aparecía su nombre, Leila Al-Ahmar, suspiró aliviada y se dio cuenta de que por fin podía ser quien quisiera ser.

—Sí, eso es. Señorita Al-Ahmar —le dijo Leila.

Esperó unos minutos más a que la joven introdujera todos sus datos en el ordenador. Entregó de nuevo la tarjeta de crédito, temiendo que sus padres hubieran decidido cancelarla, pero no tuvo ningún problema con ella.

La recepcionista le sonrió mientras le entregaba una llave magnética para su suite.

Pensó entonces que quizás sus padres ni siquiera eran aún conscientes de que se hubiera ido.

Cuando entró en su suite, vio que ya había allí una doncella deshaciendo su pequeña maleta. Le dio las gracias y le dijo que ya no la necesitaba más.

Pero la joven se quedó mirándola como si esperara algo de ella.

—Puedes irte —le dijo Leila con firmeza para dejárselo más claro.

Cuando se quedó sola, se acercó a una de las grandes ventanas y miró las concurridas calles de la ciudad. Trató de imaginarse a ella

misma allí fuera.

No se veía capaz.

Pero sabía que tenía que hacerlo.

Se quitó el velo, la túnica y su modesta ropa interior. Se puso entonces el conjunto de lencería que había encargado Jasmine y que nunca había llegado a recibir.

Se miró en el espejo, no reconoció su propio cuerpo ni a la provocativa mujer que veía allí reflejada.

Se puso después el vestido negro de su hermana, que dejaba a la vista su escote. Le costó mucho trabajo subirse la cremallera de la espalda, pero al final lo consiguió. No había tenido nunca cremalleras en la ropa y eran las criadas las que siempre le abrochaban los botones de sus túnicas.

Se cepilló su larga melena negra hasta que quedó brillante y se puso los zapatos de tacón.

Nunca había usado maquillaje, pero esa noche se pintó con cuidado los labios. Después, se echó hacia atrás y se miró de nuevo en el espejo.

Creía que, con ese aspecto, podría haber pasado por Jasmine.

Era algo más delgada que su hermana y ya era además unos años mayor de lo que Jasmine había sido cuando murió. Aun así, por primera vez, se dio cuenta de que se parecía a su hermana mayor.

Practicó frente al espejo la famosa sonrisa de Jasmine. Se preguntó entonces si ese parecido era uno de los motivos por los que su madre la detestaba tanto. Era para la reina un recordatorio diario de que ella aún vivía y Jasmine no.

Pero recordó entonces que su madre la había odiado desde que nació.

Le había dolido mucho lo que le había contado su progenitora sobre lo que las amas de cría solían decir de ella, que había sido un bebé muy difícil. Furiosa al recordar sus palabras, metió su túnica y el velo en su pequeña maleta y la escondió después bajo la cama.

«Ya está, ya no existe la princesa Leila de Surhaadi», se dijo con satisfacción.

No tenía ni siquiera un bolso para guardar la llave magnética, ni una doncella que llevara sus cosas, así que se limitó a meterla en su sujetador.

Bajó en el ascensor hasta el vestíbulo principal y Leila miró a su alrededor durante unos segundos.

Había leído que el Harrington presumía de ser el hotel más elegante y discreto de la ciudad, un sitio donde los famosos se encontraban a gusto sabiendo que los paparazis no iban a molestarlos allí. Pero la gente no dejaba de mirarla. Supuso que era su aspecto el que llamaba la atención de esas personas. No estaba acostumbrada a que la

miraban y empezaba a molestarle.

Oyó el sonido de un piano y fue hacia allí.

La música procedía del bar del hotel. Cuando entró, el tintineo de los vasos y el murmullo de la conversación se detuvo durante un segundo. Se quedó paralizada a la puerta del establecimiento, pero intentó no mostrar su miedo.

Un hombre corpulento la miró y vio que sus ojos la recorrieron de arriba abajo. Otro hombre hizo lo mismo, muy brevemente, pero sus ojos se detuvieron más de la cuenta en su escote.

Era una sensación tan abrumadora y nueva para ella que estuvo a punto de darse la vuelta y regresar corriendo a su suite. Lamentaba haber cometido un grave error al salir vestida de esa manera.

Pero entonces sucedió.

Por primera vez en su vida, Leila sintió que alguien se alegraba de verla. Un hombre que estaba en la barra del bar se dio la vuelta y sus ojos de color chocolate se encontraron con los de ella. Le pareció que había sorpresa en su mirada, pero no tardó en fruncir el ceño, como si estuviera tratando de recordar quién era. Después, se limitó a sonreír.

Leila nunca se había sentido tan apreciada. Sus ojos no recorrieron su cuerpo como habían hecho otros hombres. Él se había limitado a sostener su mirada y Leila se dio cuenta entonces de que, aunque no hubiera sido consciente de ese hecho, le estaba devolviendo la sonrisa. Sin pensar en lo que hacía y como si fuera lo más normal del mundo, se acercó a él.

—He cambiado de opinión —le dijo el hombre al camarero mientras se volvía hacia él—. Después de todo, creo que me tomaré otra copa.

La miró entonces a ella.

—¿Qué le apetece? —le preguntó el desconocido.

—No lo sé —repuso ella mientras miraba las brillantes botellas de distintos colores que llenaban las estanterías tras la barra.

Por primera vez, no se sintió ingenua, sino atendida. A ese hombre no pareció importarle su vaga respuesta y esperó pacientemente a que ella se decidiera. Se quedó pensando en los nombres de los cócteles que había visto en la revista del avión. Lo único que tenía claro era que no iba a pedirle el que había conseguido que se sonrojara.

—Bueno, como es mi primera noche aquí, creo que tomaré un Manhattan.

—Un Manhattan es una elección perfecta —repuso James Chatsfield sin poder dejar de mirarla.

Tan perfecta como era esa mujer. Se fijó en su largo pelo, negro como la noche y brillante, y en su mirada dorada. Lo único que habría cambiado de su aspecto era el tono de su barra de labios. Creía que era demasiado estridente.

Pero no le preocupaba el maquillaje de sus labios, pensaba

quitárselo a besos en cuanto pudiera.

James Chatsfield había estado tan aburrido en el tranquilo bar del Harrington, que había decidido marcharse para irse a algún sitio más animado. Acababa de decirle al camarero que no quería otra copa más cuando sintió un silencio repentino a su alrededor. Se había dado entonces la vuelta y había visto a la mujer que, con su sola presencia, podía conseguir silenciar un bar lleno de gente.

Leila asintió con la cabeza y el camarero se dispuso a prepararle el cóctel, pero ella solo tenía ojos para el hombre que estaba a su lado.

Era muy atractivo. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba bastante largo. Era alto e iba bien vestido, pero había algo en él que le hacía parecer indomable y rebelde, algo que iba en contra de las convenciones sociales. No se parecía a los otros hombres que llenaban el bar.

Llevaba corbata, pero se había desabrochado el botón superior de la camisa. No estaba bien afeitado, pero tenía un aspecto limpio y olía muy bien.

Él sonrió de nuevo y ella se le acercó un poco más. Por extraño que pudiera parecerle, no sentía miedo.

Había vivido toda su vida con miedo, pero no lo tenía en esos momentos. De repente, sintió una paz estando a su lado para la que no tenía explicación.

—Me llamo James —le dijo él.

—Yo soy…

Estuvo a punto de presentarse usando su título, pero se detuvo a tiempo.

—Y yo me llamo Leila.

James se dio cuenta de que esa mujer estaba fuera de lugar allí, junto a la barra de un bar, y le sugirió que fueran a sentarse a una de las mesas bajas que había al otro lado del bar.

Leila eligió una mesa que estaba medio escondida entre las sombras del bar. Quería evitar así que otros tipos la miraran. Se sentó en el sofá esperando que el hombre se sentara frente a ella, pero se le acercó y se sentó a su lado.

No se sintió incómoda, había algo de distancia entre los dos, pero no pudo evitar sonreír al ver que James había elegido sentarse a su lado.

Les llevaron las bebidas y James se quedó mirando cómo probaba el cóctel. Sonrió al ver que abría mucho los ojos. Después, se pasó la lengua por los labios y dejó la copa de nuevo en la mesa.

—¡Está buenísimo! —exclamó Leila—. Aunque tiene un sabor helado, aún puedo sentirlo ardiendo en mi interior.

James sonrió de nuevo al oír su descripción. No solía importarle no saber nada sobre sus conquistas, pero esa mujer consiguió despertar tanto su interés que quería conocer hasta el último detalle de su vida.

—Entonces, ¿es tu primera noche aquí? —le preguntó.

—Así es —repuso Leila sonriendo—. He probado por primera vez la nieve mientras esperaba un taxi en el aeropuerto.

—¿Tuviste que tomar un taxi? ¿Por qué no me llamaste? —le preguntó James—. Habría ido a buscarte.

Era un comentario absurdo. Pero, por algún extraño motivo, pareció tener tanto sentido para ellos dos que Leila no pudo evitar sonreír de nuevo. Se sentía como si llevaran toda la vida esperando para conocerse, como si hubiera salido del avión que la había llevado hasta Nueva York para ir directamente a sus brazos.

James le preguntó de dónde era y vio que ella vacilaba antes de contestar.

—Soy de Dubái —mintió Leila—. He venido por trabajo.

—¿A qué te dedicas?

Era una pregunta natural, pero vio que la joven volvía a detenerse un segundo antes de contestar.

—Soy… Soy músico —le dijo Leila—. He venido para ver algunas actuaciones.

Estuvo a punto de pedirle que no le mintiera. Era obvio. La joven había llegado incluso a sonrojarse al decirlo.

Pero no se lo dijo. Nunca había conocido a nadie que mintiera tan mal como ella y su contestación había conseguido sorprenderlo, tenía que reconocerlo.

La verdad era que no le importaba nada que le mintiera. Creía que lo había hecho porque no sabía que a él no tenía que mentirle.

Miró entonces su mano y vio que no llevaba alianza. Se fijó en sus largos y delgados dedos. Tenía que reconocer que parecían las manos de una pianista. Después de todo, a lo mejor no le había mentido.

—¿Y tú? —le preguntó Leila—. ¿A qué te dedicas?

—A poca cosa —admitió James—. Mi padre me llama Pepito.

Vio que Leila fruncía el ceño y decidió explicárselo mejor.

—Como el famoso Pepito Grillo.

La joven parecía seguir confundida y James se dio cuenta de que no debía de saber de qué le hablaba.

—Pepito Grillo es un personaje. Se trata de un tipo muy feliz que no trabaja mucho —le explicó James—. Yo solo trabajo media hora al día, haciendo mucho dinero jugando en la bolsa. Después, me paso las restantes veintitrés horas y media tratando de gastarme ese dinero de la peor manera posible.

—¿Y por qué estás aquí esta noche? —le preguntó Leila tomando otro sorbo de su bebida.

—Bueno, he venido a echar un vistazo a la competencia —le dijo él —. Soy James Chatsfield.

Vio que Leila lo miraba perpleja.

—De la cadena de hoteles Chatsfield… —continuó James para explicarle quién era.

Su hermano Spencer estaba decidido a comprar el Harrington y había pensado que no se iba a interponer nada en su camino, pero Isabelle Harrington, que acababa de asumir las riendas del hotel, había rechazado de forma inesperada su oferta y las cosas estaban complicándose cada vez más.

James estaba cansado de su familia, quería alejarse de ellos todo lo que pudiera, pero la curiosidad había podido con él y había decidido acercarse al Harrington para echar un vistazo al elegante hotel.

—Mi hermano mayor, Spencer, quiere comprar este hotel. Decidí venir y verlo por mí mismo —le confesó James—. Y la verdad es que ahora estoy encantado de haberlo hecho.

—Y yo también —le dijo Leila.

Tomó una de sus manos, la que tenía más cerca de él, y Leila bajó la mirada mientras James acariciaba sus dedos. El contacto fue increíble. Muy sutil, pero no podría haberlo ignorado aunque hubiera querido.

Sus dedos se entrelazaron y Leila se quedó absorta al ver así sus manos, con las palmas de los dos presionadas una contra la otra.

—Quiero seguir disfrutando de mi bebida —le confesó Leila—. Pero la verdad es que no quiero soltar tu mano.

—Entonces, no lo hagas.

James tomó la copa de Leila y se la llevó a los labios. Ella tomó un sorbo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Ahora que lo pienso, ya había oído antes tu apellido —comentó entonces Leila—. Creo que leí algo sobre tu hotel en el avión.

—Bueno, no es mi hotel —le aclaró James—. De hecho, no quiero tener nada que ver con todos ellos.

—¿Tienes muchos hoteles?

—Son de la familia, no son solo míos —repuso James con una sonrisa—. Pero sí, hay unos cuantos hoteles Chatsfield por todo el mundo. Sé que tenemos uno muy bueno en Dubái. La verdad es que no lo conozco, nunca he estado allí, pero ahora estoy pensado que debería ir —añadió con una sonrisa más seductora.

No sabía por qué le estaba hablando de esa manera a una mujer a la que no conocía de nada. No solía comportarse de ese modo. Ni siquiera habían compartido un beso y ya le había sugerido que le agradaba la posibilidad de visitar Dubái para volver a verla. Nunca hacía promesas y era una norma que no iba a cambiar esa noche.

—Aunque quizás no sea buena idea que vaya a Dubái —se apresuró a decirle James para que no se hiciera una idea equivocada—. Manu, la encargada del departamento de relaciones públicas del hotel, ya me advirtió que mi modo de vida no sería muy bien bienvenido en ese país. Al parecer, allí son bastante más estrictos.

—¿Es que te portas mal, James? —le preguntó Leila.

James no pudo evitar sonreír ante su pregunta.

—Es una manera bastante benevolente de describir mi modo de vida, pero sí, supongo que tiendo a portarme mal en general.

Leila bajó de nuevo la mirada y se quedó contemplando cómo James seguía acariciando su mano. Se sintió más valiente de lo que lo había sido nunca. Y sabía que era gracias a ese hombre.

—Pórtate mal conmigo —le susurró ella.

Le aterrorizaba la idea de que él pudiera negarse. Pero comprobó enseguida que no tenía de qué preocuparse.

—No me lo digas dos veces —repuso James.

Pero, muy a su pesar, él le soltó la mano. Se quedó mirando cómo tomaba una servilleta de papel y la metía en un vaso de agua. Frunció el ceño al verlo. No entendía lo que estaba haciendo.

James fue hacia su cara con la servilleta, pero ella no se inmutó ni se apartó.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Leila.

—Te estoy quitando lo innecesario —repuso James mientras limpiaba sus labios.

Normalmente le gustaba que las mujeres utilizaran maquillaje, le gustaba verlas con esa especie de máscara, que siguieran siendo siempre desconocidas para él. Pero no quería eso de Leila. Necesitaba verla desnuda, sin ropa y también sin maquillaje.

A Leila no le molestó la presión sobre sus labios, era agradable. Y le encantó ver cómo la miraba mientras le quitaba la pintura de su boca. Parecía estar muy concentrado en la tarea.

—Ahora, estás perfecta —le dijo James—. Casi.

—¿Casi?

James se sacó algo del bolsillo y vio que era una barra de labios.

—¿Qué clase de hombre lleva un pintalabios en el bolsillo? —le preguntó Leila con el ceño fruncido.

—Uno que esquía con frecuencia —repuso sonriendo—. Es bálsamo labial.

Se estremeció cuando James se lo aplicó sobre los labios. Se pasó después la lengua por ellos, sabía ligeramente a vainilla. A pesar de su explicación, no se imaginaba ni a su padre ni a Zayn usando algo así.

Aunque era una mujer inexperta e inocente, no había vivido apartada de los hombres.

Pensó en los amigos que Zayn había tenido. Habían sido casi todos unos jóvenes insolentes y mujeriegos, acostumbrados a utilizar a las chicas.

Pero ella no sentía esa noche que la estuvieran utilizando. James tenía algo que la hacía sonreír, que hacía que se sintiera bien y hermosa. Era la primera vez que se sentía así.

—Nunca había conocido a nadie como tú —le confesó Leila.
—Lo mismo te digo —repuso James.
Se arrepintió enseguida de habérselo dicho. Nunca se comportaba así ni les decía ese tipo de cosas a las mujeres. No quería que Leila se hiciera una idea equivocada. No cuando sabía que no iba a volver a verla después de esa noche.
—Bueno, al menos por ahora —añadió él.
—¿Por ahora?
—Sí. Se me dan muy, muy mal las relaciones —le dijo James—. Suelo evitarlas.
Leila frunció el ceño como si no entendiera lo que estaba diciéndole y James decidió aclarárselo.
—Solo he tenido una relación seria en mi vida, pero ella decidió venderme a la prensa del corazón. Les contó todo lo que yo le había dicho en confianza y les dio un montón de detalles escabrosos —le confesó James—. ¿Y tú? ¿Has tenido alguna relación seria?
—No, nunca —le dijo Leila.
Le había dicho la verdad. Lo que James no podía imaginarse era hasta qué punto era una mujer inexperta.
Les sirvieron más bebidas. Pero el alcohol no era el culpable de que se sintiera relajada y no pudiera dejar de reír, era ese hombre, que no dejaba de hacerle preguntas y de hablarle también de su propia vida. Le encantaba verlo riéndose y darse cuenta de que él tampoco quería soltar su mano.
—¿Quieres cenar? —le preguntó James unos minutos después.
Leila negó con la cabeza. Esa noche, tenía otro tipo de hambre.
—Lo que quiero es saber más de ti —le confesó ella.
James pensó que quizás estuviera revelándole demasiado, pero el dorado de sus ojos lo tenía hipnotizado y, aunque sabía que no era buena idea, terminó por decirle que no podía fiarse de él, que era un canalla, un mujeriego y un juerguista. Le confesó que le gustaba vivir la vida a su manera y que, afortunadamente, podía permitírselo. Siempre había tenido suerte en la bolsa.
Le dijo que le gustaba salir por las noches, disfrutar de los placeres de la vida y hacer deportes de riesgo. Creía que nadie podía domarlo.
—He intentado portarme bien, pero fue algo a lo que renuncié definitivamente a los dieciocho años —le dijo James.
Le contó además cómo había luchado para ser el hijo perfecto, pero nada de lo que había hecho había sido lo suficientemente bueno para su padre.
A pesar de su confesión, no consiguió la comprensión de Leila.
—Al menos alguien estaba pendiente de ti para ver qué hacías —le dijo ella—. A mí siempre me han ignorado.
—¿Cómo podría alguien ignorarte? —le preguntó James—. Me

parece imposible.

—Pues así ha sido siempre —le aseguró Leila—. Mi madre…

Vaciló un segundo antes de terminar la frase. Temía decirle que su madre nunca la había amado y que ese detalle le hiciera verla de otro modo, como alguien que no era digno de que nadie la amara. Era algo de lo que siempre se había sentido avergonzada, así que decidió cambiar un poco la historia.

—Desde que murió Jasmine, mi hermana, mi madre no ha sido siquiera capaz de mirarme —le dijo Leila—. Y ya me he cansado de esperar a que las cosas cambien. He decidido hacer lo que quiera y vivir la vida a mi manera.

—¿No les parece bien a tus padres que lo hagas?

—No —respondió ella.

Nunca había podido contar con su apoyo.

—Así que los dos somos las ovejas negras de nuestras respectivas familias —comentó James levantando su copa a modo de brindis.

Siguieron bebiendo mientras comentaban todas las maneras en las que los dos habían fallado y decepcionado a sus padres. Bajo la mesa, era muy consciente de cómo se tocaban sus rodillas y no podía dejar de mirarlo a los ojos. Para Leila, aquella estaba siendo la mejor noche de su vida.

Le estaba encantando hablar con él. No se cansaba de hacerle preguntas para tratar de conocerlo mejor.

—Entonces, ¿cuál es tu objetivo en la vida? Si tanta suerte tienes en los negocios, si todo lo que tocas se convierte en oro, ¿qué es lo que esperas de la vida? Cuando disfrutas tanto de todo y sales cada noche de fiesta, cuando el mundo está ya a tus pies, ¿qué más quieres? ¿Qué es lo que deseas y no has tenido nunca?

—A ti —repuso James.

Se inclinó hacia ella. Tenía su boca muy cerca, pero sabía que su respuesta no era toda la verdad y echó su cabeza hacia atrás.

—No, dime.

—No entenderías mi respuesta —le aseguró James.

—Yo creo que podría —le dijo Leila—. O puede que no, pero me encantaría escucharla de todos modos.

Pensó entonces que quizás sí lo entendiera, así que decidió decirle la verdad.

—Quiero saber lo que es tocar fondo —admitió James.

Tenía la esperanza de que entonces pudiera al menos sentir… Sentir algo.

—Yo ya lo sé —le contestó Leila.

Su vida había cambiado por completo durante esas últimas veinticuatro horas.

Tenía muy claro que su familia iba a repudiarla por lo que acababa

de hacer. Tenía la sensación de que todo se había hundido a su alrededor, pero, estando allí con James, sintió que nada más importaba. Y esa era una noche hermosa y muy especial. Miró al hombre que la había salvado del infierno. Tenía su boca muy cerca, cada vez más.

—Pero ahora siento que estoy empezando a salir de ese pozo —le dijo Leila.

Nunca la habían besado, ni siquiera había llegado a imaginar cómo sería que alguien la besara, pero estaba pasando… La boca de James era suave y cálida. Al principio, no movió los labios, se limitó a disfrutar del peso de su boca sobre la de ella. Cuando vio que él tenía cerrados los ojos, también lo hizo Leila.

Poco a poco, comenzó a mover los labios y le devolvió el beso suavemente, deslizando su boca contra la de él. James llevó una mano hasta su mejilla y la otra a la cintura. Quería estar aún más cerca de él, sentarse en su regazo y que la rodeara con sus brazos.

Como si tuvieran vida propia, sus labios se entreabrieron, deseaba más. No sabía el qué, pero lo deseaba.

James dejó en ese instante de besarla. Normalmente, no solía importarle dónde estuviera ni le preocupaba actuar con discreción, pero creía que ella se merecía algo mejor. No podía dejarse llevar por el deseo en el bar de ese hotel.

—Vamos a bailar —le sugirió James con la boca a un par de centímetros de la de ella.

—No quiero bailar —protestó Leila abriendo los ojos—. Quiero seguir besándote.

—A bailar —insistió él.

Necesitaba estar más cerca de esa mujer, su cuerpo anhelaba ese contacto. Se puso de pie y le ofreció la mano.

—Pero… Nunca he bailado —admitió Leila mientras iban hacia la pista de baile.

—¿No me habías dicho que te gustaba la música?

—Me encanta tocar —admitió ella cuando James la tomó entre sus brazos—. También me gusta escuchar música…

Se quedó sin aliento cuando James comenzó a moverse, siguiendo el ritmo lento y sensual de la música. Era increíble sentir cómo sus cuerpos bailaban unidos. Sintió un escalofrío cuando comenzó a acariciar con los dedos sus brazos desnudos y supo que no tenía nada que ver con la temperatura. No tenía frío, todo lo contrario. Nunca había sentido tanto calor dentro de ella.

—Hueles tan bien… —susurró James con la cara enterrada contra su pelo.

Tiró de ella para tenerla un poco más cerca. Solo fueron unos centímetros, pero Leila pudo sentir lo excitado que estaba. A pesar de

su falta de experiencia, no se le pasó por alto que era su imponente erección lo que sentía contra el estómago. Su cuerpo tuvo una reacción casi inmediata y fue consciente de la humedad que había aparecido entre sus piernas. Nunca se había sentido tan emocionada y excitada como lo estaba en ese momento. Echó la cabeza hacia atrás y buscó casi a ciegas la boca de James.

—No, aquí no —le dijo James negándole el beso—. Este bar es demasiado serio y aburrido. Si quieres podemos ir a una discoteca que está cerca de aquí…

Le pareció increíble que ese lugar le pareciera serio. Para ella, esa estaba siendo la noche más loca y salvaje de su vida. No terminaba de creerse que estuviera allí, bailando y entre los brazos de ese hombre.

—O podríamos irnos al Chatsfield —le sugirió él.

Era a ese hotel al que solía llevar a sus conquistas. Nunca las llevaba a su ático, eso habría sido demasiado personal.

Esa noche, en cambio, estaba dispuesto a ofrecerle esa posibilidad si Leila declinaba su oferta. Se sentía tan desesperado, deseaba tanto tenerla, que estaba dispuesto a cualquier cosa.

Pero no tuvo que hacerlo, su respuesta lo sorprendió gratamente.

—¿Te parece bien que vayamos a mi suite? —le preguntó ella con la mirada fija en la boca de James.

Leila no podía ignorar el calor que recorría su cuerpo ni cuánto deseaba estar a solas con él.

El tono inocente de su pregunta lo dejó sin habla. Cuando miraba a esa mujer, le parecía que era un ángel que acababa de caer del cielo, le costaba creer que Leila fuera real y no un producto de su imaginación.

—Me parece bien —repuso James.

—Pero, antes, un baile más —le pidió Leila sin querer apartarse de él.

No conocía la música que sonaba en el bar, nunca la había escuchado, pero sabía que iba a quedar grabada para siempre en su corazón porque James estaba consiguiendo con cada movimiento y cada respiración acercarla a lugares que nunca había visitado. Sentía que le dolían los pechos y la parte más íntima de su ser. Allí lo necesitaba más que en ningún otro sitio. Su boca anhelaba volver a besarlo y las manos de James, que recorrían en ese momento su espalda muy lentamente, hacían que se sintiera desnuda.

—Necesito besarte —le confesó ella.

James la miró a los ojos.

—Ahora —añadió Leila con urgencia en su voz.

—¿No me habías dicho que querías bailar un poco más? —le preguntó James al oído—. Me parece increíble que te dediques a la música y no hubieras bailado nunca. Debes de tener mucha fuerza de

voluntad y un gran poder de contención.

Fue una suerte que él la estuviera sujetando porque sentía que le temblaban las piernas.

—Sí, siempre he sido así. Pero esta noche he dejado todo eso atrás —le aseguró Leila.

Capítulo 3

Leila se sintió muy aliviada al ver que el ascensor estaba vacío porque no dejaron de besarse apasionadamente mientras subían a su suite. No era un espectáculo apto para ojos ajenos.

Se devoraron mutuamente y James sostenía con firmeza su trasero para sujetarlo contra su pelvis. Era increíble sentir la potencia de su erección contra ella. Cada vez lo deseaba más. Aunque estaban completamente fundidos en un apasionado abrazo, sentía que no era suficiente, que necesitaba más.

Siguieron besándose cuando salieron del ascensor mientras iban hacia su puerta y James la atrapó entre la pared y su musculoso cuerpo.

—¿Dónde está…? —susurró él separándose para mirarla con el ceño fruncido.

Vio que Leila no llevaba bolso y necesitaba su llave magnética. Tenía que abrir esa puerta, no podía esperar más.

—En mi sujetador —murmuró ella.

James metió una mano en su escote y tocó el pecho equivocado, pero no tuvo prisa por moverla. Leila estaba cada vez más excitada.

Cuando James por fin encontró la llave, la sacó y abrió la puerta. Apenas se fijó en nada, se limitó a quitarse la chaqueta sin dejar de mirarla.

Leila se llevó las manos a la espalda para bajarse la cremallera del vestido. No sabía si iba a poder controlarse lo suficiente como para no hacerla suya allí mismo, contra la pared que tenía más cerca. Fue hacia ella y la hizo girar para ayudarla con la cremallera.

—Voy a ser yo quien te quite la ropa —le aseguró James con firmeza.

Sabía que, si no tomaba las riendas, todo iba a terminar demasiado deprisa y no podía dejar que eso sucediera, quería tomarse su tiempo.

Leila estaba acostumbrada a que otra persona la desvistiera, pero lo que James le estaba haciendo sentir no tenía nada que ver con lo que había sido el trabajo de su doncella personal durante años.

Colocó las manos de Leila en la pared y ella apoyó la frente allí también. Bajó lentamente la cremallera y fue acariciando su piel con la lengua. Era una sensación tan maravillosa como insoportable. Lo deseaba tanto…

La bajó hasta llegar a la cintura y sintió que se ponía de rodillas tras

ella para besarle la parte baja de la espalda. No pudo evitar estremecerse.

Se quedó sin aliento cuando sintió su mano entre las piernas. Sus delicadas braguitas estaban húmedas, completamente lista para él. No pudo ahogar un gemido cuando sintió que James deslizaba uno de sus dedos dentro de ella y comenzó a jadear cuando las sensaciones la inundaron. Ese hombre había encontrado una parte de su sexo en la que parecían concentrarse todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, un lugar mágico del que ni siquiera había conocido su existencia.

—¿Cómo sabes…? —susurró mientras él seguía acariciándola.

James estaba consiguiendo despertar su cuerpo, presentándole un mundo completamente nuevo para ella. Le temblaban las piernas y sentía que se derretía entre sus manos. Dejó de besar su espalda y sintió que se movía.

—No, no te detengas —le suplicó Leila.

Pero él se levantó y la hizo girar.

—No te preocupes por eso. No me voy a detener, todo lo contrario —repuso James sonriendo.

Aún tenían muchas horas por delante. Solo iba a tener una noche con ella y estaba decidido a aprovecharla al máximo.

James terminó de quitarle el vestido y Leila se sintió muy libre. Lo bastante como para sentirse cómoda tal y como estaba en esos momentos, de pie frente a un hombre cuando solo llevaba puesta su sexy ropa interior y unos zapatos de tacón alto.

Se acercó a ella y acarició con el pulgar el terciopelo rojo de su sujetador. Sintió cómo se contraían aún más sus pezones y contuvo el aliento cuando vio que James inclinaba la cabeza y comenzaba a morder uno de ellos a través de la tela.

—Por favor… —le suplicó Leila sin saber muy bien qué le estaba pidiendo.

Era la sensación más maravillosa que jamás había sentido, pero seguía sin ser suficiente.

—Más despacio, Leila. Sé paciente… —susurró James.

Eran palabras que rara vez tenía que decirle a una mujer. Sabía que, de no haber sido Leila la conquista de esa noche, ya la habría hecho suya contra la pared, ya habría estado dentro de ella. La tentación de hacerlo seguía ahí, lo empujaba a dejarse a llevar, pero estaba consiguiendo resistirse mientras le dedicaba tiempo a cada uno de sus pechos, acariciándolos con su boca y disfrutando como nunca con los gemidos de placer de esa mujer.

Leila había conseguido fascinarlo por completo. Su piel tenía el mismo aroma que su pelo, un olor exótico y muy excitante.

Ella nunca podría haberse imaginado que iba a tener a un hombre

chupándole los pechos como un recién nacido, le había sorprendido mucho, pero la sensación era tan sublime que, cuando se detuvo, le suplicó para que siguiera un poco más.

—James…

Se estremeció cuando se separó de ella, ya lo echaba de menos.

Pero no tuvo que suplicarle que siguiera besándola. James bajó por su anatomía, cubriendo la piel de su estómago con besos. Era una tortura muy dulce, casi insoportable, pero tan deliciosa… Tenía ganas de llorar y ganas de gemir. Sentía que su cuerpo ya no le pertenecía. Se dejó llevar por completo.

—Esto no es… Esto no es sexo… —susurró al ver que James le bajaba las braguitas y comenzaba a acariciarla íntimamente con la lengua.

Todo era nuevo para ella, pero lo que le estaba haciendo no tenía nada que ver con lo que había visto a escondidas en la biblioteca del palacio. Recordaba perfectamente la excitación que había sentido entonces al ver las fotografías en un par de libros.

—¿Quieres que me detenga? —le preguntó James entonces.

Se estremeció al sentir su aliento cálido y tentador. Le respondió sin palabras, usando su mano para presionar la cabeza de James contra su pelvis.

Mientras lo hacía, se quedó mirando su propio cuerpo. Tenía un pecho desnudo y el otro aún estaba bajo la copa del sujetador humedecida por su lengua. Le costó reconocer su estómago con la cabeza de James unos centímetros más abajo. Era tan excitante lo que le estaba haciendo, los sonidos, las sensaciones…

—James…

Una parte de ella quería que se detuviera. Otra, se aferraba a él para que siguiera dándole placer.

Nunca había sentido nada tan intenso. Le temblaban las piernas y James agarró su trasero para que no pudiera escapar de las caricias implacables de su lengua.

Sintió una oleada de placer que fue creciendo poco a poco, elevándola a lo más alto. Pensó que iba a perder el equilibrio y caerse, pero la pared la sostuvo mientras alcanzaba un delicioso e increíble clímax que logró sorprenderla con su intensidad.

También James estaba al borde del abismo y decidió detenerse antes de que fuera demasiado tarde. Se apartó y levantó los ojos hacia ella.

—Ahora me toca a mí —le dijo Leila.

No pudo evitar sonreír. Le encantaba lo directa que era.

—Quiero verte —añadió ella mientras comenzaba a desabrocharle lo botones.

Pero su camisa tenía demasiados y Leila se cansó enseguida. Su

intención había sido ir besando su torso mientras le quitaba la camisa, como había hecho él con su espalda, pero su impaciencia pudo con ella y terminó por arrancarle varios botones al quitársela.

—Eres tan hermoso… —susurró Leila al ver su torso desnudo.

No podía dejar de admirar su suave piel y sus músculos. Como había hecho James antes, también ella besó sus pezones y fue después bajando por su cuerpo, deleitándose con las sensaciones, recorriendo la fina línea de vello que nacía allí y seguía bajo sus pantalones. Contuvo el aliento mientras le desabrochaba el cinturón, podía sentir su erección empujando la tela de los pantalones y la besó.

Después, volvió a ponerse de pie. No estaba asustada, solo sentía curiosidad. Le bajó la cremallera de los pantalones y se sorprendió al ver su miembro. Todo era nuevo para ella. Le encantó ver cómo gemía James cuando comenzó a acariciarlo suavemente con sus dedos.

Lo miró mientras él terminaba de quitarse los pantalones.

—Quítatelos —le ordenó con autoridad al ver los calcetines que llevaba.

Le sorprendió mucho su tono, pero James hizo lo que le había pedido.

—¿Te gusta dar órdenes, Leila? —le preguntó.

—No sé si me gusta o no, pero supongo que es algo a lo que estoy bastante acostumbrada.

—Bueno, esta noche no vas a poder hacerlo —le advirtió James—. Quítate el sujetador.

Pero Leila decidió no hacerlo.

—Quítamelo tú.

Se quedaron en silencio mirándose a los ojos. Al final, fue James el que dio su brazo a torcer y se lo quitó.

—A la cama —le ordenó James.

Leila no podía respirar. Le gustaba cómo le estaba hablando. Aunque su tono era severo, no sentía que estuviera enfadado con ella.

—A la cama, Leila… —insistió él—. Si quieres, mañana puedes ser tú la que des las órdenes.

Se arrepintió en cuando las palabras salieron de su boca. No entendía lo que le estaba pasando ni por qué le hablaba de lo que iba a pasar al día siguiente. Sus aventuras nunca duraban más de una noche.

Fue hasta donde había dejado su chaqueta y sacó algunos preservativos del bolsillo interior mientras su bella y seductora acompañante por fin lo obedecía y se metía en la cama.

Desnuda, Leila lo esperó en la cama. Cada célula de su cuerpo vibraba, anticipando ya lo que estaba a punto de ocurrir, y le dijo cómo se sentía.

—Quiero retorcerme debajo de ti y…

Se detuvo cuando vio que James se estaba poniendo un… No tenía experiencia, pero sabía lo que era y no le gustaba nada.

—No. Quítatelo —le pidió Leila—. Estoy tomando la píldora.

James se quedó inmóvil. A pesar de su modo de vida, era un hombre muy responsable, pero esa noche había dejado a un lado su sentido común. Esa mujer había logrado que perdiera por completo la cabeza.

Al ver que no se lo quitaba, Leila lo hizo por él. Después, inclinó la cabeza y pasó la lengua por su miembro.

—Voy a quitarte ese horrible sabor a plástico… —susurró ella.

Recorrió lentamente su pene con la lengua hasta llegar a la punta, saboreando la esencia de su masculinidad. Era una sensación increíble. Sintió que James guiaba su cabeza con la mano para sugerirle lo que quería, que lo tuviera completamente dentro de su boca, pero ella estaba disfrutando mucho lamiéndolo.

De repente, sin previo aviso, James la empujó hasta tumbarla en la cama y se colocó sobre ella. Pudo sentir su impaciencia y el poder que emanaba de su cuerpo. La besó apasionadamente mientras colocaba uno de sus musculosos muslos entre las piernas. Leila las separó para él. Era maravilloso sentir el peso de James sobre ella. No la besaba con la suavidad de la primera vez, sino con fuerza, casi de manera salvaje. Era muy excitante.

Sentir la presión de su hinchado miembro contra la entrada de su sexo no la preparó en absoluto para el dolor que la atravesó cuando James se deslizó dentro de ella. Arqueó la espalda hacia él mientras dejaba escapar un grito.

James se quedó inmóvil. No entendía nada. Nunca se había acostado con una mujer virgen, pero supo que lo estaba haciendo en ese instante. Los tensos músculos de Leila se apretaban a su alrededor y lamentó al instante haber sido tan brusco al penetrarla. Había sido incapaz de contenerse.

—Te he hecho daño…

—No, no es eso —susurró Leila.

Le había dolido, pero más le dolía imaginar un mundo sin ese hombre o el dolor que había tenido que acarrear durante toda su vida, el dolor de sentirse ignorada.

Colocó una mano sobre el trasero de James y buscó su boca, echaba en falta sus besos.

—Deberías haberme dicho que… —comenzó James.

—Lo hice —repuso Leila—. Te dije que nunca había tenido…

Pero no podía hacerle más preguntas, solo podía limitarse a sentir. Ella era maravillosa y la mano que le había colocado en el trasero le decía sin palabras que continuara. Comenzó a moverse lentamente, saliendo ligeramente para volver a deslizarse dentro de ella. Pero vio

que le estaba haciendo daño. Había lágrimas en sus ojos y apretaba los labios.

Se concentró entonces en besarla y lo hizo como no había besado nunca a nadie.

La estaba besando entregándose completamente para borrar su dolor mientras se movía dentro de ella.

Pero Leila ya no sentía dolor físico entre sus piernas, solo placer. James estaba ayudándole a borrar con sus labios el dolor con el que había crecido, le estaba haciendo olvidar cada palabra cruel que le habían dicho sus padres. Ese hombre estaba consiguiendo curarla, estaba logrando mucho más de lo que había conseguido con la música. Leila supo en ese instante que el amor existía.

James se sintió mejor al notar que Leila comenzaba a moverse con él, habían conseguido establecer su propio ritmo. Ella levantó las caderas y sus gemidos de placer lo animaron a acrecentar poco a poco ese ritmo, haciéndolo cada vez más rápido y más intenso.

Cuando Leila pensaba que ya no podía sentir nada más, llegó a un lugar mágico. Un lugar que siempre había estado buscando, un cúmulo de increíbles sensaciones que la llevó a lo más alto.

James la siguió poco después. Leila gritó su nombre y sintió cómo se contraía a su alrededor mientras él la llenaba por completo.

Unos segundos más tarde, James se desplomó sobre ella y sus cuerpos se contrajeron casi al unísono. Los dos estaban cansados y saciados. Fueron regresando poco a poco al mundo real.

James tenía un millón de preguntas para Leila, pero en ese momento sentía que no podía pensar en nada más. En ese instante, solo importaba que estaba junto a ella.

—Duérmete, descansa —le susurró James.

Podía sentir lo exhausta que estaba, parecía estar luchando por mantener los ojos abiertos.

Leila cerró los ojos y fingió haberse quedado dormida hasta asegurarse de que se durmiera él. Esperaba no tener pesadillas ni llorar esa noche mientras dormía.

Esperaba que esa noche también sus sueños fueran distintos. Después de todo, nunca había sentido tanta paz. Y no solo por la experiencia que acababa de compartir con él, sino por la sensación de estar entre sus brazos y sentir los latidos de su corazón bajo la mejilla.

Por fin podía saber lo que era que alguien la abrazara y sentir ese contacto humano. Se sentía tan feliz que no le habría importado nada quedarse despierta toda la noche, deleitándose en las sensaciones que durante toda su vida se le habían negado.

Y eso fue lo que hizo.

Estuvo despierta hasta que amaneció.

James se movió y ella giró hacia él la cara, probando con sus labios

la piel ligeramente salada de su torso. Deslizó después su mano hacia abajo y rodeó con los dedos la parte de su anatomía que tanto placer le había dado la noche anterior, llevándola a lugares completamente nuevos para ella.

Sintió cómo se despertaba su miembro y besó con más fuerza su torso.

James colocó su mano sobre la de ella, dejándose llevar por las sensaciones y guiando sus movimientos.

Eso también era nuevo para él. No le gustaba pasar la noche con las mujeres con las que se acostaba ni volver a hacerlo otra vez al despertar.

Le parecía que esas sesiones de sexo matutinas eran algo demasiado íntimo, algo lleno de promesas implícitas.

Quería besarla y deslizar la mano entre sus esbeltas piernas. Deseaba más que nada volver a estar dentro de ella. La tentación era muy fuerte, pero todas esas preguntas que se había hecho la noche anterior volvieron de repente a su cabeza y le dijo que iba a levantarse para darse una ducha.

Se quedó ensimismado mirando su reflejo en el espejo del baño.

Tenía arañazos en el torso y la sensación de resaca le recordó que había bebido demasiados cócteles la noche anterior. A esas cosas sí estaba acostumbrado. Pero, cuando entró en la ducha, vio que tenía una pequeña mancha de sangre en la parte superior de sus muslos y frunció el ceño. No le preocupaba haber bebido más de la cuenta, pero sí descubrir demasiado tarde que ella había sido virgen.

A eso no estaba acostumbrado.

Tomó el jabón mientras miraba a su alrededor, le gustaba descubrir cómo era una mujer viendo lo que tenía en el cuarto de baño. Había esperado ver fragancias exóticas y productos específicos para su bella melena, pero no había nada personal, solo los exclusivos artículos de tocador que ofrecía el Harrington a sus huéspedes.

Cuando salió de la ducha, se envolvió una toalla alrededor de la cadera, abrió un cepillo de dientes de hotel y se dispuso a usarlo, pero fue entonces cuando se preocupó de verdad.

No había estado con ninguna mujer, ninguna, que tuviera tan pocas cosas en el baño. Solo había junto al lavabo un cepillo para el pelo y un pequeño neceser en el que había una barra de labios y, afortunadamente, un paquete empezado de píldoras anticonceptivas.

Le sorprendió que Leila, supuestamente una empresaria de Dubái, viajara tan ligera de equipaje.

Leila se quedó mirándolo cuando salió del baño. Vio que estaba serio y tenía el ceño fruncido. Fue directo al gran armario ropero del dormitorio.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó sin entender nada.

—Estoy buscando un albornoz del hotel —repuso James mientras abría el armario y confirmaba sus sospechas.

No había ropa, zapatos ni bolsos.

Nada.

En lugar de ponerse el albornoz del hotel, lo único que colgaba del armario, se dio la vuelta y miró a la misteriosa mujer que yacía en la cama.

No pudo evitar preguntarse si sería una periodista. No conseguía quitarse a la prensa del corazón de encima y lamentó entonces todo lo que le había contado la noche anterior. Había hablado más de la cuenta.

Se le pasó también por la cabeza la posibilidad de que Isabelle Harrington la hubiera contratado al saber que él estaba en el hotel. Creía que eso tenía más sentido. Sabía que esa mujer estaría dispuesta a cualquier cosa para conseguir desacreditar a la familia Chatsfield.

—¿Quieres bajar a desayunar? —le sugirió él.

—Podríamos comer aquí —repuso Leila.

Lo último que quería era tener que ponerse el vestido y los zapatos de la noche anterior.

—¿Por qué no vamos a algún otro sitio? —insistió James.

Leila se quedó mirándolo. Después de una noche en vela, le dolían los ojos y estaba exhausta, pero no se le pasó por alto que algo había cambiado de repente. Lo que habían compartido la noche anterior había desaparecido de repente.

—Vamos —le dijo de nuevo James—. Bajemos a desayunar.

Quería que Leila le dijera que su equipaje se había retrasado, que la aerolínea tenía que llevárselo, quería que le diera sus razones, pero no lo hizo, se quedó callada.

—¿Por qué te estás vistiendo? —le preguntó Leila al ver lo que hacía.

—Tengo una reunión a las nueve —repuso James.

Sabía que era una excusa muy débil, solo eran las seis de la mañana, tenía tiempo de sobra.

Estaba hecho un lío. No quería irse, pero le preocupaba, por un lado, darle una idea equivocada de lo que quería él y el hecho de que Leila hubiera sido virgen. Por otro lado, sentía que esa mujer lo había engañado.

Pero, a pesar de estar tan seguro de que le estaba ocultando algo, no podía irse sin más. No podía.

Empezaba a ver que por esa mujer iba a romper todas y cada una de sus reglas.

—Llámame —le pidió James mientras escribía su número de teléfono móvil en un papel y lo ponía junto a la cama—. Dame tu número…

—¿Mi número?
—Sí, el de tu móvil.
—Pero no tengo… —comenzó Leila.
Recordó de repente que se suponía que trabajaba en Dubái. Era imposible que una persona así no tuviera teléfono móvil.
—Lo que quería decir es que no lo tengo a mano. No…
—No, claro que no —la interrumpió James con dureza.
Después, terminó de vestirse y se fue.
Salió de la suite pensando que se había equivocado por completo, esa mujer no era un ángel caído del cielo.

Capítulo 4

James creía que, a pesar de la situación en la que se encontraba en ese momento, no lamentaba lo que había pasado con Leila. Había merecido la pena.

El dolor que sintió cuando su cabeza golpeó la pared del callejón fue tan fuerte que vio las estrellas y eso le hizo recordar el momento de pasión que había compartido con Leila hacía ya unas semanas.

Por un momento, se limitó a sentir, nada más. En ese caso, era dolor físico y no placer.

Cerró los ojos y respiró profundamente, habría preferido seguir donde estaba, pero una voz fuera de sí reclamaba su atención.

Ya debería haberse imaginado que una noche como la que Leila y él habían compartido iba a tener sus consecuencias y estaba en esos momentos pagando por ello.

Abrió de nuevo los ojos para enfrentarse al hombre que lo había atacado. Estaba en un callejón detrás del hotel Chatsfield y el príncipe Zayn Al-Ahmar de Surhaadi parecía dispuesto a darle una paliza por haber osado acostarse con su virginal e inocente hermana.

Ya había sabido desde el principio que Leila le había mentido, pero en esos instantes entendió un poco mejor por qué lo había hecho.

Al ver la actitud posesiva y violenta de su hermano mayor, no le extrañó que Leila hubiera decidido escapar de su país. El príncipe Zayn no lo estaba acusando solo de haber deshonrado a Leila, sino también a la familia real y a su pueblo.

—Me parece demasiada responsabilidad para que cargue con ella esa mujer. No era consciente de que la integridad de su nación descansara sobre la virginidad de su hermana —respondió James a la diatriba furiosa de Zayn.

Al oírlo, el príncipe rodeó su cuello con la mano.

—Usted es la persona menos adecuada para hablar de integridad —le dijo el príncipe mientras agarraba con fuerza la chaqueta de James —. No tiene ninguna.

Creía que Zayn se equivocaba, sí se había comportado como un hombre íntegro con Leila. A pesar de haberse sentido engañado, no había tardado en ceder después de irse de su hotel esa mañana. Antes de las nueve de la mañana ya le había enviado flores junto con una nota en la que le pedía que lo llamara.

Había enviado más flores al día siguiente y también al otro, pero

Leila siguió sin llamarlo. Al final, había cedido de nuevo y llamado al Harrington, pero no le había servido de nada. Era un hotel que presumía de ser discreto y él ni siquiera había sabido cuál era el apellido de Leila. En definitiva, no habían podido negar ni confirmar que aún se alojara allí.

Desesperado, había llegado incluso a visitarla, pero se había detenido en el último momento frente a la puerta de su suite, donde había cambiado finalmente de opinión y se había ido.

Sin saber qué hacer, decidió poner tierra de por medio y se marchó a Francia, donde había estado esquiando y tratando de olvidarla con otras mujeres, pero no había conseguido su propósito.

Había bailado con ellas, las había besado y había sido tan seductor como siempre, pero su cuerpo se había negado a reaccionar como se esperaba de él y, no queriendo destruir su formidable reputación en ese terreno, había tenido que volver solo cada noche a su lujosa cabaña. Y allí había pasado muchas horas pensando en Leila. Seguía sin entender por qué le había resultado tan fácil hablar con ella durante horas, abrirse por completo y contarle cosas que no le había contado a nadie.

Mientras bebían y comparaban sus historias como ovejas negras de sus respectivas familias, había sentido una conexión muy especial con ella.

Miró entonces al hermano de Leila, no le gustaba nada la manera en la que el príncipe se refería a ella.

—Al menos yo no trato a las mujeres como si fueran de mi propiedad —replicó sin poder controlar su enfado.

—Puede que no, Chatsfield, pero el hecho es que usted ha menospreciado algo que me pertenece. Mi familia y cualquier otra persona que esté bajo mi protección me pertenecen. Tiene suerte de que no estemos en mi país porque, de estar allí, no dudaría ni un segundo en cortarle el miembro que ha cometido la ofensa.

Frunció el ceño al ver cómo se refería a lo que había pasado esa noche. Creía que lo que había ocurrido entre ellos no había tenido nada de ofensivo, todo lo contrario, había sido algo mutuo, bello y consentido por los dos. Quería decirle al príncipe que su hermana había estado encantada y más que dispuesta a acostarse con él, aunque eso supusiera un grave agravio para su país, pero pensó que quizás fuera mejor no comentárselo.

Se limitó a zafarse de él y a decirle que a él no podía amedrentarlo con ese tipo de amenazas que parecían sacadas de la Biblia.

Cuando Zayn le avisó que no le dijera a nadie lo que había sucedido, y menos a la prensa, James se limitó a echarse a reír y le dijo que no se preocupara, que él no necesitaba ese tipo de publicidad. Le recordó, por si no lo sabía, que los Chatsfield eran también una

familia con mucho prestigio e historia, al menos en Estados Unidos.

Pensó que lo mejor que podía hacer era irse de allí y lo hizo en cuanto tuvo la oportunidad.

La pelea lo había dejado bastante tocado, pero no quería darle a Zayn la satisfacción de verlo así. No se detuvo para recuperar el aliento hasta que llegó a la calle.

Metió las manos en los bolsillos para asegurarse de que su cartera y sus llaves seguían allí, pero lo primero que encontró fue un tubo de protector labial y eso le hizo pensar de nuevo en Leila.

No podía creer que fuera una princesa.

Aunque había respondido con indolencia a las amenazas del príncipe Zayn, empezaba a darse cuenta de la gravedad de lo que había hecho.

Fue directo a casa, a su lujoso ático con vistas a Central Park, y se miró en el espejo nada más entrar. Tenía marcas rojizas en el cuello, donde el hermano de Leila lo había apretado con saña, uno de sus ojos ya lucía un buen moretón y pudo sentir la protuberancia que le había salido en la parte posterior de la cabeza. Supuso que debía ir a que lo viera un médico.

Pero eso iba a tener que esperar.

Se sirvió un whisky y fue a tumbarse en la cama, pensando en lo que podía hacer.

Miró el teléfono y no le sorprendió ver que Leila no le había llamado. Era la única mujer que lo había ignorado. Normalmente, tenía el problema contrario.

Sonrió con amargura al recordar sus sospechas. Había pensado que Leila pudiera ser una periodista dedicada a la prensa del corazón o alguien contratado por Isabelle Harrington para provocar un escándalo que afectara a toda su familia. Pero no, acababa de descubrir que era una princesa y que su familia estaba muy indignada por lo ocurrido. Solo esperaba que Leila se encontrara bien y que él hubiera sido el único que había tenido que sufrir por culpa de la furia del príncipe Zayn.

Lo que no entendía era por qué se lo habría contado a su hermano. No lo comprendía.

Se quedó un segundo sin respiración. El único motivo que se le ocurrió para que Leila hubiera tenido que decírselo a su hermano era que se hubiera quedado embarazada, pero se tranquilizó al recordar que ella había estado tomando la píldora. De hecho, había visto él mismo los anticonceptivos.

Estaba seguro de que, si hubiera dejado a la princesa embarazada, Zayn se lo habría dicho. Minutos antes de asesinarlo en aquel oscuro callejón.

Se quedó pensativo, tratando de entender por qué Leila se lo habría

dicho a su hermano. Cuanto más pensaba en esa noche, más claro tenía lo que había pasado. Creía que había entrado en el bar del hotel con un objetivo en mente. Lo había utilizado. Quizás para huir de un matrimonio de conveniencia. Estaba seguro de que la familia Al-Ahmar tendría que echarse atrás en cualquier arreglo matrimonial si la princesa dejaba de ser virgen.

Estaba enfadado con ella, sentía que lo había utilizado, pero seguía deseándola.

Recordó entonces todos los ramos de flores que le había enviado y la imaginó suspirando con impaciencia cada vez que recibía uno más, riéndose de él.

Tomó una decisión. No pensaba vivir con miedo y tener que mirar por encima del hombro para ver si su furibundo hermano decidía volver a por él. Creía que ya había perdido demasiado tiempo esperando que Leila lo llamara.

Sacó una maleta del armario y pensó en todas las mujeres con las que no se había acostado desde aquella noche con Leila. No le gustaba ver lo reflexivo que se había vuelto ni darse cuenta de que no podía dejar de pensar en ella.

Encontró la camisa que se había puesto aquella noche. Aún estaba presente en la tela su exótico aroma. Enterró su cabeza en ella por un momento e inhaló. No podía deshacerse del deseo que aún lo dominaba. Le bastaba con oler de nuevo su fragancia para que su cuerpo reaccionara al instante.

Decidió que había llegado el momento de acabar con esa situación.

Pero en lugar de volver a la cama y rememorar esa noche como había estado haciendo durante esas últimas semanas, tiró la camisa al suelo del armario y llenó de ropa limpia su maleta. Iba a regresar de nuevo a Francia y tratar de olvidarla allí entre la nieve y las bellas mujeres que pasaban en la montaña sus vacaciones.

Capítulo 5

Ninguna resaca era buena, pero la que estaba sufriendo James esa mañana estaba siendo especialmente mala.

James se sentó en la terraza de la estación de esquí, escondiendo sus ojos tras unas gafas oscuras. Tomó un sorbo del café que le acababan de servir y trató de disfrutar de las magníficas vistas.

Se le fueron los ojos a la pista más peligrosa, por la que pensaba bajar ese día. Creía que el ejercicio y la adrenalina lo ayudarían a despejar la mente.

La noche anterior había tenido que soportar un acto multitudinario relámpago en el bar del hotel. Lo había organizado un tipo para pedirle así a su novia que se casara con él. Había sentido vergüenza ajena al ver el espectáculo. Le había dado la impresión de que la mujer quería salir de allí corriendo.

De no haber tenido tanta gente a su alrededor esperando su respuesta, creía que habría dicho que no.

Había sido insoportable ver cómo ese hombre se ponía de rodillas y le pedía que se casara con él. Le prometió además a la joven que quería regresar con ella a ese sitio para celebrar su luna de miel.

—¡Qué romántico! —había exclamado una mujer a su lado.

James se había dado la vuelta para mirarla, era rubia y tenía unas piernas muy largas y atractivas. A él no le había parecido en absoluto romántico, pero decidió no decírselo e invitarla a una copa.

Y después a otra más.

Tenía un periódico estadounidense sobre la mesa. Siempre lo solía pedir y el camarero se lo había colocado allí nada más llegar, pero no le apetecía verlo y encontrarse, una vez más, alguna fotografía de él saliendo del club con una rubia despampanante del brazo.

Ya ni siquiera recordaba su nombre. Lo único que tenía claro era que no se llamaba Leila. Esa mañana la había llamado así sin querer y el descuido le había costado una bofetada.

Había tratado de olvidarla esquiando y acostándose con otras mujeres, pero se despertaba cada día excitado y recordando a Leila.

Y cada noche era un vano intento por su parte de revivir aquellas mágicas horas. Y no solo era el sexo lo que echaba en falta, aunque había sido increíble. Tenía grabado en la mente la imagen de Leila entrando en el bar.

Su exnovia, la que lo había traicionado contándole detalles de su

vida a la prensa rosa, había tenido que estar meses con él para conseguir la información que necesitaba. Con Leila, en cambio, había desnudado su alma nada más conocerla, en cuestión de minutos.

Pero no se le olvidaba que ella no había sido sincera con él, lo había utilizado. Creía que había sido él como podría haber sido cualquier otro hombre.

Para no pensar más en ello, abrió el periódico y tomó otro sorbo de café mientras abría la sección de negocios.

Pero, antes de llegar a esas páginas, vio algo que atrajo su atención y estuvo a punto de hacer que se atragantara.

Era una fotografía de Leila con la vestimenta tradicional de su país. Llevaba la cabeza y la cara medio tapadas, pero sabía que era ella, nunca iba a poder olvidar esos ojos.

Al lado había una foto en la que estaba él, con un aspecto mucho menos regio, besando a una rubia en un bar.

Estaba sin aliento. Se quedó mirando las imágenes porque se negaba a leer el titular, pero al final lo hizo, no podía ignorar lo que estaba escrito sobre las fotos.

El periódico anunciaba que la princesa Leila Al-Ahmar de Surhaadi estaba embarazada de tres meses y que, según fuentes muy fidedignas, el padre no era otro que James Chatsfield.

Miró el sarcástico pie de foto que habían escrito bajo la imagen de él con la rubia.

¡James Chatsfield celebra la feliz noticia!

Ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de que él no fuera el padre.

Leila lo había usado esa noche más aún de lo que había creído.

Sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número del hotel Harrington. Maldijo entre dientes cuando la recepcionista se negó a confirmarle o negarle si Leila estaba aún alojada allí.

—¡Póngame con su suite ahora mismo! —le gritó James a la recepcionista—. Sé que está allí y no me importa que sean las tres de la mañana, quiero que me pase la llamada ahora mismo.

Pero, una vez más, la joven le recordó cortésmente la política de confidencialidad del Harrington. Pensó entonces que quizás no estuviera ya en el hotel, ni siquiera en Nueva York.

Miró de nuevo el periódico y pensó que quizás la fotografía no fuera de archivo, sino reciente. Cabía la posibilidad de que Leila estuviera de vuelta en Surhaadi.

En ese lejano país y embarazada de su hijo…

Su teléfono sonó de repente y James vio que lo llamaba Spencer. Decidió no contestar, lo último que necesitaba en ese momento era la reprimenda de su hermano.

Lo que necesitaba era saber cómo tratar con Leila y por eso decidió

llamar a Manu, la encargada del departamento de relaciones públicas del hotel Chatsfield de Dubái. Creía que era la única persona que podría ayudarlo y guiarlo.

—¿Qué sabes de Surhaadi y de su familia real? —le preguntó después de saludarla.

—No mucho, pero me imagino que en este momento no eres santo de su devoción —respondió Manu con dureza—. Leila es una princesa de un país muy conservador. Supongo que cerrarán filas a su alrededor y que ya no volveremos a verla en público. No esperes que te inviten a cenar para conocer a los futuros abuelos —añadió sin poder ocultar su enfado—. ¿Cómo has podido hacer algo así? ¿En qué estabas pensando?

—No estaba pensando —replicó James—. Eso ya lo hacía Leila por los dos.

—¿Estás diciendo que crees que intentó atraparte…? —le preguntó Manu con incredulidad—. No creo que necesite tu dinero para poder mantener a su hijo.

—No se trataba de dinero —le dijo James—. Podría haber sido cualquiera…

—Pobre James —dijo Manu en un tono burlón

Manu y él nunca se habían llevado bien, sabía que a la mujer no le gustaba su forma de vida.

—Estoy segura de que hay muchas mujeres encantadas de que sepas por fin lo que se siente al ser utilizado por otra persona.

—Creo que la princesa Leila ha hecho esto para no tener que casarse. Supongo que sus padres ya tendrían acordado un matrimonio desde su infancia.

—Puede ser.

—¿Qué derechos tengo ahora?

—¿Derechos? —exclamó Manu de nuevo con incredulidad—. Olvídate de eso, James. Te sugiero que intentes arreglar las cosas con Leila antes de que vuelva a su país.

—¿No está ya allí?

—No. Al parecer, todavía está en el Harrington —le dijo Manu—. Acabo de hablar por teléfono con Spencer. Está furioso.

—Ya me lo imagino —respondió James—. También me ha estado llamando a mí.

Se despidió de la mujer. En cuanto colgó, sonó de nuevo el teléfono. Era su hermano.

—¡Es una auténtica pesadilla para la imagen pública de la cadena! —exclamó Spencer en cuanto descolgó—. ¿Tienes idea del daño que todo esto está causando?

—Y yo que pensaba que me llamabas para felicitarme —repuso James con sarcasmo.

—¿Has visto los periódicos? No hay nada en ellos que merezca una felicitación.

—Lo sé —susurró James suspirando.

Sabía que era una gran complicación para él y para todos.

—Y las cosas se van a complicar aún más —continuó Spencer—. Se rumorea que su familia ha anulado la tarjeta de crédito de tu princesita. Supongo que querrán obligarla así a volver a casa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tengo mis espías en el Harrington —respondió Spencer—. Para colmo de males, Isabelle, haciendo gala de su gran bondad —añadió con ironía—, va a dejar que tu princesa embarazada se aloje allí sin tener que pagar. Sin duda con la intención de mantener a Leila en Nueva York y conseguir desacreditar aún más a nuestra familia. ¡Arréglalo, James!

—Eso pienso hacer.

—No quiero ni saber cómo pretendes arreglarlo, pero ya sabes lo que significa todo esto para mí, sabes que estoy haciendo todo lo posible para mostrarle a Gene que puedo dirigir la empresa.

—En este momento, poco me importan los Chatsfield —le confesó James.

—Nunca te han importado. Solo te preocupas por ti, James, lo sé. Pero espero que te quede muy claro que no voy a permitir que arrastres la reputación de los Chatsfield por los suelos por culpa de tu mala cabeza. ¡Arréglalo! —le dijo antes de colgar sin despedirse.

James tomó un helicóptero hasta el aeropuerto más cercano. Tenía una hora libre antes de tomar su vuelo de regreso a Nueva York. Llamó al hotel Harrington, pero se negaron a pasar su llamada.

Colgó resoplando. Sabía que Leila no iba a poder seguir escondiéndose de él.

Pero recordó entonces que era una princesa real de un país extranjero. No le costaría esconderse y evitar que pudiera volver a verla.

El vuelo de ocho horas no hizo sino empeorar aún más su humor.

Cuando llegó a Nueva York, lo recibió una ciudad fría y gris. Estaba lloviendo y el tráfico era peor de lo normal.

Le pidió a su chófer que lo acercara al hotel donde estaba Leila y que después llevara su equipaje a casa. Nada más entrar en el elegante vestíbulo, fue directo al ascensor. A lo mejor estaba en otra suite, pero no le importaba, pensaba llamar a todas las puertas del hotel si eso era lo que tenía que hacer para dar con ella.

—Señor, solo los huéspedes aquí alojados pueden utilizar esos ascensores… —le dijo el conserje yendo tras él.

Pero James lo ignoró. Se cerraron las puertas del ascensor y se dio cuenta de que era el mismo en el que se habían estado besando

aquella noche, mientras subían a su suite.

Supuso que alguien había llamado a Leila para decirle que subía, porque se abrió la puerta de su habitación en cuanto salió del ascensor y allí lo esperaba ella.

Había sido fácil imaginarla como una auténtica arpía durante esas semanas, pero al verla de nuevo entendió de repente por qué no había logrado olvidarla. Llevaba puesto el albornoz blanco del hotel. Era tan bella como recordaba, aunque parecía haber adelgazado un poco y tenía ojeras bajo sus ojos.

—Bajaré dentro de unos minutos para hablar contigo en el comedor —le dijo Leila—. Espérame allí.

—No me des órdenes, Leila —repuso James.

—Ni siquiera estoy vestida…

—Tienes mucha más ropa ahora mismo de la que llevabas la otra noche —le dijo mientras entraba en su suite—. ¿Sabes de qué noche te hablo, Leila? ¿Esa noche que te propusiste quedarte embarazada del primer tonto que…?

—¡Eso es mentira! —protestó Leila—. No lo hice a propósito. Estaba tomando la píldora.

—Por favor… —susurró con incredulidad mientras sacudía la cabeza.

Aunque sabía que era mejor no pensar en eso, se le vino a la cabeza cómo Leila le había quitado el preservativo esa noche.

—Vamos a hablar —anunció James mientras se sentaba en uno de los sillones de la suite.

—Tengo que vestirme —repuso ella con nerviosismo.

James se puso de pie, acercó una silla a las puertas del dormitorio y las colocó de espaldas a él. Se sentó allí.

—Vístete si quieres, pero estas puertas permanecerán abiertas. Si tratas de huir por una ventana, lo voy a oír.

Sonó entonces el teléfono de la suite.

—Seguro que es la recepcionista para ver si estás bien o quieres que me vaya de tu suite.

—La verdad es que sí quiero que te vayas —le dijo Leila.

—Entonces diles que llamen a la policía porque solo me voy a ir de aquí si me esposan. Te guste o no, vamos a hablar, Leila. Cuanto antes, mejor.

Leila contestó la llamada mientras miraba a James. Sentado en la silla, le daba la espalda en esos momentos. Podía notar la tensión que había en sus hombros, parecía enfadado, pero no le daba miedo.

—Estoy bien —le dijo a la recepcionista—. No hace falta que suba nadie de seguridad.

—Diles que nos sirvan el té y puede que también la cena, vamos a estar aquí bastante tiempo —le pidió James girando hacia ella la

cabeza.

Pero ella ignoró su petición y colgó el teléfono.

—Vístete —le ordenó James.

Fue a su armario y trató de decidir qué ponerse. La ropa occidental le parecía muy confusa y echaba de menos sus túnicas, pero solo tenía una allí.

No sabía qué ponerse…

—Leila… —susurró James a modo de advertencia.

Estaba allí para hablar del embarazo, así que decidió ponerse algo serio, un traje de lino negro. Había visto a mujeres de negocios con ese tipo de ropa cuando se sentaba en Central Park para mirar a la gente.

Lo puso en la cama. Abrió después un cajón de la cómoda y buscó ropa interior y una camisa.

Podía oír los golpecitos que James daba en el suelo con el pie, cada vez más impaciente. Pero no iba a dejar que eso le afectara.

James no soportaba esa situación. Sabía que Leila ya se habría quitado el albornoz y estaba luchando contra el instinto de darse la vuelta para mirarla.

Para Leila era muy incómodo tenerlo allí al lado mientras se vestía, le hacía recordar lo de la otra noche.

Se puso las braguitas que había comprado en Macy's cuando su tarjeta de crédito aún funcionaba y una blusa plateada que había comprado allí también.

—¿Cuánto tiempo tardas en vestirte, Leila? —le preguntó con impaciencia.

—Bastante —repuso ella tomándose la pregunta en serio—. No estoy acostumbrada a vestirme yo sola y no se me dan nada bien los botones.

James trató de no sonreír al oír su respuesta y recordó cómo aquella noche Leila perdió la paciencia con los botones de su camisa y terminó por arrancarle unos cuantos.

—¿Ya te has vestido?

—Sí, pero tengo que arreglarme el pelo —le dijo Leila.

James perdió la paciencia y se levantó. Le quitó de las manos el cepillo y lo dejó de nuevo en la cómoda. Por primera vez, se miraron a los ojos. Leila había estado evitando tener que hacerlo.

—Tu pelo está bien como está —repuso James—. Vamos a sentarnos a hablar.

Pero alguien llamó en ese momento a la puerta. Supuso que querían comprobar discretamente que de verdad Leila estaba bien.

Leila tranquilizó al empleado del hotel.

—Te avisaré si necesito ayuda —le dijo con firmeza—. Retírese —añadió.

Le sorprendió el tono altanero y autoritario de Leila. Parecía una persona completamente distinta a la mujer que había conocido esa noche.

—Siéntate, por favor —le pidió James—. Y nada de mentiras, Leila. Vas a decirme la verdad.

—Yo no miento.

—¿No? —repuso él mientras se sentaban uno frente al otro—. Entonces, ¿eres de Dubái y te dedicas a la música?

—Bueno, me gusta la música.

—¿Era tu objetivo quedarte embarazada?

Leila lo miró ofendida.

—No.

—¡Te dije que no quería mentiras! —replicó James tratando de no gritar.

—No te estoy mintiendo. ¿Cómo iba a querer esto? No paro de vomitar y las náuseas son horribles. Es lo peor que me podía pasar…

—Me dijiste que estabas tomando la píldora.

—Y es verdad —le aseguró Leila—. James, no quería quedarme embarazada.

—Entonces, ¿qué es lo que querías? —le preguntó James.

—Quería escapar, es lo que intentaba hacer —admitió Leila mientras miraba al hombre que le había robado el corazón la noche que decidió huir de su vida anterior.

Pero aún no le había perdonado que se fuera sin más al día siguiente.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?’

—Me pareció que estabas muy ocupado con esas rubias…

«Ocupado tratando de olvidarte», pensó James.

—Sí, y también he estado muy ocupado soportando que me dieran una paliza en un callejón.

—Te pido disculpas por lo que te hizo mi hermano. Si así te sientes mejor, tienes que saber que ahora mismo no me hablo con él —le dijo Leila.

Pero esa pelea con James no era la única razón por la que estaba enfadada con su hermano. Zayn la había llamado la noche anterior para advertirle que la noticia de su embarazo iba a salir al día siguiente y que iban a desvelar el nombre del padre. También le había dicho su hermano que ya no iba a casarse con la mujer con la que había estado prometido desde hacía años. De hecho, la mujer con la que estaba en esos momentos, Sophie, era la periodista que había revelado el nombre de James a la prensa.

—¿A quién más le contaste que estabas embarazada? —le preguntó James.

— A nadie.

—Entonces, ¿cómo lo sabe la prensa?

—No lo sé, puede que el médico…

—¿Cómo iba a saber el médico el nombre de tu amante? —le dijo en un tono acusatorio.

—No lo sé, James. Solo se lo dije a mi hermano —insistió Leila.

—¿Cómo puedes seguir mintiéndome? —le preguntó James frustrado.

Sabía que alguien había hablado con los medios de comunicación.

—A tu hermano se le olvidó decirme que estabas embarazada mientras me estrangulaba con sus manos, pero supongo que él ya lo sabía, ¿no?

Leila cerró los ojos al oír su acusación.

—Sí, Zayn me encontró hace unas semanas y le dije que estaba embarazada. Estaba tan perdida, no sabía qué hacer…

—Y, aun así, no se te ocurrió llamarme. Te limitaste a dejar que me diera una paliza tu hermano.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Es complicado, James —le aseguró Leila—. Zayn es muy protector conmigo.

—A mí no me parece tan complicado. Nos acostamos y ahora resulta que vamos a tener un bebé.

James empezaba a darse cuenta de que todo aquello era real.

—No tenías derecho a guardarte esa información, deberías habérmelo dicho. ¿No pensabas hacerlo nunca?

—Intenté llamarte —susurró ella.

—Mentirosa.

—Es verdad, lo intenté, pero el número que me diste estaba mal.

—¿Qué dices? El número estaba bien, no me vengas ahora con excusas…

—¡Te digo que no funcionaba! Intenté llamarte muchas veces, de verdad.

—Pruébalo ahora —le dijo James desafiante.

Leila sacó el papel con su número de un cajón y se acercó al escritorio. James la observó mientras marcaba y cerró frustrado los ojos al ver que no marcaba antes la tecla para conseguir una línea externa.

—¿En serio, Leila?

—¿Qué pasa? —preguntó Leila frunció el ceño.

—¿De verdad no sabes cómo hacer una llamada al exterior?

—No. Hasta ahora solo he tenido que presionar el tres y pedir la comida que quiero que me suban —le dijo Leila mientras volvía a sentarse—. Sé que piensas que estaba tratando de atraparte, pero no es verdad. Creo que me ha venido bien no poder hablar contigo porque así he podido analizar lo ocurrido y tomar mis propias

decisiones. Estoy enfadada con mi hermano por la pelea. Además, no quiero depender de él ni de nadie. Voy a criar a mi bebé yo sola.

—Nuestro bebé —la corrigió James.

Leila sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando oyó la emoción en su voz.

—No necesito tu ayuda, James.

—No se trata de que me necesites o no, sino de lo que necesita el bebé —le aclaró James—. Aunque creo que también tú vas a necesitar bastante ayuda. He oído que tus padres han cancelado tu tarjeta de crédito. Supongo que no estarán contentos contigo.

—No creo que vuelvan a dirigirme la palabra —le dijo Leila—. Así que no voy a saber nunca lo que piensan de mí.

James se sintió mal por ella, no pudo evitarlo. Él también tenía problemas con sus padres, pero la situación de Leila era mucho más complicada. Ella tenía que lidiar con reyes.

—Estoy seguro de que terminarán por entrar en razón.

Pero si ocurría lo que pensaba y sus padres cambiaban de opinión, le preocupaba lo que pudiera pasar después con la princesa y el bebé.

Su hijo.

—¿Qué dijeron tus padres cuando se lo contaste? —le preguntó Leila.

—No estoy aquí para hablar de nuestras familias —repuso James—, sino para arreglar las cosas entre nosotros.

—No hay ningún «nosotros».

—¿Quién es tu ginecólogo? —le preguntó él—. Has ido a un médico especialista, ¿no?

—No.

—¿Aún no te han hecho una ecografía? ¡Podrían ser gemelos!

—La verdad es que hay un montón de gemelos en mi familia.

James levantó las cejas al oírlo. Cada vez estaba más nervioso.

—¿Qué vas a hacer ahora que tus padres te han dejado sin dinero? —le preguntó James mientras miraba a su alrededor.

Podía ver desde donde estaba que el armario estaba lleno de ropa y debía de tener unas cincuenta botellas de perfume sobre la mesa y la cómoda. Los pendientes de brillantes que adornaban sus orejas también parecían nuevos.

Ese día llevaba un maquillaje mucho más neutro. Se le fueron los ojos a sus labios. El tono que llevaba era mucho más atractivo que el rojo con el que la había visto esa noche en el bar y el rímel de sus pestañas conseguía acentuar aún más el color dorado de sus ojos.

—Lo que haga para poder mantenerme no es asunto tuyo —repuso ella.

—Sí lo es —respondió James—. Pero, si soy el padre, tienes derecho a la mitad de mi…

—James —lo interrumpió ella—. Sé que por ley te sientes obligado a ciertas cosas, pero ya te he dicho que voy a valerme por mí misma. Además, no quiero que un hombre tan promiscuo o imprudente como padre de…

—¡No te atrevas! —exclamó él fuera de sí—. No te atrevas a excluirme de la vida de mi hijo. No soy uno de tus criados a los que puedes dar órdenes sin más. No pienso irme y desaparecer solo porque tú lo quieras.

—Te equivocas, puedo hacer lo que quiera —le dijo Leila mientras se levantaba y se acercaba a la mesa.

Tomó el periódico de ese día y se lo tiró a él. Abrió un cajón, sacó algunas revistas que le habían hecho llorar durante días y también se las tiró. Después, tomó el teléfono y marcó el número tres.

—Me gustaría que subiera alguien a sacar a James Chatsfield de mi suite —dijo Leila a la recepcionista.

—Diles que no hace falta que suba nadie, que ya me voy —repuso James tratando de mantener la calma.

Nadie lo había tratado así, pero no iba a dejar que lo apartara de la vida de su propio hijo.

—Te llamaré más tarde, Leila —le dijo James—. Y te sugiero que contestes cuando lo haga.

Mientras se daba la vuelta para irse, algo pasó cerca de él y vio cómo uno de sus zapatos de tacón golpeaba la pared.

—¿Qué tal con ellas, James? —le gritó Leila fuera de sí—. ¿Fue tan bueno como conmigo?

James no dijo nada. Abrió la puerta y se encontró con un guardia de seguridad del hotel.

—Justo a tiempo —bromeó James—. Me voy ahora mismo.

Regresó a su ático sin poder dejar de pensar en la conversación que había tenido con Leila.

—Bueno, bueno… —murmuró su ama de llaves al verlo entrar.

Muriel estaba deshaciendo sus maletas.

—Bueno, bueno —repitió James.

Le encantaba esa mujer. Era bastante mayor y hablaba mucho, pero no le importaba. Era una de sus mujeres preferidas. Fue a su despacho y ella le llevó poco después un café.

—Pero bueno, más trabajo y más dinero para mí —le dijo la mujer.

—No, Muriel. El bebé no va a vivir aquí —repuso James sonriendo.

—¿Ni siquiera durante los fines de semana que esté a tu cuidado? ¿Vas a pasearlo personalmente por el parque? Hace mucho frío en invierno…

James no se había parado a pensar en algo que aún le parecía muy lejano. Lo único que quería era que Leila no saliera del país.

—Lo veré cuando visite a Leila —le dijo James.

—Eso decía mi ex, que ya se pasaría a ver a sus hijos cuando quisiera —contestó Muriel—. Pero no tardé en dejarle las cosas claras.

—Conociéndote como te conozco, no me extraña que lo hicieras —comentó James riendo.

Pero no podía imaginarse viviendo con un niño en ese ático.

Se acercó al dormitorio de huéspedes. Había pensado montar allí una sala de cine, no una cuna. No quería ni pensar en lo que supondría tener un bebé en su casa, llorando toda la noche y llamando a su madre.

Decidió que contrataría a una niñera.

Pero Muriel había conseguido preocuparlo y le costó dormir esa noche. Le preocupaba que Leila decidiera irse del país. No podía hacer nada para evitarlo.

En cuanto se levantó, la llamó al Harrington y suspiró aliviado cuando la recepcionista lo conectó con su suite.

—Quiero que te mudes al hotel Chatsfield —le dijo James cuando Leila descolgó el teléfono.

Creía que así al menos lo informarían si Leila decidía irse o si llegaba su familia para recogerla.

—¿Por qué iba a ir al Chatsfield cuando estoy bien aquí?

—Leila, no puedes permitirte estar en un sitio como el Harrington. Ya sé que Isabelle te ha dicho que puedes quedarte, pero su caridad tiene un precio. Créeme, ese sitio no es un refugio para madres solteras. No te lo ha ofrecido porque tenga un gran corazón, solo quiere ensuciar el nombre de mi familia.

—Eso ya lo has conseguido tú sin la ayuda de nadie —respondió Leila—. No pienso irme de aquí.

—Leila, no te estoy pidiendo que te mudes a mi casa. Creo que lo que te he propuesto es una estupenda idea. Me encargaré de que te preparen una suite y de que un coche vaya a recogerte a mediodía.

—No, tengo planes a esa hora.

Esa mujer estaba poniendo a prueba su paciencia.

—Esta noche entonces —le dijo James sin dar su brazo a torcer—. Mi chófer te recogerá a las ocho.

—No pienso irme.

—Bueno, prométeme al menos que accederás a que hablemos de ello durante la cena —le pidió él.

—No quiero ir a cenar contigo. No quiero tener nada que ver contigo, James.

—Eso deberías habértelo pensado hace tres meses —respondió—. Nos guste o no, tenemos que entendernos. Puedo llamar a mi abogado y decirle que empiece las negociaciones o podemos hablar y tratar de arreglar las cosas nosotros mismos.

—De acuerdo. Pero, si voy a reunirme contigo, tendrá que ser en el

restaurante.

—Muy bien —accedió James a regañadientes—. Hablaremos de algo tan privado en medio de un restaurante lleno de gente, como quieras. Espero que al menos esta vez puedas contenerte y no me lleves a tu suite.

Colgó antes de que Leila tuviera tiempo para protestar y se acercó a la ventana. Las vistas de Central Park solían tranquilizarlo, pero ese día nada podía hacer que se calmara.

Temía que Leila se fuera del país. Si lo hacía, James iba a perder todos sus derechos.

Decidió que tenía que casarse con ella. Había huido del compromiso durante toda su vida, pero no veía otra opción. Sabía lo difícil iba a ser que ella accediera a casarse. Sobre todo después de ver cuánto le había costado conseguir que cenara con él, había tenido incluso que amenazarla con llamar a su abogado.

Se le ocurrió algo de repente y llamó a Manu. La mujer se quedó completamente horrorizada cuando James le contó la idea que acababa de tener y le aseguró que no pensaba ayudarlo a llevarla a cabo.

—No puedes obligarla a que se case contigo, James. Eso no es justo.

—Está embarazada de mi hijo y podría salir del país en cualquier momento —replicó James perdiendo la paciencia—. No tengo tiempo para ser justo.

Capítulo 6

A Leila le encantaba Manhattan.

Creía que, si no estuviera tan nerviosa por su cena con James, si no hubiera roto todos los lazos con su familia, si su corazón no le doliera tanto, estaría probablemente cantando en ese momento, mientras se ponía la túnica dorada con la que había llegado a Estados Unidos. Estaba preparándose para ir a trabajar.

Ni ella misma se lo terminaba de creer, pero era verdad, tenía trabajo.

Ya se había imaginado que, tarde o temprano, sus padres cancelarían su tarjeta de crédito y había decidido que no iba a pedirle dinero a su hermano Zayn. Aunque lo quería mucho, seguía enfadada con él.

Había sido duro encontrar trabajo, sobre todo al descubrir que no estaba cualificada para casi nada. Había hecho pruebas en tres establecimientos fregando los platos, pero había sido un auténtico desastre.

Había estado tan deprimida que había decidido animarse un poco yendo a comer a su restaurante árabe favorito. Hasta ese momento, no había sido consciente de lo caro que era. Se había limitado a disfrutar de la magnífica comida y de la música. A la hora de pagar, ni siquiera miraba la cuenta. Entregaba la tarjeta de crédito y firmaba sin más.

—¿Por qué no hay música hoy? —le había preguntado Leila a un camarero uno de los días.

—Estamos tratando de encontrar a alguien que toque —le había contestado Habib.

Así fue cómo se enteró de que necesitaban a un músico. Desde entonces, había estado tocando su querida *qanun* todos los días a mediodía, de once a tres. Le había sorprendido lo poco que le pagaban, pero estaba disfrutando mucho.

Poco a poco, fue obteniendo más propinas y su jefe le había pedido que considerara la posibilidad de trabajar también por la noche, pero le daba miedo caminar por las calles a esas horas.

Se limitaba a tocar durante las comidas de mediodía y a sonreír cuando recibía propinas. Después del trabajo siempre se acercaba a Central Park.

Le encantaba ese parque, pasear alrededor del lago o sentarse en un banco a tomar su café. Le gustaba mucho mirar a la gente, hacía que

se sintiera por fin a gusto en la ciudad.

—Pareces demasiado joven como para tener ya tres hijos —le dijo un día a una mujer con aspecto de adolescente.

La joven acababa de sentarse en el banco junto con los niños.

—No son míos —repuso la mujer sonriendo—. Soy su niñera. Me ocupo de los niños mientras su madre trabaja.

—¡Ah! —exclamó Leila con sorpresa—. ¿Te paga para que cuides de ellos?

—Sí, eso es. Pero no demasiado —se quejó la niñera.

Se sintió mejor y más tranquila mientras se levantaba del banco para regresar al hotel, se veía capaz de salir adelante por sus propios medios. Creía que podía trabajar y encargarse de su bebé. Iba a decírselo a James en cuanto lo viera esa noche.

Y así él podría continuar con la misma vida que había tenido siempre.

No se pudo contener y le pegó un puntapié a un árbol mientras gritaba enfadada.

Las niñeras que había cerca se echaron a reír al ver a esa extraña mujer, vestida con una túnica dorada, gritando algo en un idioma que no conocían.

Leila se dijo a sí misma que James no le gustaba, que no pensaba en él y que no lo deseaba. Una voz en su interior le decía que se estaba engañando, pero ella la ignoró.

No dejó de pensar en todo ello mientras se vestía para la cena. Eligió un vestido rojo y unas sandalias rojas de tacón alto. No las escogió por su color, sino porque tenían una fina correa alrededor de los tobillos y eso haría que fueran más difíciles de quitar. Pensaba hacer todo lo posible para no volver a caer en la tentación.

Se había enamorado de James aquella noche y él se había ido sin más a la mañana siguiente. No lo olvidaba. Como tampoco podía olvidar lo avergonzada que se había sentido cada vez que lo veía en la prensa en actitud cariñosa con otras mujeres.

Cuando terminó de vestirse, la recepcionista la llamó para decirle que el conductor del señor Chatsfield ya estaba allí y que iba a subir alguien para recoger su equipaje.

—Pero no me voy —le dijo Leila.

Prefería tener deudas en ese hotel antes que permitir que James tuviera que mantenerla.

Miró de reojo la portada de una revista que tenía en la mesa. Allí estaba James con una de esas mujeres. Era un recordatorio que necesitaba cada día para no olvidar que se había acostado con otras desde aquella noche. Pensó entonces en el futuro, en lo difícil que iba a ser tratar de explicarle a su hijo el tipo de vida que llevaba su padre.

Ni siquiera saludó al conductor. Se limitó a meterse en la parte de

atrás de la limusina. Decidió entonces pintarse los labios con la misma barra de la otra noche.

Y lo hizo por dos razones. Recordó que a James no le gustaba y el nombre de ese tono hacía juego con su estado de ánimo. Por encima de todo, Leila tenía su orgullo.

—¿Por qué nos hemos detenido? —le preguntó al chófer al ver que estaban parados cerca de Times Square.

—Órdenes del señor Chatsfield —repuso el conductor mientras miraba hacia la izquierda.

Siguió la mirada del conductor. La plaza siempre estaba llena de gente, pero muchas personas se habían concentrado frente a uno de los edificios para ver una de las señales luminosas.

Leila levantó la mirada.

Vio unos corazones rojos que se movían por la pantalla. No le dio tiempo a leer las palabras, desaparecieron enseguida para dar paso a una imagen de James con una gran sonrisa en su boca. Tenía en la mano un anillo y una rodilla plantada en el suelo.

El corazón le dio un vuelvo. Volvieron a aparecer las palabras.

Cásate conmigo, Leila.

Nunca. No tuvo siquiera que pensárselo. Trató de salir del coche.

—¡Abra la puerta! —le gritó al conductor.

Pero él la ignoró.

—¡Ábrame esta puerta ahora mismo! —insistió Leila presa del pánico y muy enfadada—. ¡Es una orden! ¡Una orden real!

Pero, en lugar de seguir sus órdenes, el chófer subió la pantalla divisora y puso la música.

Estaba furiosa.

No pensaba casarse con un hombre que había salido de su cama para ir directamente a la de otra mujer, un hombre que solo quería casarse con ella porque estaba embarazada. Había tenido que crecer y vivir sin amor y no pensaba hacerle lo mismo a su hijo.

Respiró profundamente y trató de calmarse mientras el coche emprendía de nuevo la marcha. Estaba decidida a hablar de todo con James y ponerse de acuerdo con él. Esa vez, intentaría estar tranquila y no tirarle un zapato. Pero creía que no tenían por qué casarse, había conocido a otras madres en el parque que criaban solas a sus hijos.

Se sorprendió cuando llegaron al Chatsfield y vio que había allí mucha gente. Cuando salió del coche, se encontró con fotógrafos y con algunas personas que la vitoreaban. No entendía lo que estaba pasando.

La alfombra roja de entrada al hotel estaba cubierta de pétalos de rosa. James salió en ese instante por la puerta principal y fue con una gran sonrisa hacia ella.

Quería darse la vuelta y echar a correr, pero no podía. Si lo hacía,

todo el mundo sabría que lo suyo no había sido más que una aventura de una noche. No podía soportar que la gente de su país pensara eso de ella ni quería tener que explicárselo a su hijo cuando creciera.

No quería que nadie creyera que lo suyo solo había sido sexo. Esa parte había estado muy bien, pero si no había salido corriendo de allí había sido por la sonrisa de James. Por mucho que lo odiara, esa sonrisa la tenía hipnotizada, era la sonrisa de la que se había enamorado aquella noche.

Su cuerpo tampoco había olvidado a ese hombre, quería correr hacia él. Sus temblorosas piernas querían ir hacia él y deseaba que la abrazara, pero estaba demasiado enfadada para dejarse llevar por esa tentación.

James fue hacia ella y se detuvo.

—Leila —le dijo James en voz alta para que todos lo oyeran—. Eres la única mujer para mí.

Le entraron ganas de vomitar al ver que se sacaba un anillo del bolsillo. Pero ya no era una mujer anónima en Nueva York, todo el mundo sabía quién era, debía volver a ser una princesa de nuevo y comportarse en público como se esperaba de ella.

—Nuestro bebé y tú sois lo más importante para mí —continuó James—. Nunca he sido tan feliz como lo soy contigo. Como todas las parejas, hemos tenido nuestros altibajos, pero tengo la esperanza de que…

James vaciló unos segundos antes de seguir y ella frunció el ceño. Le parecía increíble que pudiera tener tan poca vergüenza, que fingiera estar emocionado.

Se puso entonces de rodillas y le ofreció el anillo que había comprado. James se dio cuenta de que tenía que alargar un poco las cosas, esperó a que el equipo de televisión presente estuviera listo para continuar con su proposición.

—Princesa Leila Al-Ahmar de Surhaadi, mi princesa, hazme el honor de convertirte en mi esposa —le dijo entonces con solemnidad—. Leila, ¿quieres casarte conmigo?

Lo fulminó con la mirada, fijándose en sus ojos de chocolate. James parecía estar tan seguro de sí mismo que ni siquiera parpadeó. Parecía saber tan bien como ella misma que no tenía más remedio que decirle que sí.

—Sería un honor —respondió entonces.

La multitud frente al hotel gritó enloquecida y comenzó a aplaudir. Era como si todo Manhattan entrara de repente en erupción. A varias manzanas de allí, en Times Square, la gente había estado conteniendo la respiración mientras miraba lo que pasaba en una gran pantalla. Todos estallaron en aplausos y vítores cuando pudieron leer la gran noticia.

¡HA DICHO QUE SÍ!

James le puso el anillo que había elegido ese mismo día y vio que Leila le dedicaba una sonrisa cariñosa. Pero sus ojos dorados lo miraron con furia cuando se acercó a besarla. Ella movió la cabeza en el último momento para que solo pudiera besar su mejilla.

—Te odio —le susurró Leila al oído.

—Me importa un comino —repuso James mientras se echaba hacia atrás con una gran sonrisa.

Después, sin que Leila pudiera hacer nada para evitarlo, James le dio un lento y profundo beso mientras el público suspiraba encantado.

James estaba muy satisfecho, lo había conseguido.

Capítulo 7

Me has mordido —la acusó James mientras subían en el ascensor hacia su suite en el Chatsfield.

Sacó el pañuelo de su chaqueta para limpiarse las manchas de carmín de su boca. No podía creerse que se hubiera atrevido a morderle la lengua. Él no había querido dar un espectáculo y no había podido reaccionar.

—Que te sirva de lección. Si pones la lengua en mi boca, te la morderé —repuso Leila—. Eso no fue un mordisco, James, sino una simple advertencia.

Salieron del ascensor y, como estaba cerca el mayordomo con su equipaje, se dieron la mano y sonrieron mientras iban hacia la suite que James tenía en el hotel.

—¿Dónde está el equipaje de Leila? —le preguntó James.

—No había equipaje —respondió el mayordomo algo nervioso.

— Es que voy a mantener mi suite en el Harrington —le explicó dulcemente Leila.

—No hay necesidad, querida —replicó James sonriendo antes de mirar de nuevo al mayordomo—. Encárguense de que traigan todas sus cosas, por favor, pero no lo suban a la suite hasta mañana. Mi prometida está demasiado cansada…

—¿Tu prometida? —repitió Leila hecha una furia en cuanto se quedaron solos—. ¿Qué es lo que has hecho, James? ¡Me has obligado a aceptar tu propuesta de matrimonio!

—¿Qué otra opción tenía? —le preguntó James—. Tuve que averiguar por la prensa que iba a ser padre. Se lo dijiste a tu hermano en vez de llamarme…

—Se lo dije a mi hermano porque no sabía qué hacer y quería que me ayudara.

—Pues no me parece que tu hermano haya sido de gran ayuda…

—Ya te pedí perdón por su comportamiento —le dijo Leila—. Quería que me ayudara a resolver todo esto, pero… Pero ya no necesito su ayuda. Sé que puedo hacerlo yo sola y que tengo que ser responsable. Tengo que hacerlo por mi bebé.

—¿Y no te has parado a pensar que yo siento lo mismo? —protestó James—. No te estoy pidiendo que sigamos casados para siempre, Leila. Yo tampoco quiero estar atrapado en un matrimonio sin amor, pero quiero estar presente en la vida de mi hijo. No me vale con

visitas de vez en cuando. Y no puedo arriesgarme a que te lo lleves a Sur… A Sur…

—¡Se llama Surhaadi! —le gritó Leila—. Pero no te preocupes, eso no va a pasar. Gracias a ti, no soy bienvenida en mi propio país.

—Leila, tus padres terminarán perdonándote y, cuando lo hagan…

—No quiero volver —lo interrumpió ella—. Hui de allí, James, ¿no lo recuerdas?

—Sea como sea, no voy a arriesgarme —le dijo James—. Te estoy pidiendo siete años.

—¿Siete? —repitió Leila frunciendo el ceño—. ¿Por qué siete?

—No lo sé, solo quiero tener presencia en la vida del niño durante esos años tan importantes.

—O niña —lo corrigió Leila.

James se había pasado toda la noche pensando en lo difícil que había sido su infancia, en la presión que había recibido por todas partes. No quería ese tipo de familia para su hijo. Tampoco podía arriesgarse a que, aunque no regresara a su país, Leila pudiera conocer a otra persona. Pensó en la relación que su padre había tenido con su hermanastro Spencer. No quería que su hijo se criara con un padrastro en vez de con su propio padre.

—Tenemos que hacer lo mejor para el bebé. Por eso debemos casarnos.

—Sería un matrimonio sin sexo —se apresuró a asegurarle Leila creyendo que eso le haría cambiar de opinión.

—Eso sería una pena —repuso James encogiéndose de hombros—. Porque, aunque era la primera vez de la preciosa e inocente Leila, aunque tu hermano piensa que te obligué, el hecho es que te encantó, lo deseabas y casi me suplicaste que me fuera a la cama contigo.

Vio que se sonrojaba al oírlo.

—Pero ¿sabes qué, Leila? No te preocupes por eso. El sexo es lo último que tengo ahora mismo en la cabeza —mintió James.

Muy a su pesar, seguía deseándola.

—Después de ver tu comportamiento durante las últimas semanas, tampoco es algo que quiera yo. Ni ahora ni nunca. Espero que lo tengas muy claro antes de hacerme tu esposa —respondió Leila con frialdad.

—Nos besaremos cuando haya cámaras —le dijo James—. Iremos de la mano en público y compartiremos cama para que el personal no sospeche.

—Son tus criados —le recordó Leila—. ¿No puedes pagar su silencio y ya está?

—¡Madre mía, Leila! No sabes nada sobre los derechos de los trabajadores, ¿verdad? —repuso James riéndose en su cara—. Pobre princesa…

Leila le dio una bofetada.

Pensó que quizás no se la mereciera, pero se sintió mucho mejor. Era mucho más satisfactorio que darle una patada a un árbol. Le dio esa bofetada también porque James acababa de decirle que pensaba abandonarla de nuevo siete años más tarde y por tener el descaro de admitir que sería un matrimonio sin amor.

De repente, se sintió atrapada en la pesadilla de la que había huido. No quería vivir con un hombre que no tenía ningún tipo de sentimientos hacia ella.

—Si no estuvieras embarazada, te devolvería esa bofetada —le advirtió James.

Pero la miró después a sus ojos dorados y le confesó que había mentido.

—No, la verdad es que no lo haría. Soy un poco más moderno que tú.

Leila levantó la mano de nuevo para darle otra bofetada, pero él atrapó justo a tiempo su muñeca.

—Veo que los Al-Ahmar sois un poco agresivos —le dijo James—. Pero no te preocupes, querida Leila, porque yo no lo soy. Aunque no lo creas, soy un caballero.

—No lo eres, James. Pregúntales a esas mujeres…

Tuvo la tentación de sonreír. No había conocido nunca a nadie como Leila. Pero, en lugar de sonreír, fue a servirse un vaso de whisky. Estuvo a punto de servirle uno a ella, pero se detuvo a tiempo.

—Supongo que no puedes beber.

—No —repuso Leila frunciendo los labios al ver que James tomaba su copa y se recostaba en su cama—. Y me parece muy grosero que no pueda beber y lo estés haciendo tú.

—Pues así va a ser —le dijo James sonriendo mientras tomaba un sorbo de whisky—. No voy a dejar de beber durante seis meses solo porque tú no puedas hacerlo.

—Así que vas a seguir haciendo tu vida como hasta ahora…

—No estamos casados y ya empiezas a reprenderme, ¿no? —comentó él suspirando.

—¿Por qué me has traído aquí y no a tu casa? —le preguntó Leila—. Allí podríamos tener habitaciones separadas.

—Iremos a mi casa cuando ya estemos casados —le dijo James.

Su hogar era su refugio y odiaba la idea de tener que compartirlo con alguien, pero prefirió no decírselo.

—Creo que aquí hay menos posibilidades de que acabemos matándonos mutuamente. Tenemos el restaurante, el gimnasio, el spa…

—Y además es un lugar público —agregó Leila.

—Exacto.

—James… —comenzó Leila con dificultad.

Sabía que tenía que contarle la verdad aunque le costara.

—No puedo compartir habitación contigo. Tengo pesadillas…

—Yo también. Estoy teniendo una ahora mismo —replicó él.

—Suelo gritar —continuó Leila—. Y llorar.

—No lo hiciste la noche que… —repuso James sin querer terminar la frase.

—Porque no dormí. Me mantuve despierta a propósito.

—¿Roncas? ¿Rechinas los dientes mientras duermes?

—No, creo que no.

—Estupendo. Prefiero concentrarme en los aspectos positivos —le dijo sonriendo.

Leila se fijó entonces las marcas que sus dedos habían dejado en la mejilla de James.

—Siento haberte abofeteado.

—No, no lo sientes —la corrigió James—. Recuerda que intentaste hacerlo una vez más.

Prefirió no seguir por ese camino al ver que parecía preocupada.

—Fue una pelea, sin más. La gente tiene peleas.

Le entraron ganas de echarse a llorar. Se había pasado toda su vida evitando pelearse con nadie. La única que había tenido había sido con su madre y, por culpa de esa discusión, había confirmado cuánto la odiaba su progenitora.

—Duerme tranquila, no voy a echarte solo porque hagas algo de ruido cuando tienes una pesadilla. Todos tenemos nuestras cosas. Aunque yo soy perfecto, seguro que también hay algo de mí que te va a molestar.

En realidad, James tenía muchas cosas que no le gustaban, pero no se lo dijo. La peor de todas, que había estado con otras mujeres después de acostarse con ella.

—¿Como el hecho de que me hayas obligado a un matrimonio que no quiero?

—¡Sí, exacto!

—O tus calcetines.

—¿Cómo? —le preguntó James frunciendo el ceño.

—Son horribles.

—Son calcetines negros —respondió él.

Pero recordó entonces que Leila le había pedido la otra noche que se los quitara. Lo había hecho con tanta autoridad en su voz que no le habría extrañado que sacara en cualquier momento un látigo para castigarlo si no la obedecía. Sonrió y se quitó los calcetines que llevaba.

—¿Mejor?

—No, nunca va a ser mejor. Eso es imposible —le dijo Leila.

—No seas tan melodramática —repuso James bostezando.

—Voy a darme un baño.

Decidió hacerlo porque era el único lugar donde podía estar a solas y lejos de él.

Se sentó en el borde de la bañera mientras se llenaba y pensó en su situación. Le había parecido que a James le preocupaba que ella volviera a su país o que sus padres fueran a buscarla. No sabía lo poco que la querían y le avergonzaba contárselo.

Decidió que iba a demostrarle que no tenía que casarse con ella, que podía cuidar de sí misma y del bebé.

Le había sorprendido que James quisiera estar presente en la vida del niño, en vez de dejar que fuera ella la que se encargara del bebé. Tenía que reconocer que ese hombre no dejaba de asombrarla.

También la sorprendió cuando salió algún tiempo después del baño. James se había desvestido, vio su ropa en una silla, pero, en vez de meterse en la cama, estaba dormido en el sofá y una manta lo cubría.

—Gracias —susurró a regañadientes Leila.

Pero él no se movió.

Algo más tranquila, se metió en la gran cama y trató de no dormirse.

James no había dormido desde que se enterara de que iba a ser padre. Ese día había sido intenso y agotador. En cuanto Leila se metió en el baño, se quitó la ropa, puso una alarma para las seis y se quedó dormido casi al instante en el sofá de su suite.

No oyó a Leila cuando esta salió del baño y se metió en la cama. Lo que sí oyó unas horas más tarde fue un sonido agónico. Abrió los ojos al oírle llorar. Era el sonido más triste que había oído en su vida.

Había tenido una vida privilegiada, aunque no había disfrutado de demasiado cariño en su familia, pero nunca había tenido que enfrentarse a un dolor como ese. Leila no hacía mucho ruido, no gritaba tampoco, pero era un sonido muy triste.

Se puso la almohada sobre la cabeza para no oírlo, pero no lo consiguió.

—Leila —susurró acercándose a la cama y tocando suavemente su hombro—. Despierta, estás soñando.

Pero el llanto continuó. Se tumbó a su lado en la cama y acarició su espalda. Leila se giró hacia él y no pudo evitar abrazarla. Dejó de llorar casi al instante.

Se quedó donde estaba, sin dormir para que ella pudiera hacerlo. No sabía cómo iba a explicarle al día siguiente por qué estaba allí.

Leila nunca había tenido a nadie que la consolara, nadie había tratado de abrazarla para que dejara de llorar.

Era una sensación nueva y extraña para ella, una sensación muy bonita y tranquilizadora.

Cuando se despertó, vio que tenía la cara apoyada en su torso desnudo y su brazo la rodeaba. Odiaba a ese hombre, pero siempre iba a estarle agradecida por saber reconfortarla con contacto físico.

—¿He llorado mucho? —le preguntó Leila avergonzada.

—Sí, lo hiciste —le dijo James—. Traté de despertarte, pero no lo conseguí. Al final, me di por vencido y me tumbé en la cama. Pero, como has visto, no me he metido bajo la sábana.

—Ya lo veo.

James abrió la boca para decirle que tenía frío o darle cualquier otra excusa para meterse en ese momento bajo la sábana. Temía que Leila hubiera notado su erección matutina y no quería que se sintiera incómoda.

Pero Leila no se había fijado en ese detalle de su anatomía, estaba demasiado ocupada tratando de calmar sus náuseas. Al final, tuvo que salir corriendo al baño y no tuvo siquiera tiempo de cerrar la puerta.

—Eres una compañera de piso bastante ruidosa —le dijo James cuando salió unos minutos más tarde.

Leila sonrió avergonzada, pero le gustaba que hablara directamente de las cosas en lugar de ignorarlas. Decidió que era el momento de que ella hiciera lo mismo. Sobre todo cuando vio lo que acababa de hacer James.

—Te has metido bajo las sábanas —le dijo.

—Acabo de llamar para que nos suban el desayuno y quiero que las camareras nos vean aquí juntos, felices y enamorados —contestó James—. ¿O crees que eso te va a hacer vomitar otra vez?

Leila malinterpretó sus palabras.

—No, normalmente me siento mejor cuando como.

—¿Te ocurre muy a menudo? —le preguntó James con curiosidad.

—Casi todas las mañanas. Durante las primeras semanas, me pasaba todo el día mal, pero ahora solo me siento así cuando tengo hambre —le explicó mientras se sentaba en el sofá—. Siento que hayas tenido que oírlo.

—No te preocupes por eso, estás hablando con el rey de las resacas. Aunque la verdad es que me lo he estado pensando y he decidido que no voy a beber mientras tú no puedas. Eso sí, abriremos una botella de champán el día que nazca el bebé.

—Eso estaría muy bien —reconoció ella.

—Ven a la cama —le dijo James.

—No, prefiero quedarme aquí.

—Pero estás demasiado lejos para que podamos hablar. Además, a las camareras les va a parecer un poco extraño.

—No —insistió Leila—. Además, no me importa lo que tu personal piense de mí.

—¿Cómo?

—Que no me importa lo que… —comenzó Leila.

Pero se detuvo y sonrió al darse cuenta de que estaba tomándole el pelo.

James le devolvió la sonrisa.

Alguien llamó a la puerta en ese momento. Era una camarera con el desayuno.

Leila estaba más que acostumbrada a que las criadas entraran en su habitación cada mañana. Les pidió té verde endulzado con miel y un pastel. James tomó su café y les dijo que podían irse, que no las necesitaban.

Pero Leila no quiso que se fueran. Les ordenó que abrieran las cortinas y que le prepararan un baño. Les pidió además que añadieran aceite al agua, que se aseguraran de que su equipaje llegara a la habitación de inmediato y que no olvidaran que prefería miel de azahar en su té.

—Seguro que eras muy popular entre las criadas de palacio —comentó James cuando se quedaron solos.

—No, la verdad es que no —repuso Leila sorprendida.

—Estaba siendo sarcástico —le dijo él—. No tienes por qué ser tan antipática con ellas.

—Bueno, no son tus amigas, ¿no?

A Leila nunca le habían gustado las criadas de palacio. Sabía que hablaban a sus espaldas, comentando lo poco que la reina quería a su hija. Ellas eran las que evitaban que pudiera hablar con su madre, las que se la llevaban a otro sitio cuando era pequeña y comenzaba a llorar estando en el regazo de su madre. Llevaba toda la vida oyéndoles decir que no debía molestar a la reina.

—No, pero no pasa nada por ser agradable —comentó James.

—A veces sí.

Olió desde donde estaba el fragante baño que le estaban preparando y fue un alivio comprobar que no le revolvía el estómago.

—Prefiero las fragancias del Chatsfield a las del otro hotel —admitió.

—A Spencer le encantará saber que cuentan con tu beneplácito —le dijo James.

—Echo de menos mi aroma —susurró entonces Leila.

«Yo también», pensó James.

—He tratado de encontrarlo, pero no lo he conseguido. Es muy decepcionante.

—¿Crees que no podrías conseguirlo aquí? —le preguntó—. Si me dices los aceites que lo componen, podría encargarme de que te lo prepararan.

—Pero no sé qué mezcla de aceites utilizaban mis criadas.

La camarera del hotel salió entonces del baño y le dijo a Leila que

estaba todo listo.

—De acuerdo. No necesito nada más, puedes irte —le dijo Leila—. Gracias —añadió al recordar lo que acababa de decirle James.

—¿No ibas a darte un baño?— le preguntó James al ver que Leila tomaba otro pastel de la bandeja.

—Me baño después del desayuno —repuso ella—. Me gusta saber que está ahí, esperándome.

—Bueno, voy a darme una ducha.

James fue al baño mientras Leila seguía disfrutado de los deliciosos pasteles. También estaba disfrutando mucho con el té que le habían servido y tenía que reconocer que la miel del hotel era bastante agradable.

Cuando James salió del baño, vio que Leila ya no estaba tan pálida.

—Yo no lo haría —le aconsejó al ver que Leila estaba a punto de abrir un periódico.

—¿Por qué?

Leila se dispuso a leerlo de todos modos y recordó entonces por qué estaba tan enfadada con él cuando vio el titular sobre una foto de ellos dos besándose frente al hotel.

Una princesa que sabe perdonar, decía el titular.

—Pero no te he perdonado —le dijo a James.

—Viendo esa foto, cualquiera lo diría —repuso él.

—¿A dónde vas? —le preguntó Leila al ver que ya se había vestido e iba hacia la puerta.

James se quedó inmóvil, no estaba acostumbrado a que nadie le hiciera ese tipo de preguntas.

—Aún no estamos casados, Leila —le recordó James sin querer darle más explicaciones.

Antes de que saliera por la puerta, pudo oír la advertencia de su prometida.

—Y, si consigo lo que quiero, nunca lo estaremos.

Capítulo 8

A James no le atraía la idea de verse con Spencer. Pero esa mañana estaba de mucho mejor humor que el día anterior y lo recibió con una sonrisa cuando James entró en su despacho.

—¡Bien hecho! —exclamó acercándose a él para darle una palmadita en la espalda.

—¿Bien hecho? ¿No deberías estar felicitándome? —repuso James.

—Es que no me refería al bebé —le explicó Spencer sonriendo—. Sino a tu actuación de ayer. Gracias a esa romántica petición de matrimonio, todo el mundo quiere alojarse en el Chatsfield. Todos los famosos y personalidades que vienen a Nueva York quieren reservar con nosotros. Hay una pareja real europea que ha cancelado la reserva que tenían en el Harrington para venir aquí. Isabelle debe de estar furiosa.

James apenas habló durante la reunión. Detestaba los negocios de su familia y solo se acercaba al Chatsfield cuando tenía que hacerlo. También le molestaba que su hermano viera ese bebé como una oportunidad para potenciar la presencia del hotel en la ciudad. Spencer dio por hecho que celebraría allí la boda.

—Bueno, aún no hemos tenido tiempo de hablar de ello.

—Hacedlo cuanto antes. Sería perfecto si pudiéramos invitar a unos cuantos miembros de la realeza. Podríais tener una ceremonia allí si sus padres así lo quieren y luego otra aquí…

—No trates de organizarme la boda —replicó James poniéndose en pie.

Lo último que quería era una gran boda al estilo de las que se celebraban en su familia.

—Preferimos algo pequeño y discreto.

—Es un poco tarde para eso —le dijo Spencer—. Por cierto, ¿sabes que mamá ha estado llamándote sin suerte?

—Sí, lo sé.

—Quiere hacer una cena dentro de unos días para celebrar el compromiso.

—Estoy muy ocupado.

—Lo mejor es que accedas a ello o seguirá insistiendo —le aconsejó Spencer—. Ya sabes cómo son y cuánto les importan las apariencias. Quieren que la gente sepa que les has presentado a tu prometida.

—Poco me importan las apariencias ahora mismo. ¿No es suficiente

lo que hice ayer?

—Si os vais a casar, van a tener que conocerse tarde o temprano.

Se estremeció al pensar en ello. No quería ni imaginarse la cara de sus padres cuando vieran a Leila dando órdenes a diestro y siniestro. Pero sabía que Spencer tenía razón.

—Les diré que tu bella prometida y tú iréis a la cena, ¿de acuerdo?

James asintió de mala gana.

—Bueno, tengo que irme…

—¿Te preocupa que la princesa trate de fugarse aprovechando que está sola?

—Se llama Leila —lo corrigió James algo molesto.

Salió del despacho sin despedirse y volvió a la suite.

La llamó al entrar, pero no tardó en darse cuenta de que no estaba allí.

El corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho y recordó las últimas palabras de Spencer.

Abrió los armarios y vio que le habían subido y guardado ya todas sus cosas. Le sorprendió ver la ingente cantidad ropa, zapatos, bolsos y otros accesorios que llenaban cajones y armarios. Entró después en el cuarto. Las estanterías estaban llenas de botecitos de fragancias y aceites perfumados. Debía de haber más de un centenar de productos de ese tipo.

Se dio cuenta entonces de que eran probablemente unos cien, uno por cada día que Leila había pasado en Nueva York.

Recordó entonces lo que le había dicho, su decepción al ver que no encontraba el que siempre había sido su aroma.

Volvió a entrar en el dormitorio y vio preocupado que la caja fuerte estaba abierta, pero recordó entonces que Leila ni siquiera había sido capaz de usar el teléfono. Suponía que con la caja habría tenido aún más problemas. Respiró aliviado cuando abrió un cajón y vio que tenía allí su pasaporte y dinero en efectivo.

Pensó que quizás estuviera en el spa del hotel o de compras, pero Leila ya no tenía su tarjeta de crédito…

Fue hasta uno de los ventanales y observó la ciudad. Le preocupaba que estuviera allí fuera ella sola, pero se calmó un poco al darse cuenta de que ya había pasado así tres meses y había sobrevivido sin problemas.

Se sentó frente a su ordenador y se puso a trabajar, comprando y vendiendo acciones para mejorar su cartera. Estaba a punto de hacer una operación muy importante, que podía suponerle mucho dinero de manera muy rápida, cuando se detuvo antes de completar la compra. Hasta ese momento, había jugado en la bolsa como si el dinero no fuera real. Su objetivo había sido lograr el suficiente dinero como para continuar llevando la misma vida de siempre sin tener que depender

de su familia.

Pero las cosas habían cambiado durante las últimas horas e iba a tener que pensar más en el futuro. Además, se había dado cuenta de que a su futura esposa le gustaba mucho gastar.

Eligió una operación un poco más conservadora y solo apostó la mitad de dinero.

Pensó entonces en Leila, en su búsqueda infructuosa para conseguir su aroma y en las lágrimas que había derramado mientras dormía. Sacó su teléfono del bolsillo para poder arreglar lo poco que estaba en su mano.

Esa mujer era un auténtico misterio.

Y se sorprendió aún más al verla entrar por fin en la suite a las cuatro de la tarde. Su aspecto era muy distinto. Llevaba una túnica dorada y el pelo suelto. Se había perfilado los ojos con kohl. Nunca había visto ninguna mujer más bella, pero recordó entonces lo preocupado que había estado.

—¿Dónde has estado, Leila?

—Aún no estamos casados —respondió ella repitiendo sus palabras de esa mañana.

—Estás… Estás guapísima —le dijo sin poder dejar de mirarla.

—Gracias, pero la verdad es que estoy harta de esta túnica, es la única que traje conmigo… No sé qué hacer con la ropa occidental. Me gusta ir bien cubierta, pero con los vestidos largos parezco una gitana y con pantalones parezco un hombre.

—Tú nunca podrías parecer un hombre, Leila.

—Pero me gusta ir cubierta y…

—Me encargaré de que alguien venga con una selección de ropa…

—¿De qué? ¿De túnicas auténticas de Surhaadi? —lo interrumpió Leila—. Eso sería muy difícil, incluso para James Chatsfield —añadió mientras abría sonriente su bolso y sacaba un gran fajo de billetes—. Mira cuántas propinas.

—¿Propinas? —repitió James sin entender nada—. Leila, ¿dónde has estado?

—Trabajando.

Abrió mucho los ojos al oírlo.

—Ayer me acusaste de no saber nada de salarios ni temas laborales, pero sí lo sé.

—¿Dónde estás trabajando?

Leila se lo dijo y James frunció el ceño. Conocía el sitio, era un restaurante árabe muy caro que estaba cerca de su casa.

—No estarás sirviendo mesas, ¿no?

—Por supuesto que no.

—¿Friegas los platos? —le preguntó James horrorizado.

—No, no sé hacerlo. Lo intenté tres veces y fue un desastre.

—¿Eres una bailarina de la danza del vientre?

Le pareció que había interés en la voz de James y lo fulminó con la mirada.

—No seas grosero —le dijo Leila—. Toco el *qanun* en el restaurante. Están encantados conmigo y quieren que trabaje también por las noches. ¿Qué esperabas que hiciera, James? ¿Que me quedara aquí todo el día?

—No sé, no había pensado en ello —admitió.

—Gano poco. No podría pagarme una noche aquí ni con lo que gano en una semana, pero era el único trabajo para el que estaba capacitada. Y, como ahora me han ofrecido más turnos, podré ganar más dinero. Algo es algo. No pienso seguir siendo una carga para ti.

—No tienes por qué trabajar, Leila.

—Pero me gusta hacerlo.

—Sí, pero ahora la gente te conoce, sabe quién eres.

—Me cubro la cara con mi velo cuanto estoy trabajando. Los clientes no saben quién soy. Me gusta vestirme así y tocar mi música. Me gusta sentirme apreciada y poder pagarme con mi propio dinero al menos una comida al día.

Fue hasta la cocina de la suite con las bolsas con las que había llegado. Empezó a sacar comida de ellas.

—Me gusta poder comprar comida que conozco y saber así los nutrientes que le estoy aportando al bebé. James, como ves, no necesito un marido. No necesitamos casarnos…

—Además de muchos otros motivos, Leila, te conviene casarte conmigo para poder estar aquí legalmente. Ese matrimonio sería la manera más fácil de conseguir la residencia.

—No entiendo…

—No puedes elegir sin más el país en el que quieres vivir. Aunque a lo mejor estoy equivocado, deberías consultarlo con la embajada de Surhaadi —le dijo James—. Si es que hay una.

—Lo haré —repuso ella—. Pero lo decía en serio, James. Puedo mantenerme a mí misma y al bebé. Puedes visitarnos cuando quieras, pero no necesito tu dinero.

Leila estaba poniendo a prueba su paciencia, pero de una manera que empezaba a divertirle.

—Entonces, ¿dónde vas a vivir?

—Ya encontraré algo.

—¿Con el dinero que ganas tocando en el restaurante?

—Sí.

—Y ¿qué va a pasar cuando nazca el niño?

—Seguiré trabajando. Pienso contratar a una niñera.

—¿Con el dinero del restaurante?

—Sí —repuso ella quedándose pensativa un momento—. Aunque

quizás lo mejor sea que me compres una casa.

—¿Con un par de criadas a tu disposición?

—Sí, eso sería estupendo.

—¿Qué te parece si trato de encontrarte plaza en algún curso de «Bienvenida a realidad para princesas desterradas»?

—¿Qué te parece si aceptas que, a pesar de tu romántica escena de ayer, no quiero casarme y menos aún con un hombre que piensa con su entrepierna y no puede contenerse cada vez que ve a una rubia despampanante?

Lo miró y vio que estaba sonriendo. Le había estado hablando en serio, pero no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—¿Ha sido esto una discusión? —le preguntó Leila.

—Sí, creo que sí —repuso James—. Por cierto, he encontrado una ginecóloga que te verá mañana a las seis.

—¿A las seis? No puedo. Yo ceno siempre a las seis.

—No seas ingrata. Te va a ver a esa hora para hacerme un favor, no tenía otro hueco en su agenda —repuso James—. Y esta noche he reservado una mesa para las siete, pero si quieres llamo para adelantar la hora a las seis.

Leila arrugó la nariz al oírlo.

—¿Qué? ¿Qué tiene eso de malo?

—Estoy cansada de los cubiertos que usan en el restaurante del hotel —repuso.

Después, fue a tumbarse en la cama para echarse una siesta. Era algo que había hecho siempre, dormía todo lo que podía para pasar así el tiempo y que se le hicieran más cortos los días en el palacio.

Leila suspiró cuando James llamó suavemente a su puerta y le recordó que era la hora de la cena. Se levantó y fue hacia la cocina para beber agua, pero se quedó inmóvil al ver que la iluminación del salón era suave. Había un mantel en el suelo y cojines a su alrededor. La comida que había traído del restaurante estaba servida en bellos platos y había un paquete envuelto en papel plateado justo en el centro.

—Pensé que estaría bien cenar aquí —le dijo James mientras ella se sentaba—. No hay ni un tenedor a la vista —añadió mientras le servía un poco de té recién hecho.

Tomó un sorbo. Era delicioso. Cortó después un pedazo de pan de pita y lo comió junto con el cordero a la menta. Miró de nuevo la cajita, pero no dijo nada al respecto.

—¿Por qué no hemos bajado a comer al restaurante?

—Porque pensé que no querrías comer allí. La gente normalmente prefiere ir a otro sitio a cenar.

—Yo también quise hacerlo cuando llegué a Nueva York, pero todo me parece tan confuso aquí… Prefiero la comida del restaurante

donde trabajo. Allí al menos sé lo que estoy comiendo.

—Creo que debería pasarme por allí —le dijo James—. He oído que tienen unos músicos increíbles.

Leila le dedicó una pequeña sonrisa.

—Si vas, no me lo digas —le pidió—. No quiero ponerme nerviosa.

—Si voy, creo que me verás aunque no quieras, ¿no?

—No, nunca levanto los ojos del arpa.

James estaba disfrutando mucho. La comida era increíble y decidió que se pasaría por allí para verla tocar.

—A lo mejor debería salir más a restaurantes —comentó ella.

Creía que sería agradable salir alguna vez con James. Tenía que reconocer que era bastante amable con ella y que no le importaba explicarle las cosas. Pero decidió que era mejor no decírselo.

—Sobre todo ahora que me encuentro mejor.

—¿Cuánto tiempo has estado sintiéndote mal? —le preguntó James.

—Más o menos desde esa mañana, cuando te fuiste —reconoció ella.

Aunque sabía que esos primeros días se había encontrado mal porque estaba dolida, no por el embarazo. Se había pasado llorando la mayor parte del tiempo, sin poder entender por qué se había ido sin más.

—Pero empecé a sentirme mal físicamente unas dos semanas después de que te fueras —le dijo—. No sabía qué me pasaba.

—¿Cuándo supiste que estabas embarazada?

—Unas semanas después. Me encontraba mal, pero pensaba que era por el cambio de dieta. Fui a un restaurante árabe para ver si así me sentía mejor, pero seguía con náuseas y muy mal. Les pedí en el hotel que me sirvieran agua de miel, pero me sabía mal. En Surhaadi, la miel es de las abejas que polinizan el azahar. Supongo que tengo un paladar muy sensible… Al final, les dije que quería ver al médico del hotel.

Leila no había podido olvidar la conmoción que sintió cuando la doctora le hizo orinar en un palito de plástico y cuando después le dijo que estaba encinta…

—Le dije a la doctora que estaba tomando la píldora —agregó ella—. Traté de llamarte, pero fue entonces cuando me encontró Zayn y tuve que decirle la verdad. Creo que es muy protector conmigo porque se siente responsable por la muerte de Jasmine, mi hermana, que perdió un poco la cabeza por culpa de los hombres. Cuando le dije que te fuiste después de esa noche y que ni siquiera me llamaste…

—Se suponía que iba a ser solo una aventura de una noche. Nada más.

—A mí no me pareció que fuera solo eso —le confesó Leila mirándolo a los ojos.

Por primera vez, le pareció que James se sonrojaba y que estaba algo incómodo. Supo entonces que para él también había sido distinto a otras breves aventuras amorosas.

—¿Cómo lo haces, James? —le preguntó desafiante—. ¿Cómo puedes besar con tanta pasión, hacer el amor con alguien y después irte sin más?

—Leila, te envié flores al menos cinco veces y no te dignaste a llamarme. ¿De verdad crees que iba a quedarme célibe por si dentro de un año, de dos o de diez cambiabas de opinión y me llamabas?

—¿Me mandaste flores? —repuso Leila frunciendo el ceño.

—¿No las recibiste? —le preguntó James sin poder contener su enfado con la floristería.

—¿Los arreglos florales que me subieron a la habitación los habías mandado tú?

—¡Claro! —exclamó James—. ¿Acaso no leíste las tarjetas?

—¿Qué tarjetas?

—Las que acompañaban a cada ramo. ¿No las leíste? ¿No las viste?

—En el palacio, cambian las flores todos los días. Es a lo que estoy acostumbrada, pensé que era un servicio del hotel. Incluso reñí a las camareras por traer ramos frescos y no llevarse los viejos —le explicó Leila con el ceño fruncido—. Pero ¿por qué me enviaste esas flores?

—Para darte las gracias por esa noche, para invitarte a cenar, para pedirte que contestaras cuando te llamaba…

Leila sacudió con incredulidad la cabeza.

—¡Y pensar que le di al número tres para hablar con la recepcionista y protestar cuando dejaron de llegarme flores!

James no lo pudo evitar, se echó a reír con ganas.

No solo le sorprendió ver que se estaba riendo, sino darse cuenta de que había echado de menos ese sonido. Le bastaba con verlo así para querer sonreír. Pero no lo hizo, seguía dolida con él.

—Después, como vi que no estaba consiguiendo nada con las flores, me fui a Francia —le explicó James—. Mi intención era conseguir distraerme un poco y dejar de pensar en ti, pero no funcionó. Regresé hace un par de semanas, pero tuve la mala suerte de encontrarme con tu hermano cuando me dirigía al Harrington con la esperanza de verte. Después de eso, decidí regresar a Francia. Y fue entonces cuando me enteré…

No dijo nada más, no era necesario.

Lo que pasó después de ese momento no había sido positivo para ninguno de los dos.

—¿Por qué no intentas hablar con tu hermano y arreglar las cosas con él?

—La verdad es que lo echo de menos —reconoció Leila—. Pero estoy enfadada con él.

—¿Y tus padres? Ahora que se habrán enterado de que vamos a casarnos, ya estarán más tranquilos, ¿no?

—Lo dudo. Solo espero que, aunque no me perdonen a mí, no odien a mi bebé —le dijo Leila—. Espero que lo quieran a pesar de lo que haya hecho yo.

Le sorprendieron sus palabras. No se habría imaginado que lo contrario pudiera ser posible.

Siguieron cenando y, cuando los ojos de Leila se detuvieron de nuevo en el paquete, James lo tomó y se lo dio.

—¿No lo vas a abrir? —le preguntó James con tanta impaciencia como ella.

—¿Qué es?

—Un regalo.

—¿Para quién?

Estaba acostumbrada a que su madre y Jasmine tuvieran regalos, pero ella no solía recibirlos. Por eso no había querido hacerse ilusiones pensando que ese paquete pudiera ser un regalo para ella.

—Para ti.

Era la primera vez que alguien le regalaba algo solo para ella. Y el papel en el que estaba envuelto era tan bonito… Tenía un lazo que tardó una eternidad en desatar.

—Vamos, Leila —le dijo James cada vez más impaciente.

—¿Qué es? —le preguntó al abrir la caja y ver que había dentro una botellita oscura.

—Ábrela.

Leila desenroscó el tapón, inclinó la cabeza y cerró los ojos mientras aspiraba su aroma.

—Soy yo… —susurró maravillada Leila mientras ponía un poco del aceite perfumado en sus dedos—. Pero, ¿cómo…?

—No voy a decírtelo —le dijo.

James se quedó mirándola mientras pasaba los dedos por su melena negra y ponía una gota en su cuello. El aroma le recordaba a aquella primera noche y sabía que era muy peligroso que pensara en eso. Sobre todo cuando después tuvo que darle las buenas noches e irse a dormir de nuevo al sofá. Pero había valido la pena, sabía que no iba a poder olvidar nunca el brillo de sus ojos cuando olió el perfume.

Leila miró al techo, sabía que le iba a costar dormirse.

—Gracias —le dijo ella.

—De nada.

—¿Por qué me has hecho ese regalo? —le preguntó Leila.

—¿Por qué no?

—Pero ¿por qué? —insistió Leila.

—Porque no me gusta que te sientas nostálgica al estar tan lejos de tu país.

Pero la verdad era que no lo estaba. No recordaba haberse sentido nunca tan atendida y cuidada. Aunque esa atención se la diera un hombre que no la amaba.

Cuando unas horas más tarde se echó a llorar, James se acercó a la cama y sacudió suavemente su hombro. Como seguía llorando, decidió tumbarse a su lado. Pero, esa vez, se metió bajó las sábanas.

Leila se giró hacia él y James aspiró su delicioso aroma. Se había encargado de que un laboratorio analizara la camisa que había llevado puesta durante su primera noche juntos. Los expertos perfumistas habían encontrado allí un aroma con base de jazmín y ciertas notas de madera de aquilaria, incienso y almizcle.

Respiró profundamente y la abrazó con más fuerza.

Leila se despertó y no tardó en darse cuenta de que podía escuchar los latidos de James contra la cara. Tenía sus fuertes brazos alrededor y James acariciaba lentamente su brazo.

Se quedó inmóvil, fingiendo que aún dormía, deleitándose con las maravillosas sensaciones de estar de nuevo en sus brazos. Sus dedos se morían de ganas de explorar su cuerpo, pero se contuvo.

—Estás metido en la cama —susurró entonces Leila mientras se apartaba de él y se tumbaba boca arriba.

—No te quejaste cuando lo hice —respondió James sonriendo—. Te pusiste a ronronear como una gatita.

Molesta, le enseñó la lengua. Después, volvió a mirar el techo.

—No tengo náuseas —murmuró sorprendida.

—¡Qué bien!

—¿Y si es señal de que algo no va bien?

—No te preocupes. Todo lo que te está pasando es, según Internet, completamente normal. He leído que las náuseas y vómitos matutinos desaparecen cuando empieza el segundo trimestre.

—¿Has buscado información sobre embarazos?

—Por supuesto.

A Leila le encantó que lo hiciera.

—Y esta tarde podrás preguntarle a la doctora todas las dudas y preguntas que tengas —le recordó James—. Yo ya sé lo que quiero preguntarle…

—¿Tú? —dijo Leila frunciendo el ceño—. Pero no quiero que vayas.

—Tengo que ir —repuso James levantándose de la cama.

—¿Adónde vas? —le preguntó Leila.

—A la ducha —le dijo James.

—Pero nos van a servir pronto el desayuno —protestó Leila.

La verdad era que no quería dejar de charlar con él, estaba disfrutando mucho.

—He decidido que a mí tampoco me importa ya aparentar delante de las camareras del hotel —respondió James.

—Estás enfadado.
—Sí.
—¿Por qué?
—Estoy seguro de que puedes averiguarlo tú sola.
Apenas hablaron durante toda la mañana y fue un alivio cuando Leila se fue por fin a trabajar.
James aprovechó para llamar a Manu en cuanto se quedó solo. Quería que le recomendara una modista para Leila, pero la encargada del departamento de relaciones públicas del hotel Chatsfield de Dubái lo sorprendió mostrándose muy enojada con él en cuanto descolgó el teléfono.
—¿Has hablado con su familia antes de hacerle esa propuesta de matrimonio? —le preguntó Manu—. ¿Los has incluido en vuestros planes? —le preguntó claramente enfadada.
—No.
—Lo que has hecho es una grave ofensa —le dijo Manu.
—Lo hice porque me pareció que era lo que tenía que hacer —se defendió James—. Después de todo, le he pedido que se case conmigo, ¿no es eso lo que se espera de un hombre en una situación como esta? ¿No crees que es también lo que querrán sus padres?
—James, Leila es una princesa, su padre es un rey…
—¿Qué se suponía que debería haber hecho entonces?
—No deberías haberla presionado como lo hiciste para que accediera a casarse contigo. ¡Y de una manera tan pública! Has causado daños en la relación entre ella y sus padres que podrían ser irreparables. No ha sido un buen comienzo. Deberías haberme escuchado cuando te dije que no lo hicieras.
—Bueno, dame el nombre de una modista, por favor —le dijo James con impaciencia.
Las palabras de Manu habían conseguido irritarle.
Y seguía en el mismo estado de ánimo unas horas más tarde, cuando esperaban sentados en la consulta de la ginecóloga a que esta los atendiera. Tuvo que rellenar una infinidad de formularios.
Prefirió no decir nada cuando la enfermera llamó a Leila para que pasara.
—¿Quieres que pase James también? —le preguntó la mujer a Leila —. Catherine te va a hacer una ecografía.
—No, estaré bien sola —repuso Leila—. Aunque no lo creas, soy más capaz de lo que crees.
A James le costaba creer lo arrogante que podía llegar a ser. La observó mientras entraba en la consulta.
Leila estaba aterrorizada.
No quería que nadie la examinara y tampoco le gustaban todas las preguntas que Catherine le estaba haciendo. Pero, mientras estaba

tumbada en la camilla, tratando de ser valiente mientras la doctora le ponía un gel frío en su estómago, entendió por fin por qué James se había enfadado con ella esa mañana.

Solo entonces comprendió por qué él había querido estar allí con ella. Lo entendió en cuanto miró a la pantalla y vio a su bebé. Se fijó en esa diminuta criatura, mirando absorta la pequeña cabeza, los brazos, las piernas, los dedos, las manos y la nariz. El bebé movió sus pequeñas piernas mientras lo observaba y Leila se sintió casi vencida por la emoción cuando vio lo que habían hecho entre los dos aquella noche.

—Haremos una ecografía más completa cuando estés de dieciocho semanas, pero por ahora todo va muy bien. ¿Tienes alguna pregunta?

Leila negó con la cabeza.

Catherine trató de charlar un poco más con ella y hacerle preguntas, pero a Leila no le apetecía hablar de su vida. Cuando salió de la consulta se encontró a James esperándola con impaciencia. Vio que parecía nervioso y preocupado.

—¡Es muy pequeño! —le dijo Leila mientras trataba de indicarle su tamaño con las manos—. Ya tiene nariz.

—Me alegra saberlo —repuso James mirando la foto que le acababa de entregar ella.

—Si quieres venir conmigo, me harán otra ecografía dentro de unas cinco semanas. Creo que te gustaría verlo.

—Me gustaría mucho —le aseguró él.

—Pensé que te estabas ofreciendo a venir conmigo por compasión o algo así —le explicó Leila.

James se limitó a sonreírle.

—¿Te apetece ir a cenar? —le preguntó a Leila.

Ella asintió con la cabeza.

Decidieron ir andando y James le dio permiso a su chófer para que se fuera.

Pasearon hasta un estupendo restaurante italiano poco concurrido. Era muy agradable poder sentarse allí, relajarse y comer mientras hablaban. Ninguno de los dos podía dejar de mirar la ecografía.

—¿Vas a querer saber lo que es? —le preguntó James.

—¿A qué te refieres?

—Si es niño o niña.

—¿Acaso importa? —le dijo Leila con voz desafiante.

—Por supuesto que no.

—En mi familia sí importaba —le confesó ella—. Mis padres habrían preferido que hubiera sido un niño.

—No sabes cuánto me alegra que no lo fueras —le dijo James.

Al ver que Leila no sonreía, se dio cuenta de que tenía un dolor muy profundo dentro de ella.

—Siento haberte causado problemas con tu familia.
—No es culpa tuya —le aseguró Leila.
—No creo que tus padres estén de acuerdo contigo —le dijo él—. ¿Los echas de menos?
Vio que le costaba responder.
Leila no sabía qué contestarle. Por una parte, los echaba de menos, pero en realidad los había echado de menos toda su vida.
—A lo mejor vienen cuando llegue el bebé, ¿no? —comentó James con amabilidad.
Leila negó casi imperceptiblemente con la cabeza y vio que estaba sufriendo. Decidió dejar el tema. Al menos, de momento.
—Tengo algo para ti —le dijo él mientras metía la mano en el bolsillo.
—¿Otro regalo? —preguntó Leila emocionada.
Pero frunció el ceño al ver que era un teléfono.
—¿Para qué es esto? ¿Para que puedas controlarme?
—Y también para que tú sepas dónde estoy yo —respondió James.
—No sé cómo usarlo —admitió Leila.
—Está todo ya preparado para ti, para que empieces a utilizarlo —le dijo él.
James sacó su teléfono. Pocos segundos después, su nuevo móvil hizo un sonido, Leila miró la pantalla y leyó «James» en ella.
Le explicó pacientemente el funcionamiento del teléfono, diciéndole cómo podía llamar y cómo mandarle mensajes de texto.
Sonrió al ver el que James acababa de enviarle.
James: Hacemos unos bebés preciosos.
Le pareció el mejor mensaje que podía mandarle. Ella tardó un poco más, pero consiguió responder.
Leila: Es verdad.
Cuando les sirvieron la cena, Leila descubrió que le encantaba la pasta y disfrutó mucho usando el tenedor como le había enseñado James para poder atrapar más espaguetis a su alrededor.
—¡Tiene un sabor tan bueno! Son muy cremosos. Fantásticos.
—¡Y puedes elegir entre muchas formas y tamaños diferentes! —repuso James en tono burlón.
Pero Leila no entendió su broma.
—¿De verdad? Estoy deseando probar todos los tipos de pasta que tengan.
—Bueno, Leila, ahora que estás de tan buen humor, tengo dos noticias que darte. ¿Qué quieres antes? ¿La buena o la mala? —le preguntó James.
—La mala.
—Tenemos que ir a cenar con mis padres mañana por la noche —le contó James haciendo una mueca—. Mi hermano Spencer también

estará allí. Sé que será difícil e incómodo y quiero decirte de antemano que cualquier tensión que notes mañana no tiene nada que ver contigo. Mis padres se llevan bien en público. En privado la historia es muy distinta.

—¿De verdad no te gustan tus padres?

—No, la verdad es que no —reconoció James—. Mi padre, Michael, no es la persona más agradable que te puedas encontrar. Se casaron siendo muy jóvenes y mi padre, igual que hizo su hermano, engañó…

—¿A quién? —preguntó Leila.

—Engañó a mi madre con otra —le explicó James—. Tenía muchas aventuras. Tampoco fue muy buen padre, sobre todo con Spencer y supimos hace poco por qué lo trataba tan mal. Bueno, yo sí que me enteré ahora. Mi hermano Ben lo descubrió cuando tenía dieciocho años y fue por eso precisamente por lo que se fue de casa…

—¿Qué descubrió?

—Que mi madre había tenido también una aventura amorosa con otro hombre y que Spencer no es hijo de mi padre.

—¡Tu madre también le fue infiel a tu padre!

—¡Sí! —le confirmó James abriendo los ojos tanto como ella—. Es muy fácil escandalizarte, Leila.

—Es que lo que me estás contando es tremendo —repuso ella—. ¿Lo sabe tu padre?

—Sí. Tuvieron una gran pelea hace unos años y todo salió a la luz. Mi padre siempre había tenido la sospecha de que Spencer no era hijo suyo, por eso fue siempre más duro con él. Ahora ya nadie menciona el tema.

—¿Y tus padres siguen como si todo estuviera bien?

—Algo así —respondió James—. Ya lo verás mañana. Y quiero que sepas que siento que tengas que pasar por esto.

—No pasa nada —susurró Leila encogiéndose de hombros—. ¿Cuál es la buena noticia?

—Te he encontrado una modista —le dijo James—. Va a ir al hotel mañana por la tarde y te hará nuevas túnicas…

—¿Y babuchas de seda?

—Sí, también calzado.

Y la modista no era lo único que había buscado y encontrado James. El lunes iba a empezar con clases de árabe. Estaba seguro de que, con esas lecciones intensivas, conseguiría en unas semanas poder expresarse lo suficientemente bien como para hablar con el padre de Leila y explicarle que ella solo quería que aceptaran y quisieran a su futuro nieto y que no pagaran con el pequeño lo que pudieran sentir por Leila.

Pero decidió no contarle nada de momento.

Era una noche fría, pero decidieron volver andando al hotel. Ya

fuera por la posibilidad de que hubiera paparazis cerca o porque así lo querían los dos, pasearon de la mano. Leila no tenía muy claro por qué lo estarían haciendo, pero le gustó mucho.

Cuando pasaron al lado de un grupo de gente bastante ruidoso y escandaloso, James rodeó su cintura con el brazo. No sabía si lo habría hecho por su bien o por el bebé, pero también le gustó.

Caminaron hacia el Chatsfield y, cuando estaban ya cerca de allí, James se detuvo y la hizo girar hacia él.

—¿Un beso por el bien de las cámaras?

—¿Dónde están? —preguntó ella.

—Bueno, la prensa siempre anda cerca del Chatsfield. En este hotel siempre hay algún escándalo.

—De acuerdo, pero solo un beso —susurró Leila.

Fue un beso ligero y delicioso. Los labios de James eran cálidos y entonces la atrajo un poco más cerca de él, rodeando su cintura como había hecho mientras paseaban. No se había afeitado desde la noche en que le pidió que se casara con ella y era muy excitante sentir su áspera mandíbula mientras lo besaba. Recordó entonces la noche de pasión que habían compartido.

James se acercó un poco más aún y a Leila le habría encantado que el abrigo que llevaba él pudiera rodearlos a los dos. Había sido tan increíble bailar con él esa primera noche…

Recordó también cómo había sido sentir esos labios en otra parte de su cuerpo, en un lugar que lo anhelaba más que nunca.

Leila quería más pasión, necesitaba saborearlo, besarlo de manera más íntima. Abrió los ojos y vio que los de James también estaban abiertos. Estaba sonriendo.

—Ya me mordiste una vez —le dijo James alejándose—. No quiero arriesgarme.

Parecía encantado al ver que había conseguido demostrar cuánto lo deseaba ella.

Entraron en el hotel y fueron directos al ascensor. Leila podía sentir lo ruborizada que estaba. No podía olvidar el beso que acababan de compartir.

Ya en la suite, Leila tuvo que usar el cuarto de baño para quitarse el maquillaje. Cuando salió, James estaba en la cama.

—Si tengo que dormir en el sofá, pienso quedarme allí toda la noche —le advirtió él.

Supo que había ganado la batalla cuando Leila se encogió de hombros y se metió en la cama.

—¡Eh! ¡Ya se te nota! —comentó al verla.

Ella también se había dado cuenta. Tenía una curva casi imperceptible en su estómago.

—¡Sí! ¡Ya lo he visto! —exclamó entusiasmada mientras tomaba la

botellita de aceite perfumado y se frotaba un poco en las manos—. ¿A nuestro bebé también le vas a comprar regalos tan bonitos?

—Ya le he comprado uno cuando adquirí tu anillo.

—¿En serio? —preguntó Leila examinando su anillo de compromiso —. La verdad es que es muy bonito —admitió.

Era una banda de platino llena de pequeños diamantes, pero la gran piedra central fue lo que más llamaba la atención de Leila. Se sentó en la cama para verla mejor con la luz de la lámpara.

—¿Quién te regaló la piedra?

James sonrió ante una pregunta tan extraña.

—Lo compré en Tiffany's.

—Me sorprende que acertaras con la talla.

A él no le había extrañado que le quedara bien. El joyero le había dicho que, si no le valía a su prometida, podrían ajustárselo, pero él se había imaginado sus dedos tantas veces que no le había costado calcular el tamaño que iba a necesitar.

Durante esas semanas no había dejado de recordar cómo lo habían acariciado esos dedos ni cómo los había besado uno a uno mientras hacían el amor.

Leila apagó la luz y James suspiró. Recordaba demasiado de esa noche y el beso que se habían dado frente al hotel no había hecho más que confirmarle que seguía habiendo una gran atracción entre los dos.

Se dio la vuelta y se acercó a ella.

Leila luchó consigo misma mientras permanecía donde estaba, de lado y dándole la espalda. James había colocado la mano en el estómago y podía sentir su calor mientras acariciaba su incipiente barriguita.

Había dejado que James la abrazara de madrugada, cuando lloraba sin consuelo, pero lo de esa noche era distinto. Estaba enfadada consigo misma por desearlo tanto. Tuvo la tentación de darse la vuelta cuando James comenzó a besar su hombro para seguir después por su cuello, quería besarlo, quería que James bajara la mano que tenía sobre su vientre para tocarla donde tanto lo deseaba.

Y no tuvo que pedírselo.

Aun así, siguió sin moverse, luchando contra sus propios deseos. Anhelaba las caricias de su mano y la habilidad que le había demostrado con su boca. No quería desearlo, no quería que el poder de sus caricias la esclavizara de nuevo. No quería sentirse vulnerable e indefensa ante sus caricias, pero James le estaba dejando muy claro que estaba loco por ella, que anhelaba su aroma, su piel, su calor.

James la hizo girar hacia él y se colocó sobre ella, buscando su boca.

Leila podía sentir contra el muslo lo excitado que estaba y le encantó sentir de nuevo la suave presión de su musculoso cuerpo.

También ella deseaba besarlo, pero apartó la cara, no pensaba entregarse de manera tan completa como lo había hecho la primera noche.

—Hazlo y ya está.

—¿Cómo? —le preguntó James sin entenderla.

—No hace falta que me beses ni que me acaricies. No tienes por qué decirme que te importo, limítate a…

—¿Notas mi erección contra tu cuerpo, Leila? —la interrumpió James.

No esperó a que ella respondiera.

—Dudo mucho que notes nada porque acababa de desaparecer —agregó.

James maldijo entre dientes y se dio la vuelta para darle la espalda.

Durante unos segundos, hubo un silencio tenso hasta que lo rompió Leila.

—¿Es a mí a quien deseas o quieres hacerlo conmigo porque soy la que estoy aquí? —le preguntó ella.

James puso los ojos en blanco al oírlo. No podía creer que lo dudara.

—Es a ti, Leila —le aseguró él—. Eres una fantasía bastante difícil de superar.

Fue entonces ella la que le dio la espalda.

—¿Sí? ¿Y qué me dices de lo que pasó después de esa noche?

—Entiendo tu irritación, Leila —admitió James—. Es verdad que la situación es complicada y nos fuerza a estar juntos, pero eso no quiere decir…

—No es la situación, eres tú el que me has forzado a estar aquí contigo, James —lo interrumpió Leila—. Me presionaste para que aceptara tu propuesta de matrimonio solo porque quieres estar cerca del bebé, porque temes que me lo lleve de vuelta a mi país. Esa es la verdad. No intentes reescribir la historia como a ti te conviene ni trates de fingir que me diste la opción de decirte que no.

—Bueno, ¿por qué no volvemos a escribir nuestra historia? ¿Los dos juntos? —le sugirió él—. ¿Por qué no tratamos de llevarnos bien? Podríamos probar saliendo como una pareja normal, charlando, yendo a cenar o al cine, paseando de la mano… Haciendo, en definitiva, todas las cosas que me he pasado la vida evitando.

—¿Por qué?

—Porque estoy loco por ti, Leila.

Leila se sonrojó.

—Porque recuerdo lo bien que lo pasamos esa noche y, si no nos llevamos bien, van a ser siete años muy largos.

—James… —susurró ella mientras se giraba para mirarlo—. No ayuda que, cada vez que intentas llevarte bien conmigo, me recuerdes

que tenemos un tiempo limitado.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta —repuso James sonriendo—. Voy a salir contigo, Leila. Y, como no puedo emborracharte para conseguir lo que quiero, supongo que tendré que limitarme a ofrecerte comida —agregó sonriendo—. Pero eso tendrá que esperar hasta pasado mañana.

—¿Por qué?

—Porque mañana cenamos con mis padres, ¿lo recuerdas?

Capítulo 9

Leila se pasó toda la tarde con la modista, que estuvo tomando nota de sus medidas para hacerle nuevos trajes, túnicas y zapatillas de seda. También tuvo que elegir telas utilizando las muestras que le había llevado la modista y se decidieron también el resto de los detalles. Nunca había tenido que pasar por todo ese proceso en su país, allí la ropa llegaba a sus aposentos de palacio y todo el mundo esperaba que Leila utilizara lo que le habían hecho sin protestas ni comentarios.

—Van a ser preciosos —le dijo Leila a James cuando este salió de la ducha esa tarde.

Tenían que empezar a prepararse para ir a la cena con sus padres.

—He elegido colores suaves. En Surhaadi casi todas las túnicas eran doradas o plateadas, con…

Notó que James estaba distraído y se calló.

—¿Qué me pongo para esta cena con tus padres?

—Lo que quieras, algo que te resulte cómodo.

La respuesta de James no le servía de mucho.

Podía notar que estaba tenso y no le extrañó, ella se había sentido así durante toda su vida.

Leila decidió ponerse su túnica dorada y abrochó ella misma los pequeños botones que tenía en la parte trasera, una tarea que siempre había hecho su doncella.

James trató de no mirar a Leila mientras luchaba con los botones de su túnica. Hacerlo le recordaba esa primera noche, cuando le había bajado él la cremallera del vestido.

—¿Has encargado túnicas con botones en la parte delantera? —le preguntó entonces.

—No, las mujeres de cierta posición social llevan los botones en la parte trasera y no tienen que abrochárselos ellas mismas. Tenerlos delante es propio de la gente común —respondió Leila mientras miraba a James.

Acababa de salir de la ducha y vio que aún tenía algunas gotas de agua en la espalda.

Al ver que sacaba del armario su camisa para ponérsela, le entraron ganas de tomar su toalla y secar su espalda. También quería besar esos hombros que parecían tan tensos esa tarde, pero se limitó a observarlo mientras se ponía la camisa y buscaba después una corbata.

—No te has afeitado —comentó Leila.
James le había dicho que iba a hacerlo.
—Y tampoco me he cortado el pelo —replicó él.
Vio que Leila lo miraba con el ceño fruncido, sin entender su contestación.
—Ya verás por qué.
Mientras el chófer los llevaba a casa de los padres de James, ella trató de hablar para llenar el silencio.
—Estoy pensando que tal vez debería tratar de llamar a mis padres —le dijo Leila—. Aunque estoy segura de que ya me habrán repudiado.
—Yo sueño con que un día también mis padres me repudien a mí… —repuso él mientras miraba por la ventanilla el paisaje que iban dejando atrás—. Lo siento. Ese comentario ha sido muy insensible.
—Bueno, a veces lo eres —contestó ella con una sonrisa—. Me gusta eso de ti.
—¿Por qué?
—Porque siempre dices lo que piensas.
—Bueno, creo que eres la única a la que le gusta que sea así.
James tomó el teléfono de Leila y ella le dio el número del palacio. Después, buscó en Internet el prefijo internacional para Surhaadi y lo grabó todo en su agenda de contactos.
—Ahí lo tienes, para cuando estés lista para llamarlos.
—Es en su salita privada donde tienen el teléfono —susurró ella.
No pudo evitar recordar la última vez que estuvo en esa habitación. Supo en ese instante que quizás no fuera a ser nunca lo bastante valiente como para llamarlos.
Pero era un consuelo ver que al menos podía hacerlo si quería.
—Bueno, ya estamos aquí —le anunció él cuando llegaron a la casa de sus padres.
Recordó entonces lo mal que se sentía cada vez que volvía a casa cuando tenía vacaciones en el internado. Estaba seguro de que iba a ser una noche muy complicada.
Tomó la mano de Leila y fueron andando desde el coche a la puerta principal.
Cuando entraron y pudo presentársela, fue una vez más consciente de la increíble serenidad y belleza de esa mujer y sintió también orgullo al poder presentarla como su novia.
—Esta es mi prometida, Leila.
Vio cómo su padre le tendía la mano. Leila dudó un segundo antes de aceptarla, pero lo hizo.
—Te presento a mi madre, Emily.
—Es un placer conocerte —le dijo Leila.
Su madre asintió con la cabeza, pero no le ofreció su mano, estaba

demasiado ocupada aferrándose a su copa de vino.

—Y este es mi hermano Spencer.

Su hermano le tendió la mano y Leila se tocó el corazón con la suya.

—Eso significa que no quiere darte la mano, Spencer —bromeó James sonriendo.

Estaba seguro de que no iba a poder volver a sonreír en toda la noche.

—Veo que te has afeitado muy bien —le dijo Michael a su hijo James con sarcasmo mientras pasaban todos al salón.

—Es una cena familiar —le recordó James a su padre.

Declinó el whisky que le ofrecía, era lo que solía beber, y pidió un vaso de agua mineral.

Leila vio que el padre de James ponía los ojos en blanco al oírlo.

—No te preocupes, padre. Aunque haya pedido agua en vez de whisky es no me hace menos hombre —comentó James mirando después a Leila—. Al parecer, los hombres de verdad solo beben whisky.

Leila se dio cuenta de que las críticas de Michael hacia James eran constantes e implacables. Le hizo recordar la situación que tenía ella en casa. Le hizo un guiño a James cuando su padre lo llamó Pepito Grillo y vio que su gesto le había pillado por sorpresa, pero no tardó en responderle con otro guiño.

Pero no tardó en ver que no podía hacer nada para aliviar o mejorar la situación.

—Al menos podrías haberte cortado el pelo —comentó Michael mientras le daba una palmada en la nuca—. Sobre todo ahora que sales tan a menudo en la prensa.

Fueron a sentarse a la mesa para cenar. Le parecía increíble que el padre de James hiciera esos comentarios para humillarlo.

—No me visto para la prensa del corazón.

—No, parece que casi te desnudas para ese tipo de prensa —replicó su padre.

James le lanzó a su padre una mirada de advertencia, pero el hombre la ignoró por completo.

—Bueno, tengo que reconocer que al menos has reaccionado como debías ante el lío en el que te metiste tú solo —comentó Michael haciendo referencia al embarazo de Leila—. Me alegra ver que, por una vez, estás haciendo lo más responsable para respetar el buen nombre de la familia Chatsfield.

Esa vez, James no le hizo una advertencia con su mirada. No le gustaba que su padre hablara así delante de Leila ni que sugiriera que solo se casaban porque ella estaba embarazada. Le pareció que había ido demasiado lejos. Era la verdad, pero no soportaba que lo insinuara otra persona.

Creía que lo último que necesitaba Leila era oír ese tipo de cosas.

—No creas ni por un momento que Leila y yo nos casamos por amor al buen nombre de los Chatsfield —se defendió James.

—Solo estoy diciendo que me gusta ver que, por una vez, te estás comportando como tienes que hacerlo.

—Siempre me comporté bien. Fui el hijo perfecto durante dieciocho años…

—Y una vergüenza para la familia durante los siguientes diez años —lo interrumpió su padre.

—Al menos me lo he pasado bien —repuso mientras tomaba un sorbo de su agua.

En ese momento, habría dado cualquier cosa por tener a mano un trago de whisky. No entendía por qué había tomado la decisión de no beber hasta que naciera el bebé. No se veía capaz de soportarlo.

El resto de la cena transcurrió algo más tranquila.

Leila estaba haciendo gala de modales exquisitos, incluso con el servicio, pero James no pudo reprimir una sonrisa cuando, en un momento dado, su prometida llamó a una de las doncellas y le ordenó que se llevara su comida y le sirviera otro plato, esa vez sin carne.

—¿Es vegetariana? —le preguntó Emily a James con el ceño fruncido—. ¿Cómo no nos lo dijiste?

—No, no soy vegetariana —intervino Leila—. No es culpa de James. Lo he hecho porque no me gusta la forma en que el cocinero ha preparado la carne. Eso es todo.

James sonrió de nuevo.

Pero, por otro lado, esa cena le estaba dando una nueva perspectiva de su situación.

Había estado observando a su madre. Tenía una expresión distante, como si estuviera ausente, y no había dejado de beber vino. Era una mujer a la que las circunstancias la habían obligado a estar con alguien con quien no quería estar. James detestaba profundamente la farsa que era el matrimonio de sus padres. Y todo porque ninguno de los dos tenía las agallas de dejar al otro.

Pero Leila sí las tenía.

Se preguntó si de verdad la estaba obligando a aceptar la situación en la que se encontraban, pero llegó a la conclusión de que sus circunstancias eran distintas.

Él respetaba a Leila y se preocupaba por ella. Lo estaba haciendo por el bien de su hijo.

Aun así, después de pasar esa noche con su familia, empezaba a tener ciertas dudas sobre lo que le estaba haciendo a Leila.

Quería salir de allí cuanto antes y volver a la farsa que era en cierto modo la relación que tenía con Leila. A pesar de todo, se sentía con ella a solas mucho mejor que en casa de sus padres.

Se levantó en cuanto se terminó su taza de café.

—Bueno, nosotros ya nos vamos.

—¿Ya?

—Sí, Leila está cansada —les dijo James.

—No vuelvas a utilizarme como excusa —le advirtió Leila mientras volvían al hotel.

Pero James no le hizo caso y ella volvió a insistir en cuanto entraron en su suite.

—Como te dije antes, no vuelvas a utilizarme a mí o al bebé como excusa. Solo porque tu padre es un vil…

—¡Oh, por favor! —le interrumpió James—. No me digas que no puedo al menos sacar algo de provecho de esta situación. Después de verme de repente con una prometida embarazada, ¿no puedo al menos aprovechar esa circunstancia para irme cuanto antes de la casa de mis padres?

—Así que esa es la única ventaja de esta situación, ¿no?

—Bueno, ya me gustaría tener además la ventaja de poder…

James se detuvo sin terminar la frase, pero no lo hizo lo bastante pronto como para Leila no entendiera lo que había estado a punto de decir.

—¿No decías que querías empezar de nuevo? ¿Salir conmigo? —le preguntó Leila—. Pensé que íbamos a ir poco a poco.

Fue hacia el cuarto de baño resoplando y se quitó el maquillaje. Cuando salió, James ya se había desvestido y estaba en la cama.

Fue hacia allí y se metió también en la cama. Seguía enfadada.

—Lo siento —le dijo James—. Mis padres siempre sacan lo peor de mí.

—Lo entiendo —repuso Leila con sinceridad.

También ella perdía los estribos con su propia familia.

Entendía perfectamente a James.

Recordó entonces la noche en la que todo estalló por los aires y la discusión que había tenido con su madre. Después de aquello, había tomado la decisión de irse a vivir a un país extranjero. Había cambiado por completo su vida desde entonces.

Y lo había encontrado a él.

James la abrazó y ella dejó que lo hiciera. Sintió que besaba la parte superior de su cabeza y le entraron ganas de decirle que, a pesar de todo, nunca había sido tan feliz. Pero, por otro lado, también en ese momento de su vida se sentía más triste que nunca.

Nunca había sentido tanto ni tantas cosas tan distintas.

—¿Siempre son así de críticos contigo? —le preguntó Leila.

—Siempre —respondió James—. En realidad, lo de esta noche ha sido bastante moderado.

—Tu madre apenas ha hablado —comentó Leila.

—Ni siquiera ha tenido la oportunidad de hacerlo. No quiero tener nada que ver con ellos, Leila, pero es una familia complicada y, lo quiera a no, sigo viéndome una y otra vez metido en sus asuntos y disputas familiares —le confesó James cerrando los ojos.

Todos estaban insistiéndole para que accediera a organizar una gran boda en el hotel Chatsfield. La proposición de matrimonio había sido tan espectacular y pública, que les extrañaba que quisieran un evento discreto.

Leila podía sentir la tensión en la que estaba James y no le gustaba verlo así. Recordó cómo ella también se había sentido así y cómo él había conseguido calmarla durante su primera noche juntos.

Pero estaba muy asustada. No sabía si quería volver a entregarle esa parte de sí misma. Se había sentido también muy vulnerable, James había conseguido que gritara su nombre, que admitiera que lo quería y no sabía si podía volver a pasar por eso.

Porque, muy a su pesar, había tenido que admitir que era verdad, lo amaba.

Ese hombre le había robado el corazón y lo iba a tener siempre.

Pero prefería que él no lo supiera.

Aun así, nunca podría olvidar lo que había hecho por ella y quería hacer algo por él.

Recordó cómo le había quitado ella misma el preservativo para besarlo después íntimamente. Se había sentido entonces muy poderosa, había sido increíble ver cómo llevaba a James hasta el borde del clímax.

Creía que podía hacer eso de nuevo sin entregarle su amor.

Bajó la mano por el estómago de James hasta sentir su pene bajo los dedos.

—Leila… —susurró él a modo de advertencia.

Su piel era tan suave como la ropa interior de terciopelo de Jasmine, la que se había puesto Leila aquella noche. Pero lo que estaba tocando en esos momentos no era una tela, sino algo vivo que crecía bajo la palma de su mano. Comenzó a besar su fuerte torso mientras bajaba lentamente por él.

—Leila, no estás dormida, ¿verdad? —le preguntó James sorprendido al ver que Leila seguía bajando por su anatomía.

—No —contestó Leila echándose a reír.

Se estremeció al sentir su aliento contra la piel.

—No estarás teniendo un sueño erótico, ¿verdad? No quiero tener que explicarte por la mañana lo que está a punto de pasar —añadió.

Leila volvió a reír mientras negaba con la cabeza.

Comenzó a besarlo entonces íntimamente.

Le encantaba notar cómo crecía. James trató de tocarla, pero ella apartó su mano.

Lo lamió como había hecho esa noche hasta que estuvo completamente erecto. Supuso que ya no aguantaba más la presión porque, cuando ella por fin lo tomó en su boca, James gimió ante el alivio temporal que le producían sus labios. Llevó entonces las manos a su cabeza, urgiéndola para que lo tuviera más dentro de ella.

Pero se disculpó y quitó enseguida las manos.

Leila tomó su mano y la llevó de nuevo a su cabeza. Prefería que James pudiera guiarla, quería saber lo que le gustaba y, por otro lado, necesitaba también tener ese contacto.

Al principio, había decidido hacerlo como un regalo para él, pero el juego estaba excitándola más de lo que habría creído posible. Podía sentir la humedad entre sus piernas y una oleada de calor recorría cada centímetro de su cuerpo.

Anhelaba tenerlo dentro, mover hacia él sus caderas, pero lo de esa noche era solo para él.

Utilizó su boca y su lengua. Cada vez con más intensidad. No tardó en notar que James se acercaba al clímax. Recordó cómo había sido tenerlo dentro de ella en ese momento de intenso placer.

Le estaba costando trabajo controlar su propio cuerpo, no podía dejar de pensar en las sensaciones que había sentido cuando James le había hecho lo mismo a ella. Pero, por ese día, el recuerdo iba a tener que ser suficiente para ella.

Sintió cómo ella misma alcanzaba el clímax cuando James por fin estalló en su boca. Fue excitante saborearlo y tragar su esencia. No quiso admitir que ella también había disfrutado, su intención había sido hacerlo solo por él, no para alcanzar además su propio placer.

—Que conste que solo ha sido un hecho aislado —le advirtió Leila mientras volvía a sus brazos—. Por haber tenido que enfrentarte esta noche a tu familia.

James sonrió al oírlo.

—¿Sí? Entonces, creo que voy a llamarlos ahora mismo para decirles que iremos desayunar —bromeó él.

Leila tenía que reconocer que no le habría importado.

Capítulo 10

James siempre había odiado la primavera. Para él siempre había significado el fin de la temporada de esquí, pero ese año estaba siendo distinta para él. Estaba disfrutando mucho de esa estación, aprovechando para pasar mucho tiempo con Leila e ir conociéndola mejor.

El cajón en el que Leila guardaba su dinero fue llenándose más y más. Era surrealista que toda una princesa trabajara a escondidas en ese restaurante, pero a la gente le gustaba y cada vez tenía más admiradores.

Durante el día, parecía feliz, pero por las noches… James no soportaba sus lágrimas. Había decidido que iba a hacer todo lo posible para resolver las cosas y que pudiera estar tranquila, pero estaba descubriendo que, aunque tenía un profesor con mucha experiencia, no era nada fácil aprender árabe.

Después de tres semanas de clases, solo sabía el alfabeto y algunas frases sencillas.

—¿Acaso pensabas que podrías hablar con fluidez en cuestión de semanas? —le preguntó Nadir una tarde.

—Siempre se me dieron bien los idiomas —repuso James—. Pero siento que no avanzo nada.

—Lo harás si persistes —le aconsejó su profesor—. La próxima semana me voy de viaje, pero te he dejado bastante trabajo. ¿Por qué no tratas de practicar lo que sabes con Leila?

James sacudió la cabeza. Estaba tratando de demostrar lo que podía hacer, no quería que Leila se riera de él. Era algo que siempre le había preocupado. Recordaba lo duro que había sido estar siempre a la altura de lo que su padre esperaba de él. Si le escribía una tarjeta de Navidad y a su progenitor no le gustaba la letra, le imponía horas de práctica para que mejorara su manera de escribir. Había hecho lo mismo para que aprendiera Francés o Matemáticas. Michael Chatsfield parecía creer que los niños debían nacer ya trilingües.

—Me gusta mucho cómo te has peinado —le dijo James a Leila esa tarde cuando volvió a la suite.

Se había hecho ondas en el pelo y un recogido. Aunque solo llevaba puesta una toalla, ya estaba maquillada. Iban a salir esa noche y no podían llegar tarde, aunque aún no le había dicho a Leila adónde iba a llevarla.

—¿Qué tal tu día? ¿Mucho trabajo? —le preguntó Leila.

—Muy frustrante —repuso James mientras se desnudaba rápidamente para ducharse.

Leila se preguntó si se estaría refiriendo a la falta de sexo porque, desde aquella noche, no había pasado nada más. Porque ella no quería.

Tenía que reconocer que James estaba respetando su decisión y no la presionaba.

Pero ella empezaba a temer por qué no parecía necesitar acostarse con ella.

No le gustaba ver cómo se desnudaba rápidamente e iba directo a la ducha cada vez que volvía a la suite tras el trabajo. Estaba empezando a pensar que lo hacía para borrar de su piel el perfume de otra mujer.

Tampoco sabía por qué eso debía sorprenderle. Después de todo, James era un hombre conocido por sus aventuras amorosas que se había visto forzado a contraer matrimonio con ella.

Él mismo le había contado que provenía de una familia donde las infidelidades eran el pan de cada día.

James se sobresaltó al ver que Leila entraba en el baño mientras se duchaba. Parecía muy enfadada.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Leila tardó unos segundos en contestar.

—No estés con otras mujeres.

—¿A qué viene eso, Leila?

—Tengo muy buena nariz, James.

—Tienes una nariz preciosa —repuso él—. Igual que nuestro bebé.

—No cambies el tema.

Se preguntó si debía decirle la verdad, confesarle que estaba tratando de aprender árabe para poder hablar con su padre, para tratar de mejorar las cosas entre Leila y su familia, contarle que lo que olía era el fuerte perfume que usaba Nadir. Pero no le dijo nada. Empezaba a pensar que no iba a ser capaz de aprender árabe y no quería que Leila supiera que su esfuerzo había sido un completo fracaso.

—Nunca te engañaría, Leila —le dijo con sinceridad—. Después de ver a mis padres el otro día, solo sé que no quiero un matrimonio como el de ellos.

—¿Por qué te has metido corriendo aquí para ducharte?

—Ya sabes que vamos a salir esta noche y que no podemos llegar tarde —le dijo—. Así que métete aquí conmigo o sal del baño, por favor.

Sus palabras consiguieron que se fuera enseguida.

Cuando salió del baño, Leila se había puesto una de sus nuevas túnicas. Era de color malva.

—Estás impresionante.

—Gracias.

La verdad era que se sentía muy guapa. Tenía muchos trajes en su vestuario, casi todos de colores claros que le sentaban mucho mejor que los que solían hacerle en Surhaadi. Por fin sentía que volvía a ser ella misma.

James también estaba muy guapo. Incluso se había afeitado. Se le acercó por detrás y se miraron en el espejo.

—Estoy planeando algo, Leila —le dijo James—. Y lo hago por tu bien. Así que, cuando no te digo dónde estoy o qué estoy haciendo, es por eso. No pienses que te estoy engañando si prefiero no decirte dónde he estado. Si me obligas a contártelo todo siempre, solo vas a tener regalos aburridos y ninguna sorpresa.

Sus palabras la tranquilizaron un poco.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó Leila una vez más.

«A la cama», habría querido decirle James.

—Es una sorpresa.

—¿Estoy demasiado vestida para la ocasión?

—¿Puede una princesa ir «demasiado vestida»? —repuso él mientras la miraba de arriba abajo.

Podía notar que sus pechos habían crecido de tamaño y se moría de ganas de tocarlos. Su estómago cada vez se abultaba más y le encantaba ver cómo crecía esa curva de su cuerpo.

Deseaba tanto tocarla…

Leila deseaba tanto que James la tocara…

—Vámonos —le dijo James—. No podemos llegar tarde.

Su conductor los dejó frente al auditorio del Lincoln Center y Leila seguía sin saber qué hacían allí.

Pasaron a un salón y fueron a un elegante bar, donde pidieron sus bebidas, dos aguas minerales.

—Esto solo lo hago por ti, por nadie más —le dijo él.

—¿El qué?

—Renunciar al alcohol y venir a este sitio.

—James, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Bebiendo agua con toda esta gente a nuestro alrededor?

A James le encantaba verla tan perdida, saber que todo era nuevo para ella.

—Vas a ver a la Orquesta Filarmónica de Nueva York —le anunció James—. Y creo que te va a encantar.

James tenía razón. Le encantó.

Siempre le había gustado componer, pero el placer de estar allí sentada y poder escuchar a todos esos músicos, muchos con instrumentos que nunca había escuchado… Fue una experiencia mágica, inolvidable.

A James le encantó ver cuánto estaba disfrutando Leila. Nunca había pensado que la música pudiera tener tanto atractivo para él. No se cansaba de mirarla, podía sentir su emoción. De vez en cuando, Leila buscaba su mano y la apretaba. Nunca le había dado a nadie una sorpresa que hubiera sido mejor recibida.

—Me ha encantado —le dijo Leila mientras salían—. He disfrutado tanto…

—Me alegro porque va a haber muchos más —repuso él mientras sacaba un sobre y se lo daba—. Ábrelo. Es un abono de temporada —le explicó—. Puedes venir a tantos conciertos como quieras y también puedes asistir a los ensayos. Aunque no creo que te dejen participar.

—Bueno, a lo mejor algún día podré hacerlo.

—No lo sé —le dijo James con sinceridad—. Nunca te he oído tocar.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? —le preguntó Leila mientras se metían esa noche en la cama.

—Porque soy así de bueno —le contestó James—. Y tú también lo eres.

—Pero soy muy antipática y maleducada con las criadas.

—Sí, pero estás mejorando.

También su relación estaba mejorando. Sentía que estaba más cerca de él cada día y, por las noches, le costaba cada vez más contener lo que sentía en su corazón, no ceder al amor que sentía por él y pedirle que, en vez de siete años, le prometiera un matrimonio de siete décadas.

Todavía lloraba dormida y una mañana de sábado, cuando ya estaba de dieciocho semanas, James por fin le preguntó por qué le pasaba.

—¿Qué es lo que sueñas? —le dijo mientras la tenía en sus brazos.

Nunca se lo había dicho a nadie. Pero la pregunta de James no le pareció entrometida ni impertinente.

—No tengo siempre el mismo sueño, pero todos hacen que me sienta igual —le dijo Leila—. Esta noche, por ejemplo, soñé que estaba en un picnic. Mis padres están contentos, riendo, yo tengo unos siete u ocho años y también están allí mis hermanos. Todos estamos riendo y charlando, pero me doy cuenta de repente de que no me oyen. Están hablando entre ellos como si yo no estuviera allí. Empiezo a gritar, pero ellos siguen hablando y riendo. Tiro un vaso de cristal y ni siquiera miran en mi dirección. Entonces, me pongo a gritar y llorar…

Se quedó en silencio unos segundos.

—Y entonces es cuando apareces tú y me abrazas —prosiguió Leila.

Ni sabía si era un sueño o un recuerdo de algo vivido. Pensó entonces en su infancia, en cómo se había pasado mucho tiempo observando desde su ventana a su madre y a Jasmine paseando felices por los jardines.

—Leila, no esperes tanto.
—¿Cómo?
—La próxima vez que tengas ese sueño, en cuanto te des cuenta de que no te oyen, acércate a mí para que te abrace.

Capítulo 11

James esperó a que Leila se fuera a trabajar para llamar a Manu.

—Hola —la saludó en cuanto contestó—. Quería saber si podrías venir a Nueva York, reunirte conmigo y ayudarme con los padres de Leila.

—Está claro que necesitas ayuda.

—Sí, por eso quiero que te metas en un avión tan pronto como sea posible.

James no soportaba que Leila se despertara llorando cada noche. Sabía que había sido lo bastante infeliz como para irse de casa, pero le dolía que él pudiera haber sido el que había causado una ruptura irremediable entre Leila y su familia, tanto como para que no quisieran siquiera tener nada que ver con el bebé.

No era experto en interpretación de sueños, pero le parecía claro que Leila estaba preocupada al ver que su familia le había dado de lado. Quería hacer todo lo posible para arreglar las cosas.

—He estado estudiando árabe para poder pedirle disculpas a su padre —le contó a Manu.

—No es solo el idioma lo que necesitas saber, James.

—Eso lo entiendo.

Lo último que necesitaba era que Manu le sermoneara. Estaba a punto de decírselo cuando se abrió la puerta y Leila entró en la suite.

—Te volveré a llamar más tarde —le dijo James.

—No hace falta. Voy a buscar billete. Puedo llegar mañana y quedarme dos días, pero no te garantizo que te vaya a ayudar. Por ahora, solo estoy dispuesta a reunirme contigo y hablar de la situación. Te mandaré la información del vuelo.

—Lo siento. ¿Te he interrumpido? —le preguntó Leila cuando James colgó el teléfono.

—No, por supuesto que no —replicó él algo cortante—. Estaba vendiendo unas acciones…

Leila sabía que le estaba mintiendo, había oído la voz de una mujer al otro lado de la línea. Además de olfato, también tenía muy buen oído.

—¿Cómo es que no estás en el trabajo? —le preguntó James.

—El músico que va por las noches me ha pedido que le cambiara el turno. Así que hoy trabajaré de noche.

—Pero no quiero que…

James se detuvo antes de terminar la frase. Sabía que él no era nadie para decirle cuándo y cómo tenía que trabajar ni lo que podía hacer o no. Sobre todo cuando sabía que le encantaba ese trabajo. No quería coartarla cuando Leila parecía estar empezando a encontrarse a sí misma.

Pensó entonces que tampoco él era nadie para obligarla a casarse con él.

Tenía la esperanza de que hubiera cambiado de opinión y que quisiera hacerlo.

—Bueno, si eso es lo que quieres hacer —le dijo James al final.

—Sí. Además, parece que los dos necesitamos tiempo a solas para poder hacer llamadas telefónicas en privado y esas cosas.

A James no se le pasó por alto la acusación en sus palabras. La miró con una sonrisa mientras Leila entraba resoplando al baño. Siempre seguía las mismas rutinas. En cuanto llegaba a la suite, iba directa al baño para desmaquillarse. Se acercó a mirarla mientras se limpiaba los ojos. Apenas podía controlar su enfado.

Aunque no tenía razón para estarlo, le quedó claro que estaba celosa.

Trató de mirarla a los ojos en el espejo, pero ella lo estaba ignorando.

—Leila… —susurró James deslizando una mano alrededor de su cintura.

Pero ella se apartó y él se sentó en el mostrador de mármol, mirándola mientras seguía quitándose el maquillaje.

—Estaba hablando con una mujer por teléfono, pero no tengo nada con ella, Leila —le dijo entonces—. Eres la persona más insegura que he conocido.

—No soy insegura, James —protestó ella.

—Trata al menos de confiar en mí.

Leila suspiró. Sabía que tenía razón, que debía confiar en él, pero le daba miedo hacerlo. Quería creer que James no solo estaba con ella por el bebé. Quería creer que, de alguna manera, su matrimonio podría funcionar.

Y también quería decirle que lo amaba.

James le entregó otra toallita y ella la aceptó.

—Soy tu asistente desmaquillador personal —le dijo James.

Vio que Leila se tenía que esforzar para no sonreír. Le gustaba estar en el baño con ella, aunque solo fuera para ver cómo se limpiaba la cara. Tomó su crema hidratante y puso un poco en sus dedos.

Leila miró sus dedos de reojo. Recordó cómo James le había limpiado los labios la noche que se conocieron. Pero prefería no pensar en ese momento de debilidad. Por eso ignoró la crema que le ofrecía y usó directamente el frasco de loción hidratante.

James no se lo tomó como algo personal. Bajó los ojos y vio las pastillas anticonceptivas en el neceser.

—¡De poco sirvieron! —comentó mientras las sacaba de la bolsa de aseo—. Leila, ¿de dónde sacaste estas pastillas? —le preguntó frunciendo el ceño.

Leila tardó unos segundos en contestar. Aunque había muerto, no quería dañar la reputación de Jasmine.

—Me las dio un médico.

—Sí, pero ¿cuándo fue eso?

—No lo recuerdo.

—Caducaron hace años…

James no entendía nada. Miró de nuevo la fecha creyendo que se había equivocado. La caducidad era de hacía más de una década.

—¿Cómo?

Le entregó el paquete y señaló la fecha. Leila frunció el ceño.

—Los medicamentos caducan, igual que los alimentos —le explicó James—. Este anticonceptivo ya no es eficaz.

Leila se sentía tan estúpida y avergonzada… Estaba segura de que estaba enfadado con ella.

—No lo sabía —susurró ella aterrada—. Me equivoqué…

—Está bien, no pasa nada —le dijo James.

La creía. Conociéndola, no le extrañaba que no lo hubiera sabido, pero le sorprendió ver que se le llenaban los ojos de lágrimas. Leila lloraba cada noche, pero rara vez revelaba sus emociones durante el día.

—No pasa nada, no estoy enfadado. Entiendo que fue un error —le aseguró con una sonrisa—. Aunque es un error que solo tú podrías cometer.

Se arrepintió de sus últimas palabras al ver que se echaba a llorar desconsolada.

—Eran de Jasmine —le confesó Leila sollozando—. Pertenecían a Jasmine. Se las escondí en mi dormitorio.

—¿Hablas de tu hermana? ¿La que murió?

Leila asintió. Nunca le había dado detalles sobre lo que pasó. Había supuesto que le dolería hacerlo.

—¿Hace cuánto tiempo que murió?

—Hace dieciséis años.

Había imaginado que no habrían pasado más de dos años. Recordó horrorizado que Leila le había dicho que su madre no había sido capaz de mirarla desde entonces. Dieciséis años eran muchos años siendo ignorada por sus propios padres. James la sacó del baño y la llevó sin soltarla hasta el salón para que pudiera sentarse.

—Jasmine tenía un arcón que yo le escondía en mi armario. Me fui de Surhaadi después de tener una horrible pelea con mi madre. Decidí

demostrarle que Jasmine no había sido tan buena como pensaban. Pero, después, al ver sus cosas, decidí irme de allí y usar su ropa, sus zapatos, su maquillaje… Era lo que llevaba puesto cuando nos conocimos. Estaba tratando de ser ella…

Se quedó callada esperando el sermón de James, esperando que le dijera que había sido muy tonta. Era a lo que estaba acostumbrada. Pero, cuando le habló, no le pareció que estuviera enfadado.

—Vaya… —susurró James con una sonrisa que le sorprendió—. ¿Así que lo hice con el fantasma de Jasmine?

Le parecía increíble que pudiera hablarle de un tema tan doloroso y no hacerle daño.

—No —le confesó Leila—. Dejé de intentar ser como ella cuando te conocí.

James le secó una lágrima que tenía en su mejilla.

—Cuando pienso en esa noche, me aterroriza lo que te podría haber ocurrido si yo no hubiera estado allí —le dijo James con emoción en la voz—. Porque, a pesar de lo que todos piensan, cuidé de ti esa noche, ¿verdad?

—Sí. Lo hiciste —repuso Leila—. Pero no fuiste tú porque estuvieras allí, solo podrías haber sido tú. Cuando entré en ese bar, me di cuenta de estaba haciendo una locura. Iba a irme. Pero entonces te vi. De no haber estado tú allí, me habría vuelto corriendo a la suite, me habría quitado esa ropa y habría vuelto al palacio con mis padres —le confesó—. Pero no tuve que hacerlo. Te vi y fui hacia ti.

—Me alegra oírlo —le dijo James sonriendo—. Ahora estoy más tranquilo.

—Sí, pero fui ya la que provocó este desastre…

—¿Qué desastre? —le preguntó James—. Lo mejor que me ha pasado en la vida fue que tú entraras en ese bar.

Era algo que, hasta ese momento, ni siquiera había admitido él mismo.

—Esa noche creamos una vida nueva y, aunque he tardado en hacerme a la idea, no me parece que esto sea un desastre. Vas a ser una madre increíble y yo haré lo que pueda para ser un buen padre. Nunca me he tomado nada más en serio en toda mi vida. Y te prometo que arreglaré las cosas con tus padres.

—No puedes, James. No me prometas algo que no puedes cumplir. Quiero llamar a mi madre, pero me da miedo que no quiera saber de mí ni de mi hijo. A lo mejor si tengo una niña y la llamo Jasmine…

—Bueno, será mejor que no tomemos aún ninguna decisión al respecto —repuso él.

Después de saber cómo había sido su hermana, no le gustaba ese nombre para el bebé.

—Trataré al menos de no empeorar las cosas con tus padres. Lo que

sí te prometo es que nunca te voy a engañar con otra mujer. ¿Me crees?

Quería creer que ese hombre tan maravilloso la deseaba y que podía llegar a tener amor en su vida.

—Lo intentaré.

—¿Hago el mejor discurso de mi vida y recibo una respuesta tan tibia como esa? —protestó sonriendo—. Bueno, supongo que lo acepto por ahora.

Leila se echó la siesta mientras James jugaba en la bolsa. De vez en cuando miraba hacia donde estaba ella durmiendo. Cuando vio que eran ya las cinco, la llamó por su nombre.

—Leila, tienes que irte al trabajo.

—Lo sé —repuso ella despertando.

—Sé que te sonará muy machista, pero no quiero que trabajes por la noche. No porque no quiera que trabajes por la noche, sino porque…

—Lo sé —repuso ella sonriendo—. Yo tampoco quiero ir.

Prefería quedarse allí con él.

—¿No puedes llamar y decirles que te encuentras mal?

—No. No puedo hacerles algo así —le dijo Leila—. Pero la verdad es que estoy pensando en decirles que dejo el trabajo. Me gustaría tocar allí de vez en cuando, pero quiero aprovechar el abono de temporada que me diste para ver los ensayos de la Filarmónica.

Fue el mayor cumplido que Leila le podía hacer. Le encantó ver que esa princesa tan independiente confiaba en él lo suficiente como para dejar que se hiciera cargo de ella.

—Diles que esta es tu última noche —le pidió James.

Se dio cuenta de que, si quería oírla tocar, iba a tener que pasarse esa noche por el restaurante.

James se acostó un rato en la cama mientras Leila se duchaba. Cuando salió del baño, se secó frente a él. No le dio la espalda y él no dejó de mirarla. Después sacó su ropa interior de la cómoda y se la puso.

También se maquilló frente a él.

James siguió observándola.

Leila se acercó al armario, sacó una de sus túnicas y se la puso.

—¿No vas a ofrecerme tu ayuda con los botones?

—No.

—¿Me ayudas con los botones? —intentó ella de nuevo.

Leila se acercó a la cama, se puso de espaldas a él y sostuvo en lo alto su cabello.

—¿Por favor? —sugirió James mientras se sentaba en el borde de la cama para ayudarla.

—Por favor —le dijo por fin Leila.

Le dio un beso en la espalda por cada botón que iba cerrando y

Leila sintió que comenzaban a temblarle las piernas cada vez más, con cada uno de sus cálidos besos. James la atrajo hacia su regazo para abrocharle los últimos botones, los del cuello. Cuando terminó, no la hizo girar para besarla, sino que la atrajo más hacia él, con su poderoso muslo entre las piernas de Leila mientras besaba su cuello.

Quería darse la vuelta, pero James sostenía sus caderas con las manos mientras recorría su cuello con la lengua y los labios. Podía escuchar su respiración entrecortada mientras la apretaba de nuevo contra él.

—Voy… Voy a llamar… Les diré que estoy enferma… —susurró Leila.

—No, no puedes avisarlos tan tarde —le dijo James mientras la apartaba de él.

Leila se puso de pie, pero no lo miró a los ojos. Se puso el velo y se fue sin preguntarle qué iba a estar haciendo James durante su ausencia.

Los dos sabían lo que iba a pasar esa noche.

Leila le dijo al dueño del restaurante y a Habib que esa sería su última noche tocando allí.

Le dijeron que lo sentían, pero que no les extrañaba. No solo porque habían adivinado que era la prometida de James Chatsfield, sino porque creían que tenía tanto talento musical que habían estado convencidos de que terminaría por dejar el restaurante.

La halagaron mucho sus amables palabras.

—¿Vendrás a vernos alguna vez? —le preguntó el dueño.

—Por supuesto —les dijo Leila—. Me encanta comer aquí.

El restaurante estaba muy lleno esa noche.

Comenzó a tocar el arpa. Después de unos minutos y, aunque no levantó la vista, supo que James había entrado en el restaurante. Oyó el murmullo de los comensales al ver a alguien famoso. Pero, aunque no los hubiera oído, su corazón sabía que estaba allí. Por un momento, sus dedos, que nunca dudaban, fallaron en una nota.

James se quedó sin aliento cuando la oyó tocar.

Le ofrecieron una mesa baja en la que había una pipa *shisha* y muchos platos. James se sentó en los cojines y le dijo a la camarera que iba a cenar solo.

Pero no lo hizo, la música de Leila lo acompañó y le habló durante toda la noche.

Sintió que la gente lo miraba a él y después a la bella mujer que tocaba el arpa, adivinando al ver la intensidad con la que la observaba, que debía de ser su prometida.

Se quedó absorto al oír cómo Leila iba contando su historia sobre

las cuerdas del arpa.

Su música le habló del miedo y la confusión que sintió al salir de su país para ir a Nueva York. Después, describió con la música cómo se conocieron. Había una melodía masculina y otra femenina que jugaban a la par, que se complementaban y fortalecían la una a la otra.

Aunque le hubiera parecido imposible, Leila pudo capturar con su música ese primer beso, su primer baile o cuando hicieron el amor.

Se quedó sin aliento al escuchar en su melodía cómo sintió desconcierto y aprensión al saber que un bebé crecía dentro de ella.

Su música hablaba de sus primeros días juntos tras su reencuentro, de cómo se habían ido conociendo, de un futuro esperanzador e incierto al mismo tiempo.

La música terminó bruscamente. Leila levantó la vista y lo miró a los ojos.

Todo el mundo aplaudió con entusiasmo. A Leila nunca la habían aplaudido por su música y era un poco abrumador, pero lo mejor de todo fue cuando salió y James le confesó que creía que se había equivocado.

—Con tu música, podrías ganar suficiente dinero para criar tú sola a diez bebés, Leila. Ha sido increíble.

—Gracias.

—Esa música… Hablabas de nosotros, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Claro que no! —repuso sonriendo—. Debes de haberte excedido con la *shisha*. Mira, ¿ves ese bar? Allí es donde me compro siempre un café después del trabajo para ir a tomarlo al parque, donde me gusta sentarme en un banco, observar a la gente y soñar.

—¿Con qué sueñas?

—Sueño con encontrar mi lugar en el mundo.

—Podríamos ir ahora.

—Es de noche —le dijo Leila.

—Sí, pero no estás sola —contestó James—. Y este puede ser tu lugar en el mundo, Leila.

Sus palabras le hicieron recordar que, a pesar de la gente que vivía en el palacio, siempre había estado sola, pero ya no se sentía así. Caminaron hasta el banco donde solía sentarse, pero al final decidieron tumbarse en la hierba para ver las estrellas.

—Hay tan pocas… —susurró Leila—. En Surhaadi se ven millones.

—Hay millones aquí también —le dijo James—. Pero hay demasiadas luces en la ciudad para poder verlas.

—Eres muy buen maestro. Nunca haces que me sienta estúpida. Me explicas las cosas con mucha paciencia.

James se volvió y la miró.

—¿Echas de menos tu casa?

Leila no lo miró, se quedó con la vista perdida en el cielo. Se preguntó cómo reaccionaría James si le dijera que no echaba de menos Surhaadi porque esa ciudad era ahora su casa, si le confesaba que nunca había tenido tanto afecto ni tanto cariño como los que le había mostrado él durante esas últimas semanas.

—Yo sí echo de menos mi casa —murmuró James—. Tengo un ático a unos diez minutos a pie de aquí. Había pensado que estaríamos más cómodos en el hotel. Con el gimnasio, el restaurante…

—Pero nunca bajamos a comer allí.

—No. Es verdad. Estoy empezando a disfrutar mucho con los desayunos en la cama —le dijo—. Contigo.

—Yo también —admitió Leila.

James se apoyó en su codo y puso una mano en su mejilla.

—Vente a vivir conmigo, Leila. A mi casa.

—¿Quieres vivir conmigo?

—No se me ocurre nada mejor —repuso James.

La besó entonces suavemente y fue Leila la que antes separó los labios para profundizar en el beso. Estaba profundamente enamorada de él, cada vez estaba más segura.

Cuando dejaron de besarse y James se apartó para mirarla a los ojos, le dijo las palabras que tanto había anhelado escuchar.

—Estoy enamorado de ti, Leila.

Sintió tanta emoción al oírlo…

—Y yo te amé desde esa primera noche —admitió Leila.

—Ahora lo sé —le dijo James sabiendo cuánto daño le había hecho —. Cuando vi que no tenías ropa, equipaje ni teléfono, pensé que eras una periodista o alguien que Isabelle había contratado para engañarme…

La mano de James estaba acariciando su pecho y, cuando le dijo lo que había pasado, ella pudo por fin entender mejor lo que había hecho esa mañana. Temía decirle que sus sospechas no habían estado muy desencaminadas, que la nueva novia de Zayn, que además era periodista, había sido la que había descubierto que estaban juntos y la que le había dado la información a la prensa.

Pero no quería decírselo. Aún no.

Estaban enamorados y James la llevaba a casa. De momento, no necesitaban nada más.

Capítulo 12

Entraron en el elegante vestíbulo del edificio donde James tenía su piso.

Leila se quedó ensimismada mirando la enorme lámpara de araña que adornaba la entrada.

Fueron hacia los de ascensores mientras ella miraba a su alrededor. Le encantó ver que tenían jarrones con flores frescas en todas las superficies. No tenían nada que envidiar a los que decoraban el palacio real de Surhaadi.

También le había gustado el barrio donde estaba. Había bonitas tiendas y animados bares y restaurantes. Le encantaba Manhattan.

Entraron en el ascensor y también lo hizo una pareja mayor que no dejaba de discutir casi a gritos.

—Voy a presentarte a los vecinos —le susurró James—. Esther, Matthew, os presento a Leila —les anunció con orgullo en su voz.

La pareja la saludó brevemente. Después, siguieron discutiendo hasta que salieron cuando el ascensor se detuvo en el séptimo piso. Aún no había visto el ático, pero ya le encantaba ese lugar.

James y ella salieron en la última planta y él se giró para dejarle muy clara una cosa.

—Eres la primera mujer que traigo a mi casa —le aseguró.

—Y la última —repuso Leila con seguridad.

No sabía dónde estaba, solo sabía que estaba en el cielo. No tenía prisa por ver todo el piso, ninguno de los dos parecía capaz de contener su deseo y James la llevó directamente a su dormitorio.

La hizo girar para desabrocharle los botones de la túnica. Leila no podía dejar de temblar.

—¿No podrían hacerte vestidos con cremalleras? —le preguntó James con impaciencia.

—Sí.

James le desabotonó el vestido lo mejor que pudo. Contuvo el aliento cuando por fin pudo quitárselo.

—No pienso volver a ponerme calcetines —le prometió James deshaciéndose de ellos mientras ella se quitaba el sujetador.

Después, la hizo girar hacia él. Los dos ya desnudos.

Se besaron y James acarició primero la curva de su estómago y después, esos pechos más llenos y turgentes que tanto había deseado poder explorar de nuevo. Sus dedos fueron familiarizándose poco a

poco con un cuerpo que cambiaba cada día. La besó y acarició después con su boca y su lengua.

Leila gimió cuando por fin se tumbaron en la cama de James, era tan suave como una almohada. Pero ya no pudo pensar en nada más, no cuando estaba chupando uno de sus pezones mientras deslizaba sus dedos dentro de ella.

—James… —susurró.

Se estremeció cuando él encontró muy dentro de su ser un punto sensible que hizo que su cuerpo se tensara con el placer que le estaba haciendo sentir.

Encantado con su respuesta, James separó sus muslos aún más. Leila no dejaba de temblar y siguió acariciándola de esa manera mientras con la boca exploraba su clítoris. No se detuvo hasta que la oyó gemir de placer cuando alcanzó un intenso orgasmo.

Leila se dio cuenta de que había temido volver a hacer el amor con él porque James hacía que se sintiera totalmente a su merced, pero ya no tenía miedo. Sabía que ella era la dueña de su corazón.

—Ponte encima de mí, quiero verte —le susurró James tras darle un beso en la boca.

Y fue increíble darse cuenta de que, desde esa posición, también ella iba a podía mirarlo mientras hacían el amor.

Era solo la segunda vez en su vida que bailaba. La primera también había sido con él, pero en ese momento el baile era completamente distinto. Lo tenía muy dentro de ella.

James estaba agarrado a sus caderas, pero dándole la libertad de moverse a su ritmo, como ella deseara hacerlo. Poco a poco, entendió qué era lo que le gustaba.

Su prometido también era un maestro paciente en la cama y le encantaba que le diera tanta libertad. Era muy excitante tener sus manos en los pechos mientras veía que comenzaba a moverse al ritmo que marcaba ella. Y le encantaba ver cómo la miraba. Hacía que se sintiera muy sexy y le gustó también poder acariciar después sus propios pechos mientras James jugaba con ese maravilloso punto de su sexo donde se concentraban todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Nunca había sentido tanto calor dentro de ella. Apenas podía respirar.

Él comenzó a pellizcar sus pezones y Leila se inclinó hacia adelante, con las manos a ambos lados de su cabeza, acercando sus pechos a la boca de James. Descubrió entonces que su paciencia no era infinita porque agarró con fuerza sus caderas y acrecentó la intensidad y el ritmo de sus embestidas.

James podía sentir lo cerca que Leila estaba del clímax. Conocía a Leila como amante mejor de lo que se conocía ella misma, pero sabía

que eso no tardaría en cambiar, que solo necesitaba un poco más de experiencia. Tal y como había previsto, Leila no tardó en echar hacia atrás la cabeza y arquear la espalda cuando un intenso orgasmo la sacudió de arriba abajo.

Leila no pudo controlar el fuerte grito que escapó de su garganta. Se sentía como si estuviera en la cima de una montaña, como si le faltara el aire mientras James la llevaba hasta un lugar completamente nuevo para ella, un lugar al que solo él podría llevarla.

Se dio cuenta en ese instante de que había salido de su país buscando ser libre. Pero no una libertad para hacer lo que quisiera. Inconscientemente, había estado buscando la libertad que solo podía darle el amor de otra persona. Y ella lo había encontrado en James.

Capítulo 13

Leila por fin supo lo que era pasar una noche sin lágrimas. La primera.

A James le encantó ver la sonrisa que se dibujó en el rostro de su prometida cuando se despertó y miró las espectaculares vistas de Central Park que se veían desde allí. Ante sus ojos estaban el lago, los hermosos árboles y la hierba sobre la que se habían tumbado la noche anterior.

—Espera a ver las vistas en otoño —le dijo James—. Son espectaculares.

—Y ¿cómo es en invierno?

—Maravilloso. Sobre todo cuando nieva por la noche sin que nadie lo espere y ves de repente todo blanco por la mañana.

—¿Sueles tener cenas aquí con tu familia? —le preguntó Leila.

—No. Vinieron cuando lo compré y mi padre me dijo que, si hubiera hablado con él, me podría haber conseguido un precio mejor en otro edificio y también con vistas mejores.

—No puede haber vistas mejores que estas— repuso ella.

—Lo mismo le dije yo.

—¿Te gustaría llevarte mejor con ellos?

—Antes sí. Pero terminé por entender que no merecía la pena perder el tiempo con ellos. Yo no me fui de casa de manera tan radical como tú. Pero, en cierto modo, creo que los dos somos fugitivos —le dijo James sonriendo.

—Me gusta ser una fugitiva, pero me gusta estar aquí. ¿A ti te gustaría mudarte a otro sitio?

—No, pero tendremos que preparar el ático para la llegada del bebé. ¿Quieres que te lo enseñe?

Exploraron juntos su ático. Había estupendas vistas desde todas las ventanas.

—Esta es tu habitación —le dijo James cuando le mostró la cocina.

—Muy gracioso —repuso Leila empezando por fin a captar sus bromas—. Si esperas que cocine yo, te vas a morir de hambre. Y es mejor que no veas cómo friego los platos.

Después de la cocina, James le enseñó una habitación que consiguió emocionarla. Estaba vacía. Solo había un estante con un osito de plata encima. Era lo que le había comprado al bebé donde se hizo con su anillo de compromiso. Para Leila, ese estaba siendo uno de los días más felices de su vida.

Se encargaron de que alguien trasladara todas sus cosas desde la suite del Chatsfield y que después lo guardaran en los armarios. Leila por fin sintió que estaba en casa.

Para James, lo mejor fue comprobar que Leila tampoco lloró durante la siguiente noche.

Durmieron hasta tarde, hasta que sonó el teléfono de James. Era un mensaje. Manu estaba furiosa. Llevaba media hora esperándolo para la reunión que habían acordado.

—Me tengo que ir —le dijo James levantándose deprisa—. Voy a tener varias reuniones en el Chatsfield durante los próximos dos días. Llamaré a Muriel para que venga mañana. Así, hoy estarás tranquila en el ático.

—¿Quién es Muriel?

—La mujer que me ayuda con la casa. Solo viene una vez a la semana cuando no estoy aquí. Pero, ahora que estoy de vuelta, vendrá todos los días. Aunque solo durante una o dos horas.

—¿No tienes cocinero?

—No, hay un montón de restaurantes cerca que sirven a domicilio.

—¿Solo una persona un par de horas al día?

—Sí. ¿Será eso un problema?

—No —repuso Leila sonriendo—. Es maravilloso.

Mientras se duchaba, James pensó en ellos y después, cuando ya se estaba vistiendo, le dijo lo que había estado pensando. Después de dieciséis años siendo ignorada, dudaba que su mal árabe pudiera arreglar nada con sus padres, pero sabía que su hermano estaba tratando de contactar con ella.

—¿Por qué no llamas a tu hermano? Sé que ha estado llamándote —le sugirió—. Entiendo que te enfadaras con él por lo que me hizo, pero la verdad es que ahora lo comprendo mejor.

—No es solo eso —repuso Leila algo nerviosa—. Tengo algo que decirte. A lo mejor te enfadas, pero fue Sophie quien reveló a la prensa nuestros nombres.

—¿Hablas de la esposa de Zayn?

—Sí. Zayn me dijo que tenía buenas razones para hacerlo, algo que tenía que ver con Jasmine. Pero estaba tan enfadada que le dije que no quería seguir hablando con él, que no quería escuchar sus excusas —le confesó ella—. Y me preocupa cómo nos va a afectar esto a nosotros…

—No nos afecta en absoluto —le dijo con firmeza—. ¿Piensas menos de mí después de ver cómo es mi padre?

—No, por supuesto que no.

—A mí me pasa lo mismo con tu familia. No te preocupes por eso.

Leila sonrió aliviada.

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—Lo mismo te digo —repuso James mientras se ponía la corbata—. Pero parece que tenía razón. Isabelle tenía a alguien espiándome.

Se echó a reír sorprendida cuando James se levantó el pantalón de su impecable traje.

—Mira, voy sin calcetines.

James le dio un dulce beso antes irse y ella volvió a recostarse en la cama, mirando desde allí las vistas de Central Park. Sintió por fin que aquel era su lugar en el mundo, que estaba en casa.

James y Manu nunca se habían llevado demasiado bien, pero sabía que ella era la persona adecuada para ayudarlo. Se sentaron a una mesa del restaurante y pidieron el desayuno.

No tardó más de unos minutos en arrepentirse de haberla llamado.

—Leila es feliz y…

—¿Seguro?

—Sí, lo es —insistió James bastante molesto—. Los dos lo somos. Es su familia la que nos da problemas.

—¿Y eso te extraña?

—No se ha llevado bien con sus padres desde que murió su hermana. He pensado que sería mejor tratar de acercar posiciones con su hermano… —comenzó él.

—Prefiero seguir hablando de Leila —lo interrumpió Manu.

Se dio cuenta entonces de cuánto la echaba de menos. Aunque solo llevaba una hora sin verla, necesitaba saber de ella. Además, no quería ser arrogante, prefería asegurarse de que tenía razón.

James: ¿Eres feliz?

Leila: ¡Más feliz de lo que lo he sido nunca!

James sonrió. Se le olvidó que estaba allí con Manu.

James: Ve y mira lo que hay en el suelo del armario.

Leila: ¿Otro regalo?

Leila miró en el armario, pero no había nada especial. Solo una camisa en el suelo que debía de haberse caído.

Pero se dio cuenta entonces de que no se había caído. Estaba usada y arrugada.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. James no había querido lavar la camisa que había llevado esa primera noche… Hundió la cara en ella. Olía a su propio perfume y también al masculino aroma de James.

Leila: ¡Me la acabo de poner!

James: ¡Envíame una foto!

Ni siquiera era consciente de que Manu le estaba hablando.

No era la primera vez que una mujer le había mandado una foto suya en la cama, pero sí era la más inocente.

Aun así, era su favorita. Leila estaba sentada en la cama con la camisa puesta y le sonreía alegremente.

James: Al menos podrías haber desabrochado un par de botones…, protestó él.

—¿Cómo puedes ser tan insolente, James? —le dijo entonces Manu.

James levantó la vista y vio que estaba muy enfadada.

—Tienes razón. Lo siento mucho, de verdad.

No sabía cómo hacerle ver que estaba enamorado, que nunca había sentido nada parecido.

—No eres más que un niño rico que está demasiado acostumbrado a conseguir lo que quiere —repuso Manu.

Le entraron ganas de decirle lo que pensaba de su comentario, pero recordó entonces por qué estaba allí.

—Solo quiero que Leila sea feliz.

—Acabas de decirme hace unos minutos que ya lo era.

Tenía claro que Leila era feliz, pero también era consciente de las cosas que aún le producían mucho dolor.

—Desde que la conociste, no has hecho más que ofender a su familia y su país.

Estaba harto de que lo acusaran de eso. Cuando estaba con Leila, cuando solo eran ellos dos, todo era mucho más sencillo. Pero no se le había pasado por alto que Leila no había respondido a su último mensaje, temía haberla ofendido de verdad esa vez. Algo apesadumbrado, se guardó el móvil en la chaqueta y le dedicó toda su atención a Manu. Lo que le dijo fue aleccionador.

James no la había ofendido con su mensaje. Leila se había reído al leerlo. No pensaba desabrocharse la camisa ni hacerse ese tipo de fotos, pero sus palabras hicieron que se sintiera más fuerte y valiente que nunca. Lo suficientemente valiente como para enfrentarse a cualquier cosa.

Tomó de nuevo su móvil y buscó el número de sus padres en el teléfono. Respiró profundamente y marcó. Se quedó sin aliento al notar que alguien contestaba, pero era una criada.

—Quiero hablar con mi madre —le dijo Leila—. Por favor —añadió al recordar que debía ser amable con el servicio.

Su madre tardó en llegar al teléfono.

Esperó y esperó.

Tanto que empezó a arrepentirse de haber llamado.

—Dice su alteza que usted debe de ser una cruel embaucadora porque ella solo tuvo una hija que murió hace años —le dijo la misma criada mucho tiempo después.

—Dile a mi madre que se ponga al teléfono. Al menos esta vez.

Después, si no quiere hablar conmigo, no la volveré a llamar —repuso cerrando un segundo los ojos.

Tuvo que esperar muchos minutos más. Pero al final su madre se puso al teléfono.

—*Sharmota* —la insultó la reina a modo de saludo.

Después de lo que había pasado, no le sorprendió que la llamara prostituta. Trató de calmarse antes de hablar.

—Madre, por favor. Sé que la situación parece terrible, pero James es un hombre maravilloso y nos vamos a casar. Ya sabes que vamos a tener un bebé. Piensa en ello, será tu primer nieto… Si es una niña la llamaremos…

—Ese maldito bebé bastardo no tiene nada que ver conmigo —la interrumpió la reina.

Algo se revolvió dentro de Leila al oírle hablar así de la criatura que crecía dentro de ella.

—No he llamado porque necesite tu bendición. Solo quería que supieras que estoy a salvo y que me quieren.

—¿Que te quieren? —preguntó la reina Farrah con incredulidad.

—Sí, James me quiere —le dijo Leila—. Me lo ha dicho él mismo.

Estaba tratando de mantener la calmar, pero no podía dejar de temblar.

—¿Te dijo que te quería antes de que le abrieras las piernas como una *sharmota*? —le preguntó su madre—. Porque no te ama, Leila. ¿Por qué iba a amarte?

—Me ama y ya está —susurró Leila con menos fuerza.

—Pero ¿por qué iba a amarte?

Estaba consiguiendo que dudara y trató de recordar las palabras de James.

—Voy a ser una madre increíble…

—Como ya te he dicho, no eres mi hija. Ya no está tu retrato en las paredes de palacio.

No podía creer que la hubieran borrado de sus vidas con tanta facilidad.

—Y no te preocupes por nosotros. Estamos mejor sin ti. Tu padre ha vuelto a pasear, algo que no había hecho desde la muerte de Jasmine, y yo he comenzado un nuevo tapiz. Incluso las criadas sonríen más. Estamos mejor sin ti.

Cuando James volvió a casa se encontró a Leila en la cama. Estaba a punto de decirle que ahí es donde quería tenerla, cuando vio su cara. Estaba muy pálida.

—Leila…

Movió la cabeza, no podía hablar, no le salía la voz.

—¿Es el bebé? —le preguntó James muy asustado.

Leila negó con la cabeza.

—He hablado con mi madre… —susurró sin poder decir nada más.

James había creído que de verdad la había ofendido con su mensaje. Sobre todo después de ver que había pasado todo el día sin saber de ella. Pero acababa de darse cuenta de que había estado metida en esa cama durante horas, sufriendo por culpa de sus padres.

—Vete, por favor —le pidió ella.

Pero él no se movió.

Algunos minutos después, decidió ir a la cocina y prepararle un té verde con miel.

—Está muy rico —susurró Leila después de probarlo.

—Pero la miel no era de azahar, tendremos que ir de compras para tener aquí lo que más te gusta.

Se le encogió el corazón al ver que intentaba sonreír y no podía. Se quitó el traje y se metió en la cama.

Leila quería hablar, pero no podía.

«No me repudies. No me hagas daño. No vuelvas a casa apestando a perfume. Aunque dejes de quererme, no me lo digas», quería decirle.

Las palabras de su madre habían conseguido hacerle dudar. Sintió la mano de James en su vientre mientras la abrazaba y temió que esa fuera la única razón por la que estaba allí, a su lado.

—Llamó «maldito bastardo» al bebé —le dijo ella cuando por fin pudo hablar.

—¿Cómo? —exclamó James en voz alta.

Notó que el bebé se movía y le daba una patada. Leila no pudo evitar sonreír.

—Parece que alguien está bastante ofendido —murmuró James al notar que el bebé daba otra patadita—. Dile a tu mamá que vamos a arreglarlo todo y que me casaré con ella cuando quiera —le susurró a su hijo.

—Esto no lo puedes arreglar, James.

A lo mejor tenía razón, pero pensaba llamar a Zayn e intentar mejorar la situación. Sobre todo después de ver que Leila volvía a llorar por la noche.

James se levantó y se vistió deprisa. No quería llegar tarde a la reunión de esa mañana con Manu.

—Tengo reuniones hasta las seis —le dijo James—. ¿Vas a estar bien?

—Tenemos la ecografía a las dos.

—Sí, lo sé —repuso James cerrando durante un segundo los ojos—. Te veré allí a las dos menos diez.

Leila se dio cuenta de que James había olvidado su cita con la ginecóloga.

James no sabía qué hacer. Una parte de él quería contarle sus planes, pero también le aterrorizaba prometerle algo que no sabía si iba a conseguir.

Se quedó de piedra al ver la cara de pocos amigos con la que lo recibió Manu en el vestíbulo del Chatsfield.

—¿Qué demonios es esto? —le preguntó la mujer fuera de sí mientras le entregaba un periódico.

Habían publicado una fotografía de Leila y él besándose en Central Park.

Y James tenía la mano en su pecho.

—No pensé que pudiera haber fotógrafos cerca…

—No vamos a hablar de esto aquí —lo interrumpió Manu—. He reservado una de las suites para reuniones que tiene el hotel.

Fueron directos hasta allí y Manu fue al grano en cuanto se sentaron.

—¡Tu mano está en su pecho! ¡Esto es como una bofetada en la cara para su familia!

James cada vez estaba más enfadado. Estaba harto de tener que vivir en un escaparate.

—Te acostaste con su hija, que era virgen, la dejaste embarazada —comenzó Manu como si fuera el día del juicio final—. Después te fuiste y la prensa te vio con otras mujeres. ¿Y ahora esto?

—Solo fue un beso que fue demasiado lejos…

—Cualquier beso en público va demasiado lejos. También sé que vais de la mano por la calle y eso solo puede pasar en privado, tras puertas cerradas. Estás insultando a la familia real y a Leila. Ni siquiera estáis casados…

—Hablando de boda. ¿Debería hablar con su hermano antes o después de que nos casemos? Porque…

Se detuvo y no terminó la frase. Conseguir que Leila se casara con él le había parecido la mejor solución hacía unas semanas, pero creía que cada vez tenía menos sentido. No quería forzarla a tomar esa decisión.

—Creo que antes hablaré de todo esto con Leila para ver lo que quiere —le dijo James—. Pero, si nos casamos…

—Entonces, tendrías que reunirte con su padre, pero dudo que quiera recibirte.

—¿Y si hablo con su hermano?

—Lo que necesitas es un mediador, alguien que hable con él en tu nombre.

—¿Alguien como tú?

—¿Sabes por qué mis servicios son tan caros, James? Porque tengo

buena reputación en el mundo de los negocios. No sé si quiero unir mi nombre a este asunto si cabe la posibilidad de que vuelvas a ofender al rey dentro de un año o dos.

—No pienso hacerlo.

—¿No? ¿Quieres hacerme creer que este matrimonio va a durar? —le dijo Manu—. Le serás infiel y…

—¿Por qué está todo el mundo tan seguro de que la voy a engañar?

—Porque eres un Chatsfield —repuso Manu—. ¡Y nada menos que James Chatsfield!

Estaba pagando por la vida que había llevado y no sabía qué hacer para salir de esa situación.

—Va a ser muy complicado, James —le advirtió Manu—. Muy complicado. Ya te diré si quiero actuar en tu defensa con el hermano de Leila, me lo tengo que pensar. Pero quiero ver que te lo tomas en serio y prometes escucharme y hacerme caso.

Y eso fue exactamente lo que hizo. La escuchó y trató de asimilarlo todo. Lo hacía por Leila, aunque ella no lo supiera.

Leila, por su parte, trató de calmarse al ver que ya eran las dos y cinco y James no llegaba. Lo esperaba muy nerviosa frente a la consulta de la ginecóloga.

—La reunión se alargó más de lo previsto —le dijo James mientras salía de su coche unos minutos más tarde.

No la besó ni tomó su mano al entrar en la clínica. Se limitó a sentarse y a esperar que la enfermera la llamara.

Miró a Leila de reojo y vio que tenía la mirada fija en el periódico que alguien había dejado en una mesa de la sala de espera. Allí estaba su foto, el apasionado beso que habían compartido y su mano en el pecho de Leila.

—Lo siento —comenzó James—. Sé que las cosas fueron demasiado lejos y si de alguna manera te he…

—¿Lo sientes? —lo interrumpió ella—. ¿Cómo puedes disculparte por lo que pasó esa noche? Además, no es para tanto. Muriel me ha dicho que ha visto fotos mucho peores de gente que vive en tu mismo edificio.

—¡Ah! ¡Ya has conocido a Muriel!

Sí, la había conocido. Muriel tenía el pelo azul y hablaba sin parar. Había entrado al dormitorio mientras ella yacía acurrucada en la cama y le había dicho que, si quería que hiciera la cama, tendría que levantarse cuanto antes. Se había sentado en una silla mientras la señora limpiaba y había estado contándole un montón de entretenidas historias sobre gente que vivía en ese mismo edificio.

—¡Por lo menos era su pecho el que tocaba! —le había dicho Muriel —. ¡No quiero ni contarle lo que hacía mi ex!

Al ver el periódico, entendió la referencia de Muriel. La mujer debía

de haber asumido que Leila lo había visto.
—Sí, es maravillosa —le dijo Leila—. Pero ¿no deja nunca de hablar?
—No, nunca —repuso James sonriendo.
—Princesa Al-Ahmar —anunció la enfermera.
James se quedó sin aliento al oír el tratamiento de Leila. A veces se le olvidaba quién era.
—¿Quieres que entre contigo? —le preguntó cuando recordó algo de lo que Manu le había explicado.
—Para eso estás aquí, ¿no? —repuso ella entrando sin esperarlo.
Leila sintió que todo había cambiado y no sabía por qué. En lugar de sentarse a su lado, James se quedó en un rincón de la consulta. Era como si hubiera perdido interés en ella al ver que ya la tenía. Ella había renunciado a su trabajo, se había ido a vivir con él y había admitido que lo quería.
James apartó la vista cuando la ginecóloga le levantó el vestido a Leila, pero entonces oyó el sonido de los latidos del corazón de su bebé y miró la pantalla. Había esperado no ser capaz de ver nada, pero allí estaba.
Su bebé. Tenía un brazo levantado y la mano en la carita. Se fijó en las manos, en los pies, en esa nariz perfecta… Quería acercarse a Leila, sentarse a su lado y besarla, pero se quedó donde estaba.
—¿Queréis saber el sexo del bebé? —les preguntó Catherine.
—Como quiera Leila —le dijo James.
—Sí, me gustaría saberlo.
Leila miró a James y vio cómo se cerraban sus ojos al oír que iban a tener una niña.
Una niña…
James había aceptado su responsabilidad en cuanto supo que estaba embarazada, pero saber que iban a tener una niña hacía que todo le pareciera de repente mucho más real y no podía dejar de pensar en los muchos errores que había cometido. La cabeza le daba vueltas.
Sentía que todo lo había hecho mal. Desde la manera en que le pidió que se casara con ella hasta el apasionado beso de la otra noche.
Pero recordó entonces lo que Leila le había dicho. Creía que tenía razón. No se arrepentía de la que había sido la mejor noche de su vida.
Miró a su prometida. Seguía tumbada en la camilla y vio que tenía ojeras. Pero creía que era su madre la culpable de que Leila estuviera sufriendo, no él.
—¿Te ha decepcionado saber que es una niña? —le preguntó Leila cuando salieron a la calle.
—¿Decepcionado? No, claro que no. Estoy encantado de que vayamos a tener una niña.

—Porque si querías un niño…

—Leila —la interrumpió tomando su mano y mirándola a los ojos.

Decidió en ese momento que debía escuchar a su corazón y dejar de hacer caso a otros. Pensaba ir a hablar con Manu y decirle que no la necesitaba.

—Me tengo que ir, Leila —le dijo James de repente—. Ve a casa y descansa. No tardaré mucho en volver. Y, cuando lo haga, vamos a tener una conversación importante, ¿de acuerdo?

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros —contestó James.

Le dedicó una sonrisa, pero no la abrazó. Quería hablar después con ella para que le dijera lo que consideraba apropiado. No quería volver a hacer nada en público que pudiera ofenderla.

—Leila, estoy encantado de que sea una niña, de verdad. Y también estoy sorprendido, no pensé que fuera a poder verla tan claramente.

James la acompañó hasta el coche. Después, se quedó mirándolo mientras se alejaba rápidamente de allí.

Mientras el chófer la llevaba a casa, también Leila estaba confusa. La conversación con su madre la había afectado más de lo que quería reconocer. Esa mujer había conseguido plantar la semilla de la duda en su cabeza y se negaba a quedarse esperando a que James le dijera lo que quería.

Se dio cuenta de que había llegado el momento de ser valiente.

—Lléveme al Chatsfield —le dijo al conductor cuando llegaron al edificio donde vivía James.

Capítulo 14

Manu lo esperaba en recepción cuando James llegó al hotel.

Spencer pasó por el vestíbulo poco después y se acercó a saludarlo y a preguntarle por la boda.

—Ya te daré los detalles, no te preocupes —le dijo James pensando que quizás fuera mejor informar a su familia después de que se casaran.

Se despidió de Spencer y subió con Manu a la suite donde habían estado esa mañana. Estaba encantado de poder prescindir de sus servicios, pero no quería ofenderla. Sabía que era mejor no tenerla como enemiga. Sabía que, después de todo, podía necesitarla para que la pusiera en contacto con Zayn.

—Tengo que volver pronto a casa —le dijo James—. Voy a hablar con Leila.

—Pensé que te lo ibas a tomar en serio. Hoy vuelvo a Dubái.

—Lo sé —repuso James—. Aprecio tu ayuda, pero creo que es mejor que hable de esto con Leila.

—Necesitas mi ayuda, James. ¿Cómo va tu árabe?

—Muy mal.

James le dijo algunas de las frases que había aprendido y Manu se rio de él.

—Me alegra que te diviertan tanto mis intentos por hablarlo —repuso James.

—Tienes mucho aún por aprender —le dijo ella sin poder dejar de reír—. Pero tengo que darte las gracias por hacerme reír. La verdad es que lo necesitaba.

Le había costado llegar a esa conclusión, pero sabía que Leila no se reiría de él. Por muy mal que lo hiciera.

Lo que no sabía era que, en ese preciso momento, le estaba rompiendo el corazón a la mujer que amaba.

Leila había conseguido entrar en el vestíbulo del hotel sin que James ni la mujer la vieran. Cuando los vio ir a los ascensores, se quedó sin aliento. Tenía la esperanza de estar equivocada y de que todo tuviera una explicación.

Sabía que tenía que confiar en él. James le había prometido serle siempre fiel.

Vio que el ascensor se paraba en la planta décimo séptima y, después de unos minutos, subió también ella hasta allí. A pesar de todo, quería confiar en él, intentó calmarse, no quería creerlo…

Su corazón le decía que el hombre con el que había hecho el amor la noche anterior no podría hacerle algo así.

Salió del ascensor pensando en todas las noches en las que James había regresado a casa oliendo a perfume.

Caminó por el pasillo con piernas temblorosas y no tardó en escuchar lo que había temido oír, la voz de James y la de una mujer riendo tras una de las puertas.

Le entraron ganas de dar una patada a la puerta, pillarlos in fraganti y abofetearlo, pero sabía que con eso no iba a conseguir nada. Había sabido desde el principio que James era un auténtico donjuán. Se había enamorado de un hombre que solo estaba interesado en aventuras de una noche y creía que, si estaba con ella, era solo por el bebé.

No podía llorar ni tenía fuerzas para enfadarse. Estaba cansada de vivir en un mundo en el que se le negaba el amor una y otra vez. Fue al coche y le pidió al conductor que la llevara a casa.

—Tú, en cambio, sí que eres querida —le dijo a la pequeña que crecía dentro de ella—. Muy querida. Me encargaré de que lo sepas cada día, que nunca puedas dudar de mi amor.

Pero iba a tener que hacerlo sola. Se negaba a estar con un hombre que no la amaba de verdad. No quería tener un matrimonio como el de los padres de James. Su hija iba a tener por madre a una mujer fuerte, se negaba a ser una víctima. Empezó por fin a sentir una oleada de ira creciendo dentro de ella.

Cuando llegó al ático, se puso su túnica dorada y metió algo de ropa en la maleta. No quería nada de él. Tenía que irse de allí, no soportaba seguir rodeada de todo lo que le recordaba a James, sintiéndose aún tan cerca del hombre que le había robado el corazón.

Metió su dinero y su pasaporte en el bolso. Se quitó después el anillo que James le había dado de esa manera tan pública con la que había intentado atraparla. No iba a poder hacerlo. Le escribió un mensaje.

Leila: Espero que te haya merecido la pena estar con esa mujer.

Después, dejó el teléfono en la cama y se fue.

James recibió el mensaje mientras iba del hotel a su coche. La llamó inmediatamente, pero Leila no contestó.

—¿Estaba Leila bien cuando la llevaste a casa? —le preguntó al conductor al entrar en el coche.

El hombre le dijo que apenas había hablado con él y también le contó que la había llevado primero al Chatsfield y después al ático. Al oírlo, se le hico un nudo en el estómago.

Cuando llegaron a su edificio, le dijo a su chófer que lo esperara frente a la entrada, ya había temido lo que iba a encontrar allí. O, mejor dicho, lo que no iba a encontrar. Leila se había ido.

Su teléfono estaba allí, en la cama. También vio su anillo de compromiso.

Fue directo al cajón donde guardaba todo su dinero y el pasaporte. Estaba vacío.

Le pidió a su chófer que lo llevara al Harrington. Entró corriendo y la recepcionista le dijo lo mismo de siempre, que no podían darle información, pero la fulminó con la mirada y no tardó en decirle que no tenían a nadie con ese nombre en el hotel.

—A lo mejor ha dado otro nombre…

La recepcionista debió de verlo tan angustiado que, aunque la política del hotel era muy estricta, le hizo el favor de negar sutilmente con la cabeza.

Salió a la calle y se pasó horas recorriendo Manhattan en su coche.

Estaba siendo la peor noche de su vida.

Estuvo mucho tiempo buscándola sin descanso entre la multitud de gente que llenaba esas céntricas avenidas de la ciudad. Fueron al restaurante árabe donde había trabajado, pero ellos tampoco la habían visto.

Llamó a Manu para que fuera al Harrington por si iba a ese hotel y a su hermano Spencer para que lo avisara si la veía por el Chatsfield.

Después, fue hasta el aeropuerto al que había llegado hacía ya meses. Cada vez estaba más desesperado y más perdido. No la encontraba y no sabía qué hacer.

Tenía en el bolsillo el teléfono de Leila y se le pasó por la cabeza llamar a sus padres para ver si podía hablar con Zayn, pero se dio cuenta de que eso sería inútil.

Fue incluso al callejón donde el hermano de Leila lo había pegado después de saber que se había acostado con Leila. Cuando llegó, gritó con desesperación su nombre, pero nadie contestó.

Le horrorizaba pensar que pudiera estar de regreso a su país para vivir allí el resto de sus días. No quería ni pensar en cómo la trataría su familia después de lo que había hecho. No soportaba que su hija pudiera crecer con esas personas que la habían insultado antes incluso de nacer.

Miró hacia el cielo pensando que Leila pudiera ir ya en un avión hacia allí y vio que no había estrellas esa noche. Sabía que no iba a haber más estrellas sin ella… Fue entonces cuando se le ocurrió dónde podía estar.

No tardó en encontrarla.

—No deberías estar aquí sola por la noche —le dijo James sentándose a su lado en el banco.

Leila no se atrevía a mirarlo. Era más fácil seguir con la vista perdida en ese parque que tanto le gustaba.

—Lo único que me asusta de esta noche es que sé que me podría llegar a creer tus mentiras y tus excusas… Ya he visto que, después de estar conmigo, te han empezado a gustar también las morenas. ¿Te ha merecido la pena?

—La verdad es que no —repuso James tomando su mano—. La mujer con la que me viste es Manu.

—No quiero saber cómo se llama —susurró Leila con lágrimas en los ojos.

—Ha estado ayudándome a contactar con tu hermano para ver si él convence a tus padres de que…

—¿En una habitación de hotel? —lo interrumpió Leila—. Te oí hablar mientras ella se reía con ganas…

—Era una suite reservada para reuniones y trabajo —le explicó—. Manu está ahora mismo en el vestíbulo del Harrington, vigilando la entrada del hotel por si te daba por ir allí.

—Llegas a casa apestando a perfume… Y luego te oigo riendo con otra mujer tras una puerta cerrada…

—No nos estábamos riendo, Leila. Era ella la que se reía de mí —le aseguró James.

Notó algo en su voz que le hizo girarse para mirarlo. Parecía algo nervioso.

James respiró profundamente antes de hablar.

—*Ana ata'allam al arabiyya.*

No se rio cuando James le dijo que había estado aprendiendo árabe. Se limitó a mirarlo. No podía creer que hubiera dudado de él.

—¿Lo has estado haciendo por mí?

—Tenía la esperanza de que poder hablar con tu padre. No te lo dije porque ha sido muy frustrante. He llegado a pensar que nunca iba a ser capaz de poder hablarlo bien. No quería que te rieras de mí.

—¿Por qué me iba a reír cuando es lo más bonito que podrías hacer por mí? —le preguntó emocionada—. Pero sé que te decepciona que estemos esperando una niña y…

—¿Qué? ¡Estoy loco de contento! —exclamó acariciando su vientre —. Pensé que os había perdido a las dos, que a lo mejor estabas ya de camino a tu casa…

—Nunca te impediría que estuvieras con tu hija, James —le aseguró.

—He metido la pata en tantas cosas, Leila. Manu estaba muy enfadada conmigo por la foto y me dijo que no debía tocarte en público. Cree que eso es una ofensa no solo para tu familia, sino también para ti. Ahora sé que no debería haberle hecho caso a ella —le confesó James—. Debería haber hablado contigo.

—Sí, deberías haberlo hecho porque nunca me han ofendido tus muestras de cariño —le dijo Leila—. Y no es culpa tuya que no me lleve bien con mi familia, James. Siempre ha sido así —añadió echándose a llorar de nuevo.

Vio el dolor y la agonía que acarreaba en su corazón y supo entonces que no los había causado él.

—A lo mejor aún están sufriendo por tu hermana —le sugirió él.

—No… No es eso. Me avergüenza decírtelo…

—No tienes por qué avergonzarte.

—Mi madre nunca me ha querido…

Le gustó que James no tratara de consolarle diciéndole que no podía ser posible, que seguro que sí la quería. Se limitó a escuchar lo que le decía.

A James le horrorizó saber que ni siquiera había querido tocarla cuando era un bebé.

—Eran las criadas las que me daban de comer y tuve un ama de cría. Me odiaba tanto que ni siquiera me dio de mamar. Me fui de casa porque por fin confesó lo que sentía. Me dijo que habría deseado que hubiera sido yo y no Jasmine la que se hubiera muerto. Cuando la llamé, me preguntó si me dijiste que me amabas antes de que… Antes de que me abriera de piernas… —susurró sin poder seguir.

—Fue aquí donde te dije que te amaba, Leila —le recordó—. Nunca podría decirte que te quiero si no lo hiciera.

—Pero sí estabas dispuesto a casarte conmigo aunque no me quisieras.

—Ahora ya no estoy tan seguro —admitió James—. No me gustó lo que vi en casa de mis padres. Nunca he obligado a nadie a hacer nada. No soy normalmente así. Lo hice porque me aterrorizaba que quisieras volver a tu país con tu familia.

—Nunca —le dijo Leila—. Me dijo mi madre que estaban mejor sin mí, que hasta las criadas son más felices ahora y mi padre ha vuelto a dar paseos…

—¡Yo también daría paseos si estuviera casado con esa lunática! —exclamó él—. Pasearía a todas horas.

—¿Crees que lo hace para no estar con ella? —le preguntó Leila frunciendo el ceño.

—¡Por supuesto! Y seguro que las criadas no son tan felices como te ha dicho. Desde luego, seguro que no son más alegres que Muriel —comentó James sonriendo—. Es una reina malvada. Nunca tendrás que volver a escuchar su voz.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo —le aseguró James—. Y yo no hago promesas que no pueda mantener.

—Te creo.

Ahora comprendía por qué había sido tan difícil para Leila creer que de verdad la quería. Nunca había sabido lo que era tener ese tipo de amor.

La besó allí mismo, en el parque que tanto le gustaba. Y no le importaba que pudieran tener una legión de paparazis a su alrededor, haciéndoles fotos.

James la rodeó con sus brazos y Leila se quedó sin aliento cuando sintió la ternura de sus labios sobre los de ella y la caricia de sus manos en la espalda.

Por fin sabía que el amor existía y que ella lo tenía en su vida.

James odiaba a la reina Farrah más de lo que Leila podría llegar a imaginarse.

Después de mucho esfuerzo, por fin había conseguido tener cierta fluidez en árabe y seguía trabajando con Manu para tratar de arreglar el problema que tenían entre manos.

Ya era el mes de agosto y solo quedaban dos días para que Leila saliera de cuentas. Pero aún no habían podido casarse. A pesar de las cartas que les habían enviado, a pesar de que Manu había tratado de hablar con Zayn del tema, seguían poniéndoles palos en las ruedas y no les enviaban la documentación que necesitaban.

Al final, decidió que iba a hablar directamente con su padre. Sacó el teléfono y preguntó en árabe por el rey.

Fue lo más breve que pudo.

—Necesito el certificado de nacimiento de Leila para casarme con ella —le dijo James sin más rodeos—. Si no está aquí dentro de una semana, llamaré todos los días hasta que lo consiga. Y, si siguen sin enviarlo, escribiré más cartas, les enviaré correos electrónicos o informaré a la prensa de su país. Espero que mis acciones no alteren demasiado a su esposa porque supongo que eso repercutirá en más problemas para usted…

El certificado llegó en el correo unos días más tarde.

En cuanto lo tuvieron, se casó con Leila en Central Park, en el mismo lugar en el que le había confesado que estaba enamorado de ella. Después, se hicieron una foto en el banco donde Leila solía sentarse para tomar café y observar a la gente. El mismo en el que la había encontrado sentada aquella horrible noche.

Aunque no llevaban mucho tiempo juntos, ya tenían un montón de recuerdos que atesorarían siempre.

Fue una boda muy pequeña. Leila llevaba una túnica beige de una seda maravillosa, bordada con hilos de los colores de los árboles del parque, que ya empezaban a cambiar de tono con la llegada del fin del verano y el principio del otoño.

James llevaba un traje, pero no se había puesto calcetines. Y, a petición de Leila, tampoco se había afeitado.

Aunque breve, esa ceremonia fue muy importante para los dos. Sobre todo para Leila, que quería casarse antes de que naciera el bebé.

Ya había salido de cuentas y su ginecóloga iba a inducirle el parto al día siguiente. Pudo sentir cómo se movió la niña entre los dos cuando James la besó para sellar su matrimonio.

Suponía que cualquiera que pasara por el parque en ese momento y les hiciera una foto podría ganar una fortuna vendiéndosela a la prensa.

Sabía que a su hermano Spencer no le gustaría nada.

Pero ya no le importaba.

Comieron en su restaurante favorito y Habib se aseguró de que tuvieran la mejor mesa. Pero, a pesar de la deliciosa comida y de lo feliz que estaba, Leila se sentía incómoda.

—Ha sido increíble, la mejor boda que podíamos tener, pero la verdad es que estoy deseando volver a casa.

Cuando entraron en el edificio, se encontraron con Esther y Matthew. Por una vez, no estaban discutiendo.

—¡Esther! ¡Matthew! —los llamó James—. Me gustaría presentaros a mi esposa.

Le encantó que les hablara con tanto orgullo en la voz.

—¿En serio? ¡Es maravilloso!

Sí, lo era.

Leila se sentía por fin en casa y James, aunque nunca había pensado en casarse y menos aún con una mujer en avanzado estado de gestación, la tomó en sus brazos para atravesar así con ella el umbral de su casa.

Nunca había sido tan feliz.

Hicieron el amor tan enérgicamente como lo habían estado haciendo durante la última semana. Muriel les había dicho que así podrían provocar que se pusiera de parto.

Pero, una vez más, no ocurrió.

Después, se quedó descansando en la cama, escuchando la suave y rítmica respiración de James mientras dormía y mirando la luna por la ventana.

Desde ese día, tenía un nuevo nombre. Era la señora Leila Chatsfield.

Nunca había sido tan feliz.

Le dolía la espalda. Decidió levantarse y darse una larga ducha. Volvió después a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Cuando por fin se dio cuenta de lo que le estaba pasando, dejó escapar un gemido. No estaba solo incómoda, estaba paralizada por el dolor.

—Es un sueño —susurró James abrazándola—. Solo es un sueño.

—No, James. No estoy soñando. Me duele mucho…

—Lo sé… —comenzó a James.

Pero él sintió entonces cómo se endurecía el vientre de Leila y entendió que no estaba teniendo una pesadilla. Lo que sentía era real.

—No, no me duele tanto. Esto no es dolor —le dijo Leila más tarde a la doctora cuando le ofreció la epidural.

Lo que estaba sintiendo era solo dolor físico, la necesidad de empujar. Creía que lo único que necesitaba de verdad era a su marido a su lado, diciéndole que todo iba a salir bien, que ya casi lo había conseguido, que podía hacerlo.

—Una niña… —susurró James al ver a su hija.

Leila miró a su bebé. Se la habían colocado sobre el vientre. Aunque estaba sonrosada, algo sucia y tenía la piel muy arrugada, era la niña más bonita que había visto en su vida. Le miró los pies. Estaban algo azulados, pero no tardaron en cambiar a un tono más rosado en cuestión de segundos. Acarició su nariz, redondita y perfecta.

Se emocionó al ver cómo James cortaba el cordón umbilical con mano temblorosa.

La pequeña comenzó a mover sus labios, buscando comida, y ella se la llevó encantada al pecho. Durante un segundo, pensó en llamar a su madre y compartir la feliz noticia con ella. Se lo dijo a James.

—Pero tengo miedo de que pueda decir algo que estropee cómo me siento ahora mismo.

—Si quieres, la puedo llamar yo —le ofreció James.

—No sé… —susurró Leila mientras miraba al indefenso bebé.

Hacía solo unos minutos que James acababa de hacer lo mismo con su pequeña. Leila negó con la cabeza. No iba a llamar su madre, también ella había por fin cortado ese cordón umbilical.

«Es tan bella», pensó James al ver cómo dormía Leila.

En realidad, las dos lo eran.

La niña, como su madre, tenía el pelo negro y había conseguido enamorarle desde que abrió sus ojitos y lo miró por primera vez.

Tomó a la pequeña en sus brazos mientras Leila dormía. Se incorporó con ella. No podía creer que ya estuviera allí. Pero, por otro lado, tampoco se imaginaba ya un mundo sin ella.

Estaba envuelta en una mantita y tenía la cabeza cubierta con un gorrito, pero se lo quitó para poder ver sus rizos. Examinó su pequeña nariz. La ginecóloga les había explicado que estaba un poco aplastada por el parto, pero que no tardaría demasiado en volver a su ser.

No le había gustado el comentario de la doctora. A él le parecía que su nariz era perfecta.

Le encantaba cómo sus deditos se cerraban alrededor del suyo y

pensó en cómo había esquiado de manera temeraria por las pistas más peligrosas del mundo, sin pensar en lo que se jugaba, tratando de sentir algo.

Se dio cuenta entonces de que todo lo que había hecho en su vida lo había llevado hasta ese momento. Nunca había sentido tantas cosas ni tan distintas. Su vida había cambiado por completo.

Miró a su alrededor. Ya habían comenzado a llegar decenas de ramos de flores para felicitarlos.

A diferencia de Leila, él sí leía las tarjetas que los acompañaban y le molestaba ver que muchos de sus amigos y conocidos parecían estar sorprendidos y que casi esperaban que él volviera a meter la pata y echara a perder lo mejor que le había pasado nunca.

Lo sorprendente había sido que el amor llegara a su vida aquella noche, en el bar del Harrington. De eso ya hacía mucho tiempo y sentía que ya no tenía que excusarse ni dar explicaciones a los demás.

Miró de nuevo a su bebé. Aún no tenía nombre y esperaba que Leila no quisiera ponerle el de su hermana.

—Tú eres una buena chica —le susurró a su hija, que abrió los ojos azules para mirarlo.

Leila sonrió cuando se despertó porque sabía lo que estaba pensando James. No se le había pasado por alto su mueca de desagrado cuando ella sugirió el nombre de Jasmine para la niña.

Le encantaba ver a James con la niña y le emocionaba oírle hablar con ella desde el primer día, diciéndole que era una niña buena y cuánto la quería.

También a ella le hacía sentir querida cada día.

—¿Me dejas que la sostenga? —le pidió Leila.

—No, ya la has tenido mucho tiempo —repuso James—. Ahora me toca a mí. Vuélvete a dormir.

Leila sonrió.

—Me las he arreglado para convencer a mis padres de que no vengan hasta mañana —le dijo James—. Tu hermano y Sophie vendrán esta noche. Me han dicho que están deseando conocerla.

Leila y Zayn ya se hablaban.

James había podido contactar por fin con él y este le había explicado por qué Sophie había revelado el nombre de James a la prensa. Jasmine, a pesar de llevar tanto tiempo fallecida, parecía haber conseguido complicarles la vida a los dos hermanos.

Entregó el bebé a Leila y se quedó ensimismado viendo cómo la miraba. Había tanto amor en sus ojos…

—¿Estás segura de que no quieres que se lo diga a tus padres? No me importa —le preguntó James—. Así puedo practicar mi árabe —agregó antes de carraspear para aclararse la garganta.

Leila se echó a reír, pero no se reía de él.

—No.

Había tenido un momento de debilidad después del nacimiento de la niña, pero ya no sentía lo mismo.

—No, no quiero que se acerquen a ella. Nunca. No voy a dejar que le hagan daño con su veneno. Si les interesa saberlo, ya lo leerán en la prensa o se lo dirá Zayn. De verdad, James, no me importa en absoluto que lo sepan o no. Yo ya tengo a mi familia, que sois tú y ella.

Leila lo amaba tanto… Y ella ya no le daba miedo haberle entregado su corazón. El amor que le tenía James era real, existía, y él se lo demostraba cada día.

—Necesitamos un nombre —le recordó James.

—Ya lo he elegido.

—Bueno, ese tipo de cosas deberíamos hablarlo antes de decidir —se apresuró a decirle James mientras se sentaba en la cama—. Tenemos que estar de acuerdo los dos.

—Por favor, deja que le dé el nombre que he elegido para ella, James. Significaría mucho para mí. Lo he elegido después de reflexionar durante un montón de tiempo.

James respiró hondo y miró a Leila. Esa mujer ya le había dado el regalo más grande de su vida, pensó que podía dejar que eligiera el nombre que quisiera.

—De acuerdo —repuso mirando a su niña.

Se preparó para sonreír y hacer algún comentario agradable cuando Leila le dijera que quería que el bebé se llamara Jasmine.

—*Aqiba* —le dijo Leila.

—*Aqiba* —repitió James frunciendo el ceño.

—Significa «consecuencia” —le dijo Leila.

Le encantó ver la sonrisa de su marido cuando le explicó el significado.

James había tenido muy claro desde el principio que, una noche como aquella primera, siempre iba a tener consecuencias. Miró a su hija y dijo su nombre.

—*Aqiba*…

La bella consecuencia de su amor.

* * *

Podrás conocer otra novela de los Chatsfield en el cuarto libro de *El regreso de los Chatsfield* del próximo mes titulado:

LA rebeldía DE UNA INOCENTE